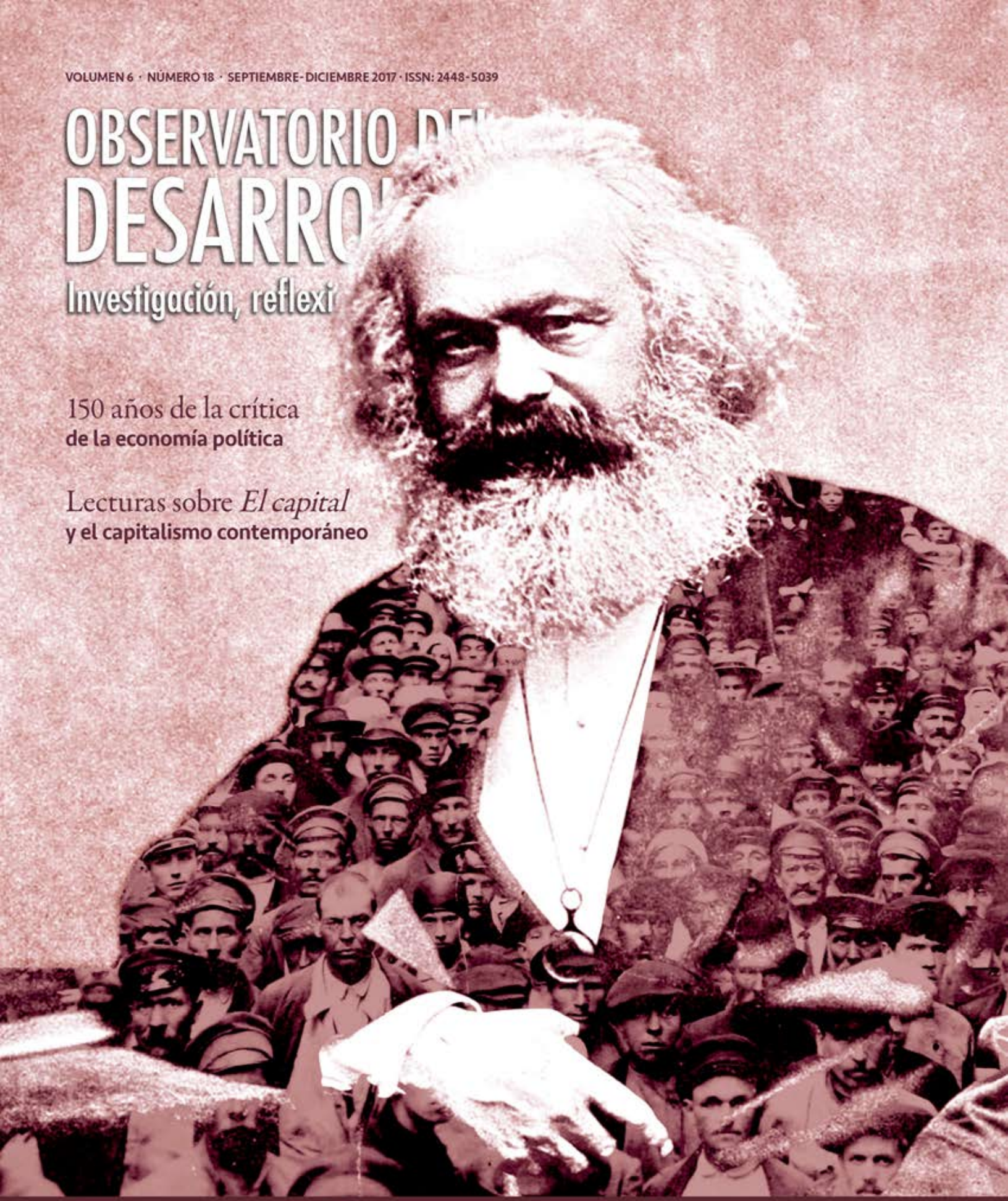
VOLUMEN 6 · NÚMERO 18 · SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2017 · ISSN: 2448-5039

OBSERVATORIO DE
DESARRO
Investigación, reflexi

150 años de la crítica
de la economía política

Lecturas sobre *El capital*
y el capitalismo contemporáneo



www.estudiosdeldesarrollo.mx

OBSERVATORIO DEL DESARROLLO
VOLUMEN 6 · NÚMERO 18 · SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 2017

Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas»

Antonio Guzmán Fernández
Rector

Raúl Delgado Wise
Director UAED

OBSERVATORIO DEL DESARROLLO
Investigación, reflexión y análisis

Humberto Márquez Covarrubias
Dirección general

Darcy Tetreault
Dirección editorial

Guadalupe Margarita González Hernández
Coordinación editorial

James Cypher, Raúl Delgado Wise, José Déniz Espinós, Rodolfo García Zamora, Guadalupe Margarita González Hernández, Víctor López Villafañe, Carlos Mallorquín, Gerardo Otero, Roberto Soto Esquivel, Darcy Tetreault, Henry Veltmeyer, Édgar Záyago
Consejo editorial

Georgia Aralú González Pérez
Humberto Márquez Covarrubias
Cuidado de la edición

Selene Carrillo Carlos
Erika Isabel Varela Rodríguez
Corrección de estilo

Jonatán Aarón Piña García
Israel David Piña García
Diseño

ediciones estudios del desarrollo

Contenido

EDITORIAL Capitalismo, presencia duplicada 3

··· DEBATE Capitalismo y violencia. A 150 años del libro I de *El capital* 5
Luis Arizmendi

Das Kapital: siglo y medio de una síntesis revolucionaria 16
Oscar Mañán

Capital y desarrollo: exposición de una relación íntima 32
Henry Veltmeyer

Teoría del valor y ciencia en el capitalismo contemporáneo 42
Guillermo Foladori

El capital en la era de los monopolios generalizados: apuntes sobre el capital monopolista 48
Raúl Delgado Wise

Mercancía humana: mistificación del proletariado y centralidad de la cuestión laboral 59
Humberto Márquez Covarrubias

Das Kapital 72
Gustavo Melazzi

Notas para la comprensión del valor de uso en la concepción de Bolívar Echeverría 76
José Ramón Carmona Motolinía

Observatorio del Desarrollo. Investigación, reflexión y análisis, volumen 6, número 18, septiembre-diciembre 2017, es una publicación cuatrimestral editada por la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas», a través de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Jardín Juárez 147, colonia Centro, 98000 Zacatecas, Zacatecas. *Teléfono:* (01 492) 922 91 09, www.uaz.edu.mx, www.estudiosdeldesarrollo.mx, observatorio@estudiosdeldesarrollo.net. *Editor responsable*: Humberto Márquez Covarrubias. Reserva de derechos al uso exclusivo número 04-2014-041111285000-102, *ISSN*: 2448-5039, otorgados ambos por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. *Impresión*: editorial Los Reyes, S.A. de C.V., Plazuela de los Reyes 45, int. B-102, Coyoacán, 04330 Ciudad de México. *Tiraje*: 500 ejemplares. Todos los textos aquí incluidos © y ® por *Observatorio del Desarrollo. Investigación, reflexión y análisis*. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura de los editores de la publicación.
Impreso en México / *Printed in Mexico.*

ТВУЕТЪ
ПРАЗДНИКЪ
СЕМІРНОЙ
АРІИ ТРУДА!
Починить
значит пр
голода и
добить о
капи

Editorial

Capitalismo, presencia duplicada

HUMBERTO **MÁRQUEZ COVARRUBIAS**

En su existencia material, el capitalismo moderno asume una presencia duplicada. La forma desdoblada adquiere mayor significación en la mercancía, la «célula económica de la sociedad burguesa»,[1] que posee tanto valor de uso como valor de cambio. Pero la mercancía más importante para el despliegue del proceso de valorización no se encuentra disponible en el mercado ni deambula en el ciberespacio, puesto que se trata de la fuerza de trabajo, valga decir, de la capacidad de trabajo de los seres humanos. La peculiaridad de dicha mercancía radica en que es la única capaz de crear plusvalía —la sustancia vital que alimenta al sistema capitalista, de la cual viven las clases sociales propietarias que acumulan inconmensurables riquezas— y de reproducir el valor de la fuerza de trabajo por el cual subsisten las clases trabajadoras que sólo acumulan miserias. Razón de más para que la burguesía la apetezca y la consuma de forma depredadora, sin importar los costos humanos y ambientales, pues lo único que importa aquí son los negocios.

El capitalismo miente con la realidad porque ésta es contradictoria. Los humanos sujetos a los designios de la sociedad mercantil somos al mismo tiempo seres públicos y privados. Por una parte, el componente social o abstracto, que es el valor, el «alma de las mercancías»,[2] redunda en la generalización del hombre abstracto, una representación del hombre que sin embargo no es humano, pero aparece expresado en los derechos humanos, a la sazón los derechos universales del hombre, en tal sentido son el alma, el valor. Por otra parte, el carácter particular, concreto, cotidiano, nuestro cuerpo, es decir, el valor de uso, es la concreción, la especificidad que nunca se repite, en la medida en que cada persona es diferente, una de la otra. Nunca en la historia, como ocurre en el capitalismo contemporáneo, ha habido tanta generalización expresada en el fetichismo de la mercancía[3] y en la cosificación del otro.[4]

Entonces, la contradicción objetiva de la moderna sociedad capitalista es que somos, en tanto seres humanos sujetos a la lógica del valor, las dos cosas a la vez. Por tal razón, en ese contexto discordante, algunos movimientos sociales luchan por la emancipación y las diferencias, mientras que otros luchan por defender la igualdad. En este mundo sumido en la desazón se aviene un desafío mayúsculo, de raigambre dialéctica, que consiste en romper el dualismo entre el hombre abstracto y el hombre concreto.

No obstante, las dos concepciones son falaces: no existe un tal hombre abstracto, esa formulación emana de la ideología burguesa abocada a defender los intereses materiales de los capitalistas sin preocuparse que sus preceptos se alejen de la realidad. Para el cristianismo y el capitalismo, que han refrendado el espíritu de la sociedad moderna, el ser humano abstracto se representa mediante la díada cuerpo-alma. Tampoco es verídica la ideología burguesa postulante del individualismo que arguye el mantra de que todos somos diferentes. Sólo en la sociedad dividida en clases, como ocurre en el capitalismo con las clases propietarias (burguesía y rentistas) y las clases trabajadoras (proletariado y campesinos), es posible admitir una división entre

[1] Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, México, Siglo XXI, 1988.
[2] *Idem*.
[3] *Idem*.
[4] Jean Paul Sartre, *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada, 2008.

universal y particular, entre alma y cuerpo, entre goce y felicidad momentáneos. De tal suerte que puede enunciarse una división entre el goce inmediato, particular, y la parte intelectual, abstracta. Esta bifurcación de la racionalidad en el seno de la sociedad burguesa es de lo más irracional. La racionalidad instrumental medio-fin imperante en el capitalismo resulta una racionalidad irracional.[5]

Otro desencaje fundamental del capitalismo es la separación entre sujeto y objeto, entre sujeto y sustancia. De hecho, para Marx el proletariado es un «sujeto sin sustancia».[6] En lugar de suponer que el proletariado se ha difuminado en el capitalismo tardío, hay que advertir que su presencia se ha radicalizado. Como nunca, aflora un sujeto colectivo despojado de las condiciones materiales de existencia, necesitado de venderse, como mercancía, para intercambiar su capacidad de trabajo por medios de subsistencia, empobrecido en la medida en que el salario es insuficiente para cubrir las necesidades básicas y que proliferan formas de precariedad y pauperización, cuyo colofón es la agudización extrema de las desigualdades sociales, entre «acumulación de riqueza» y «acumulación de miseria».[7] De esa manera el trabajo muerto, representado por los medios de producción bajo la propiedad del capitalista, devora al trabajo vivo, a la corporalidad viviente. El despojo no se detiene en la relación íntima entre capital y trabajo, sino que abarca todas las esferas de la reproducción social. Como un despliegue de la violencia primigenia del capitalismo se renuevan las formas de despojo de los medios de producción en manos de los trabajadores, como la tierra y sus recursos naturales subyacentes: agua, minerales, petróleo, biodiversidad. Ello repercute en una doble cuestión: un despojo terminal y residual de las últimas posesiones de los sectores pobres y una devastación del medio ambiente por la voracidad con que se destruyen territorios y ecosistemas. De tal suerte que la dinámica global del capitalismo asume la forma contrastada de progreso y barbarie, al mismo tiempo despliegue del capital global y las tecnociencias, así como degradación de la condición humana y ecocidio.

La emancipación humana impone un gran desafío civilizatorio que no consiste en salvar o mejorar el capitalismo en cualquiera de sus polos subyacentes —puesto que en el fondo ambos aluden a una misma concepción, responden al mismo juego de intereses—, sino en abolir la división de la sociedad en clases, entre explotadores y explotados, opresores y oprimidos. Es decir, la condición social subyacente a todas las formas de representación bifurcadas de la vida material y subjetiva. Por tanto, también es menester desmantelar la división que está internalizada en cada uno de nosotros y en nuestras relaciones sociales. Ante un mundo escindido, bipolar, resulta apremiante indagar, buscar, hasta encontrar la unidad perdida del ser social. Y en ese camino pergeñar una gramática existencial que anule la diferencia entre el sujeto y el objeto.[8] Una tarea política fundamental consiste en regenerar la unidad del sujeto colectivo.

A 150 años de la publicación de *El capital. Crítica de la economía política* de Karl Marx, se constata una vez más la pertinencia de esta magna obra para descifrar los fundamentos de la moderna sociedad capitalista, a condición de que se haga con sentido crítico y autocrítico, para advertir zonas, conceptos e ideas que en verdad ya han perdido pertinencia, y al mismo tiempo actualizar los contenidos básicos para emprender una suerte de segunda crítica de la económica política y del pensamiento conservador contemporáneo, que abrevan de las corrientes neoliberal, neoclásica y posmoderna, las cuales niegan, de distintas formas, la necesidad de cambiar el entramado social.

[5] Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1973.
[6] Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI, 1971.
[7] Karl Marx, *op. cit*.
[8] György Luckás, *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo, 1969.

Capitalismo y violencia.

A 150 años del libro I de *El capital*

LUIS **ARIZMENDI***

Debido a que atravesamos por una crisis epocal, la más grave en la historia del capitalismo, la pregunta por la pertinencia de la obra cimera de Karl Marx, *El capital*, a 150 años de publicado el libro primero, concita a reconocer el influjo del poder planetario donde la subsunción formal y real del trabajo por el capital conforma la plataforma estructural de la guerra civil moderna. De tal suerte que el siglo XX puede ser representado como el siglo de la barbarie y en el primer tramo del siglo que transcurre es posible advertir el horror y la catástrofe precedentes. *El capital* es un libro fundacional que abre un horizonte original de comprensión crítica y cobra vigencia para descifrar la dialéctica entre capitalismo y violencia en la crisis epocal, además entraña un horizonte libertario ineludible para el siglo XXI.

La vigencia de *El capital* entre las crisis cíclicas y la crisis epocal del capitalismo

A 150 años de la publicación del libro I, hablar hoy de *El capital* no puede hacerse consistentemente al margen de la historia del poder planetario: sería improcedente pretender hacerlo guardando silencio sobre Auschwitz e Hiroshima. Indagar la vigencia de *El capital* convoca a reconocer al siglo XX como el Siglo de la Barbarie. Más aún, convoca a reconocer que el siglo XXI ha comenzado sin aprender del horror y la catástrofe del siglo anterior.

Cruzamos por la crisis más grave en la historia del capitalismo. Ni la Larga Depresión del siglo XIX (1873-1896) ni la Gran Depresión del siglo XX (1929-1944) conllevaron los peligros y las amenazas de la crisis de las civilizaciones que, a su vez, trae consigo la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI.[1]

* Profesor investigador del Instituto Politécnico Nacional, México

[1] Por caminos diferentes pero con coincidencias relevantes sobre la convergencia entre la crisis económica y la crisis ecológica, John Bellamy Foster, en 2013, también empezó a usar el concepto *epochal crisis*. Partió del modo en que Jason Moore emplea el concepto en 2011 para definir un largo periodo de transición del feudalismo al capitalismo, una época con complejas manifestaciones económicas, ambientales y sociales, que va de fines del medioevo hasta el siglo XVII. Bellamy Foster actualiza el concepto para caracterizar la gran crisis en la que estamos insertos sin que signifique el tránsito ineludible a un sistema histórico mejor. Desde mi contribución a la crítica de la mundialización capitalista en clave de valor de uso, inicié un desarrollo por cuenta propia, que comencé a publicar en 2009, con el concepto de crisis epocal del capitalismo. Véase John Bellamy Foster, «The epochal crisis», *Monthly Review*, vol. 65, núm. 5, 2013, en https://monthlyreview.org/2013/10/01/

Al conformar la primera crisis de sobreproducción propiamente planetaria —la crisis de sobreproducción de la Larga Depresión fue europea y la de la Gran Depresión fue intercontinental y afectó en particular a Estados Unidos, Europa y Japón—, la gran crisis de sobreacumulación del nuevo siglo comenzó su explosión de modo simultáneo con el estallido de una profunda crisis financiera global.[2] Sin embargo, ni siquiera juntas, la crisis de sobreproducción y la crisis de sobrefinanciamiento globales, abarcan los peligros de la crisis contemporánea en todos sus alcances. Si se le escudriña en clave de valor de uso, es decir, desde la vida humana como fundamento para la crítica de la modernidad capitalista, emergen la mundialización de la pobreza (que no era planetaria, pero el «neoliberalismo» volvió la pobreza una desestabilización global en la vuelta de siglo), la crisis alimentaria mundial (resultado de la radicalización de los impactos de la pobreza extrema) y la crisis ambiental mundializada (que se apuntala sobremanera con la salida de Estados Unidos de los Acuerdos de París) como los tres peligros seculares más radicales contenidos en la crisis epocal del capitalismo del siglo XXI.

Cuando Bradford DeLong[3] califica la crisis global contemporánea como Segunda Gran Depresión, si bien positivamente se aproxima a identificarla como una gran crisis (olvida la Larga Depresión del siglo XIX y obstruye la periodización precisa de las grandes crisis en la historia del capitalismo), resulta una caracterización conceptualmente insuficiente para descifrar la magnitud histórica de los inéditos peligros en curso.

Si ya del entrecruzamiento de la crisis alimentaria global con la crisis ambiental mundializada surge el peligro de la *potencial transición de una escasez espuria o artificial* (basada en el monopolio especulativo de la economía alimentaria internacional) *hacia una escasez absoluta de alimentos* (derivado de la devastación creciente de cultivos agrícolas conforme avanza la marcha del sobrecalentamiento planetario a lo largo del siglo), y si al revisar los modelos estadísticos con desenlaces antinómicos se indaga la *secular trend de la crisis ambiental mundializada* para descubrir que despliega una dinámica sumamente destructiva que apunta hacia una *devastación equivalente a una guerra atómica planetaria* (posible a partir de la liberación de las grandes reservas de metano contenidas no sólo en el *permafrost* siberiano, sino en el fondo de los océanos),[4] entonces el panorama de lo que significa la crisis epocal se redondea cuando se incorpora, junto a los dos peligros mayores anteriores, la geopolítica nuclear del nuevo siglo.

Aunque la Gran Depresión del siglo XX es incomprensible sin la Segunda Guerra Mundial —porque la devastación opera como una necesidad estructural profunda de la acumulación capitalista en tanto se relanza a sí misma a partir de aprovechar económicamente el carácter imperioso de la enorme reconstrucción ulterior—, el peligro del estallido de un conflicto bélico a gran escala o incluso de una Tercera Guerra Mundial como posible desenlace de la actual crisis de sobreproducción planetaria representa una amenaza superior al doble de Auschwitz e Hiroshima.

epochal-crisis/; Jason Moore, «Transforming the metabolic rift: a theory of crises in the capitalist world ecology», *Journal of Peasant Studies*, vol. 38, núm. 1, 2011, en http://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/03066150.2010.538579; Luis Arizmendi, «La especificidad histórica de la crisis mundial contemporánea», *Mundo Siglo XXI*, núm. 17, 2011, en http://www.mundosigloxxi.ipn.mx/pdf/v05/17/03.pdf

[2] Elmar Altvater, «Un análisis crítico de la crisis financiera global. ¿Marx tenía razón después de todo?», *Mundo Siglo XXI*, núm. 20, 2010, en http://www.mundosigloxxi.ipn.mx/pdf/v05/20/01.pdf

[3] Bradford DeLong, «The Second Great Depression», *Foreign Affairs*, julio-agosto, 2013, en http://www.foreignaffairs.com/articles/139464/j-bradford-delong/the-second-great-depression

[4] Luis Arizmendi, *El capital ante la crisis epocal del capitalismo*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2016, pp. 141-147.

El capitalismo constituye un sistema histórico permanentemente violento.
Bolívar Echeverría

Sin duda, la frontera de probabilidades históricas para el estallido de una gran guerra a escala regional o global se estrecha cada vez más en el marco de la geopolítica nuclear con mayor poder destructivo y la aguda tensión creciente en la disputa por la hegemonía mundial entre Estados Unidos, China y Rusia.[5] Las tendencias seculares de la crisis alimentaria global, la crisis ambiental mundializada y el riesgo de la Tercera Guerra Mundial son los peligros más radicales que, más que una Segunda Gran Depresión, se encuentran contenidos en la crisis epocal del capitalismo. Una crisis que, al contener y desbordar dentro de sí a la crisis cíclica de sobreproducción, constituye en sí misma una *era*.

[5] Luis Arizmendi, «Geopolítica nuclear y peligro de Tercera Guerra Mundial en el siglo XXI», *Cuadernos SEPLA*, núm. 3, 2017.

La vigencia mutilada de *El capital* en el discurso del poder del siglo XXI

Son tan graves los peligros de la crisis epocal que el discurso del poder, desde las más diversas esferas, ha tenido que reconocer y enfrentar el relanzamiento de la vigencia de *El capital*.

Cuando Thomas Piketty titula su obra *El capital en el siglo XXI*, expresa el reconocimiento, necesariamente ambivalente, del discurso liberal contemporáneo a la inapelable vigencia de la *magnum opus* de Karl Marx. No obstante, éste es un reconocimiento que se abre paso ante la explosión de la crisis más grave en la historia del capitalismo, pero sólo en la medida en que se desliza el desconocimiento de los mayores peligros que acarrea la crisis epocal para el nuevo siglo.

A pesar de que la perspectiva de Piketty choca duramente con las ilusiones meritocráticas del «neoliberalismo» (según lo cual el *laissez faire, laissez passer* abre camino a cada individuo en tanto desarrolla sus capacidades), su intervención está construida para otorgarle una nueva versión al mito del progreso. Cuando el enriquecimiento del 1 por ciento más rico de la población mundial es escandalosamente inocultable, la versión de Piketty acerca de la historia de la desigualdad a escala mundial —junto con información estadística que demuestra cómo la brecha abierta en el siglo XIX se fue cerrando en el curso del siglo XX para volverse a abrir con mayor magnitud, pero ahora a escala mundial en la transición al siglo XXI— insiste en la ilusión de que la modernidad capitalista representa la viabilidad del progreso económico *universalizable* y del progreso político democrático si se aplican y desarrollan las políticas correctas. Su perspectiva acerca del diseño de políticas económicas y públicas capaces de aprovechar las oportunidades de la revolución informática en el nuevo siglo intenta hacer manejables los impactos destructivos de esta revolución tecnológica a fin de dotar de un mayor marco de acción a la administración estratégica de la lucha de clases mundializada.[6] En ese sentido, *el libro de Thomas Piketty representa la negación desde el liberalismo contemporáneo de una crítica de la economía política del siglo XXI.*

Desde una óptica neoautoritaria, diferente a la de Piketty, incluso la British Broadcasting Corporation (BBC) de Londres, como fuerza estratégica del cuarto poder mundializado, ha hablado de la vigencia de Karl Marx «a pesar del fracaso del comunismo»; no obstante, es sumamente notorio que su reconocimiento del carácter cíclico o invariablemente recurrente de las crisis económicas del capitalismo, en el contexto de lo que califica como un «colapso financiero nunca antes visto»,[7] está inserto en el intento por invisibilizar lo inocultable. El discurso unidimensional —para construir una expresión que evoque *El hombre unidimensional* de Herbert Marcuse como

[6] Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

[7] British Broadcasting Corporation (BBC), «4 ideas de Carlos Marx, el ideólogo de la Revolución rusa, que siguen vigentes a pesar del fracaso del comunismo», 2017, en http://www.bbc.com/mundo/noticias-40611669

Cruzamos por la crisis más grave en la historia del capitalismo, en la que emergen tres peligros seculares: la mundialización de la pobreza, la crisis alimentaria global y la crisis ambiental.

crítica a la modernidad atómica—[8] insiste en reducir la crisis epocal a crisis financiera y desigualdad social globalizadas porque apunta a invisibilizar mediáticamente la *secular trend* de la crisis ambiental mundializada y de la crisis alimentaria global. No sólo porque responde a su posición al insertarse y propulsar la geopolítica bélica y nuclear del siglo XXI, para la BBC los riesgos de guerra a gran escala provienen no de la disputa por la hegemonía global, sino de las «amenazas a la democracia», externas a la modernidad capitalista, que representan regímenes como los de Corea del Norte o Venezuela. En otras palabras, lee la vigencia de *El capital* pero mutilándola unidimensionalmente en función de sus profundos servicios para la «máquina de la desimaginación» planetaria,[9] es decir, para el ocultamiento mediático de los fundamentos de la disputa por la hegemonía mundial y la marcha del binomio capitalismo/barbarie en el siglo XXI. Se desconoce el binomio inextricable capitalismo/barbarie en el momento en que se le propulsa históricamente. En la actual ofensiva geopolítica de la ultraderecha contra Venezuela, la BBC ha cumplido un papel clave.

Resulta revelador que no sólo la tendencia liberal sino también la tendencia neoautoritaria están impelidas a reconocer la vigencia de la *magnum opus* de Marx en nuestra era. La disputa entre la tendencia que aboga por un capitalismo propiamente liberal (con el sistema de Estados como contrapeso ante la destructividad del capitalismo contemporáneo) y la tendencia neoautoritaria (que agrega la violencia político-destructiva del Estado a la violencia económico-anónima del «libre juego de las fuerzas del mercado» del capitalismo de la vuelta de siglo), se decanta a favor de la segunda.

[8] Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1984.

[9] Henry Giroux, «Más allá de la máquina de la desimaginación», *Mundo Siglo XXI*, núm. 31, 2013, en http://www.mundosigloxxi.ipn.mx/pdf/v09/31/04.pdf

Leer *El capital* hoy para integrarlo a nuevas versiones del mito del progreso o, peor aún, a lecturas unidimensionales dirigidas a justificar el binomio capitalismo/barbarie, obstruye el relanzamiento del marxismo crítico ante el desafío que significa descifrar la crisis epocal del capitalismo en todos sus alcances. Como se aprecia, *El capital* de Marx está de regreso en el debate internacional.

La reconceptualización de la «guerra civil» y su tendencia epocal

En un agudo ensayo de título irónico, «El sentido del siglo XX», que da cuenta del sinsentido radical del Siglo de la Barbarie o el Siglo de las Tinieblas, como le gustaba decir, Bolívar Echeverría introdujo una insólita redefinición del concepto «guerra civil», a partir de desarrollar el complejo significado que Marx le adjudicó en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*.[10]

Al ampliarlo para rebasar el significado regular del término «guerra civil» —que nombra el enfrentamiento violento de dos proyectos de nación al interior de un mismo Estado o de dos proyectos de Estado al interior de una misma nación—, Bolívar Echeverría puso énfasis en que *el capitalismo constituye un sistema histórico permanentemente violento* y que de ninguna manera la guerra civil conforma dentro de él una desestabilización puramente temporal o pasajera. Lo anterior porque de modo singular en la historia de las sociedades de clase ha hecho del estado de *pax*, es decir, de un simulacro de paz o de falso alto al fuego, una situación estructural de la economía moderna.

Parafraseando a Clausewitz, podríamos decir que *la modernidad capitalista ha hecho de la economía la continuación de la guerra por otros medios*. En ese proceso histórico, precisamente, *la subsunción formal y la subsunción real del trabajo por el capital constituyen*

[10] Bolívar Echeverría, *Vuelta de siglo*, México, Era, 2006.

la plataforma estructural de la guerra civil moderna.

La *subsunción formal del trabajo por el capital* —que, luego de que constituye la *primera gran fase del desarrollo capitalista*, se integra como la *base permanente de la relación global del capitalismo*— funda un estado de violencia histórica sumamente singular. Una configuración única de la violencia en la historia de las sociedades de clase: integra la *violencia económico-anónima como fundamento permanente del capitalismo.*

En profundo contraste con la violencia visible propia de la esclavitud antigua o del despotismo asiático, la subsunción formal plasma en la estructura inercial de la economía moderna una violencia «invisible» pero efectiva y radical. La expropiación de medios de vida —lo que significa que la expropiación de medios de producción impone invariablemente una segunda expropiación, es decir, que sobre ella genera la expropiación de medios de consumo— instala una crisis de orden estructural, una auténtica situación límite contra el proceso de reproducción vital de los dominados modernos. Colocados en un ineludible estado de peligro, sin medios de vida para los dominados modernos, el riesgo de muerte, la certidumbre sobre la incertidumbre vital, se torna el fundamento de la violencia económico-anónima en el capitalismo. Un simulacro de paz se vuelve la regla.[11]

Al pretender volver vivible lo invivible, lo que comenzó siendo una violencia exterior es interiorizada por los dominados modernos. En el momento en que admiten como normal la anormal mercantificación de su fuerza laboral, un peculiar entrecruzamiento se pone en acto: la estrategia espontánea de sobrevivencia, respondiendo a la búsqueda por abrirse acceso a los medios de consumo, se vuelve la vía inocultable de integración al dominio establecido. Cuando se logra la sedimentación histórica de esa estrategia, conformándose como costumbre, esto es, como comportamiento cotidiano, automático e irreflexivo se constituye, bajo una u otra forma histórica, lo que profundamente Bolívar Echeverría denominó *ethos* moderno.[12]

Cuando se transita a la *subsunción real del trabajo por el capital* como *segunda gran fase del desarrollo capitalista* —sin que jamás desaparezca la subsunción formal como base permanente de la dominación moderna—, la violencia económico-anónima se vuelve aún más ofensiva. Trayendo al mundo la modernidad pero bajo su dominio, el capitalismo codifica o plasma la legalidad de su poder en la estructura material de la tecnología automatizada. Hace de la revolución tecnológica y del *general intellect* un arma integrada a la legalidad opresiva de la subsunción real.

Siendo enteramente viables y factibles otras trayectorias de automatización e innovación tecnológica, que podrían dirigirse hacia la afirmación del mundo humano de la vida, el capital sabotea y bloquea, una y otra vez, esas potencialidades para imponer en su lugar trayectorias cada vez más violentas de modernización tecnológica funcionales al apuntalamiento creciente de su poder económico y su poder planetario.

En ese sentido, la expresión *ejército industrial de reserva* de ningún modo debe leerse como una simple alegoría. No se trata del traslado puramente metafórico por Marx de un término proveniente del argot militar al pensamiento económico moderno. Representa un *concepto duro* dirigido en específico

[11] Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Equilibrista, 1995.

[12] Al desarrollar de manera muy original la caracterización de las diversas formas de complicidad e integración con el dominio establecido a partir de las estrategias de sobrevivencia contemporáneas, Echeverría edificó su conceptualización del cuádruple *ethe* de la modernidad capitalista (como *ethos* realista, romántico, clásico y barroco). Véase Bolívar Echeverría, *Modernidad, mestizaje cultural,* ethos *barroco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Equilibrista, 1994.

a desocultar el profundo carácter de *guerra civil inmanente a la subsunción real capitalista de la modernización tecnológica*. Es un concepto que denuncia cómo en la medida en que el poder productivo de la técnica planetaria subsumido realmente por el capital es llevado cada vez más lejos. La modernidad capitalista devasta en una escala mayor el proceso de reproducción social y produce ascendentemente heridos y muertos. *La economía moderna, así, se vuelve el campo de una guerra civil clasista, anónima o impersonal, pero tendencialmente cada vez más peligrosa.*

La Ley General de la Acumulación Capitalista —más allá de ser una ley enclaustrada en el siglo XIX, como tanto insiste desfigurándola el reduccionismo del marxismo progresista—, *constituye una ley, justo y ante todo, porque da cuenta de una tendencia epocal.* Demuestra que la mundialización capitalista es una modernidad esquizoide, precisamente, porque para apuntalar su poder planetario el capitalismo entrecruza, cada vez más profunda y amenazadoramente, *progreso y devastación.*

En la medida en que el capitalismo hace uso y abuso de la revolución tecnológica como arma, instala un doble impacto sobre los dominados modernos: impone tasas internacionales de explotación cada vez más altas, pero además de traicionar las potencialidades positivas de la modernidad, conduce el progreso tecnológico por trayectorias esquizoides que despliegan una devastación cada vez más destructiva desde la violencia económico-anónima inmanente a la acumulación planetaria.

Al ser esta la ley que rige la marcha de la mundialización capitalista, cada Estado y cada fase de la historia contemporánea poseen un marco de acción, delimitado pero efectivo, para concederle una u otra configuración histórica a la modernidad. El capitalismo no es homogéneo ni a lo ancho del orbe ni a lo largo de su devenir. Adquiere una de las diversas configuraciones posibles para hacer más administrable o más radical la dialéctica permanente entre violencia y capitalismo.

Al observar panorámicamente el abanico de configuraciones factibles de la modernidad y la mundialización capitalistas basadas en la

En profundo contraste con la violencia visible propia de la esclavitud antigua, la subsunción formal plasma en la estructura inercial de la economía moderna una violencia «invisible» pero efectiva y radical.

subsunción real —después de siglo y medio de historia del poder planetario a partir de la publicación del libro I de *El capital*— podría afirmarse que, según los requerimientos de los ciclos y las fases de la acumulación, así como de la disputa por la hegemonía mundial, que se concretan de acuerdo con la *rapport de forces* de la lucha nacional, internacional y mundializada de clases, el capitalismo y sus Estados despliegan una de tres configuraciones históricas posibles .

Capitalismo liberal es el nombre que —siguiendo el uso regular que las ciencias históricas le asignan al término liberalismo— cabe asignar a aquella configuración que se conforma cuando se hace efectivo que el Estado intervenga como contrapeso ante la violencia económico-anónima inmanente a la acumulación. En el siglo XX, las políticas para elevar el estándar de vida social, el ejercicio regular de procesos electorales y la promoción de la soberanía nacional fueron los ejes que caracterizaron a la modernidad liberal. En el siglo XXI se busca revertir la ofensiva del mal denominado «neoliberalismo», el capitalismo genuinamente liberal, además ha lanzado propuestas sobre reducción de la pobreza, del hambre global y la transición a un patrón energético pospetrolero.

Capitalismo cínico —parecido a lo que Armando Bartra denomina «capitalismo canalla»— es el nombre que procede atribuirle a una configuración que sin anular jamás la intervención del Estado en la economía, la hace valer para garantizar el traslado del centro de mando hacia el capital privado, ante todo hacia el capital privado transnacional. *Laissez faire, laissez passer* o «libre juego de las fuerzas del mercado» no significa otra cosa que libre ejercicio y despliegue irrestricto de la violencia económico-anónima como arma de los capitales privados. Por la ineludible inestabilidad que introduce en la administración estratégica de la acumulación y la lucha nacional y mundializada de clases, esta configuración incuba la promoción del tránsito hacia otra modalidad invariablemente más violenta del capitalismo.

Capitalismo autoritario —siguiendo el concepto de Estado autoritario formulado por Horkheimer—[13] es la *configuración histórica que no se detiene en imponer el entrecruzamiento creciente, cada vez más amenazador, de violencia económico-anónima y violencia político-destructiva como medio imperioso para contrarrestar las inestabilidades económico-políticas del capitalismo y apuntalar su poder*. Esta es la configuración a la que tiende el capitalismo histórico en tiempos de crisis y que rebasa a la configuración cínica.

Cuando aparte del Estado los capitales privados despliegan una violencia político-destructiva, la configuración de la propulsión a la barbarie en la modernidad capitalista se redondea en el momento en que es interiorizada por los dominados modernos. Si esa tragedia se abre paso entre ellos, nunca es sólo

La lucha contra el entrecruzamiento de progreso y devastación en la crisis epocal del capitalismo hace imperioso y urgente el reto de forjar movimientos ecologistas, nacionales e internacionales.

[13] Max Horkheimer, *Estado autoritario*, México, Ítaca, 2006.

porque estén engañados y actúen contra sus necesidades históricas.

Asumir que la promesa del progreso económico para todos es cosa del pasado, pero que el *confort* y la opulencia únicamente podrán existir para unos cuantos, más que la exclusión, se admite e incluso se propulsa la destrucción de muchos más. De esa forma se puede garantizar el acceso a una riqueza que jamás será *universalizable*: es la elección histórica que conduce a la complicidad de los dominados modernos con el binomio inextricable capitalismo/barbarie.

En el siglo XX, el nazismo y el fascismo le dieron forma al capitalismo autoritario y esta complicidad proviene de la radicalización decadente del *ethos* realista moderno. En el siglo XXI, una tendencia neoautoritaria (con un alcance transcontinental, desde Estados Unidos y Europa) se ha estado imponiendo históricamente.

Al revisar, desde la Ley General de la Acumulación Capitalista como fundamento de la guerra civil moderna, una formulación tan aguda e iconoclasta como la planteada por Walter Benjamin, cuando afirmó que el Estado de excepción se había vuelto la regla,[14] se revela que su horizonte crítico sobre la historia política de nuestra era debe ser leído ante todo como una advertencia para el porvenir. *Si la tendencia epocal de la acumulación planetaria, desde la revolución tecnológica como arma, propulsa una guerra civil clasista cada vez más radical, la tendencia epocal de la mundialización capitalista propulsa la propagación del Estado de excepción como medio ineluctable para el manejo de una guerra civil capitalistamente cada vez más violenta.*

Leído así *el libro I de El capital es identificable como el texto fundacional de un horizonte insólito de intelección crítica de inapelable actualidad para descifrar la tendencia epocal de la dialéctica permanente entre capitalismo y violencia.*

El horizonte libertario de *El capital* en el siglo XXI

En el marco de la crisis epocal del capitalismo, insistir en leer *El capital* desde la perspectiva del marxismo progresista (ya fuera en su versión de marxismo socialdemócrata o en su versión de «marxismo soviético»), representaría un gran obstáculo. El tiempo de peligro que el siglo XXI trae consigo con la crisis de mayores amenazas en la historia del capitalismo planetario invita a releer *El capital* a partir de asumir propiamente como principio heurístico *redescubrir a Marx*, para expresarlo evocando el título de la obra más reciente de Elmar Altvater.[15]

No sólo la crisis epocal convoca al desarrollo de frontera de la crítica al capitalismo del siglo XXI en clave de la contradicción valor/valor de uso, es decir, desde el complejo choque del proceso de reproducción de la vida de la sociedad planetaria y la acumulación mundial del capital, además convoca a *redescubrir El capital releyéndolo en clave de valor de uso.*

Las luchas contrahegemónicas y transcapitalistas contra la mundialización de la pobreza, la crisis alimentaria global, la crisis ambiental mundializada, la geopolítica nuclear y el peligro de una Tercera Guerra Mundial, como configuración extremadamente amenazante de la fuerza de la Ley General de la Acumulación Capitalista en el siglo XXI, requieren complejos desarrollos de la crítica de la economía política en clave de valor de uso. Nunca como ahora la «forma social-natural» de la reproducción humana ha mostrado tanta actualidad en su vigencia como fundamento de la racionalidad crítica.

[14] Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia*, México, Ítaca, 2008; Giorgio Agamben, *Estado de excepción: homo sader II*, España, Pre-Textos, 2004.

[15] Elmar Altvater, *Redescubrir a Marx*, México, Fundación Rosa Luxemburgo,2017.

De ningún modo el reconocimiento de la Ley General de la Acumulación como tendencia epocal de la mundialización capitalista es sinónimo de reducción del porvenir a una especie de destino ineluctable. Desde Rosa Luxemburgo, el marxismo crítico dejó claro que la crítica irrenunciable a la encrucijada socialismo o barbarie impugna contundentemente asumir al socialismo como destino, pero también a la barbarie.

Si la autogestión o la autodeterminación política es identificada como el principio estratégico general, imprescindible para avanzar en la edificación de una modernidad alternativa frente y contra la legalidad esquizoide de la modernidad capitalista —y, sin duda, en eso reside el horizonte libertario global de *El capital*—, emergen cuatro retos históricos de primer orden en el siglo XXI.

1) Impulsar la liberación del proceso de reproducción social-nacional de la subsunción real bajo la Ley General de la Acumulación Capitalista conlleva el complejo y alto desafío de integrar la autogestión como fundamento creciente de la organización económico-política en espacios locales delimitados, fomentar su multiplicación y explorar el mayor abanico posible de alianzas plurales que permitan abrir paso —para decirlo en léxico luxemburguiano— hacia el «autogobierno del país». En este sentido, la lucha por la autogestión y la soberanía nacional requerirían superar su antinomia histórica regular para ser reinventadas como dimensiones imprescindibles y vitales en la edificación de una modernidad alternativa.

2) La lucha contra la mundialización de la pobreza y la crisis alimentaria global —la peor crisis alimentaria en la historia de la humanidad— reclama avanzar hacia la conquista de derechos inéditos de desmercantificación del proceso de reproducción social. Si la economía mundial alimentaria cuenta con la capacidad productiva para proveer de víveres al doble de la sociedad planetaria, es política y moralmente inadmisible el hambre y su propagación. Porque la potencialidad de la abundancia proyecta la viabilidad de

una modernidad de antimercado *hic et nunc*, reto esencial de nuestra era es conquistar derechos utópicos para el siglo XXI que garanticen y realicen la reproducción alimentaria de la sociedad internacional como germen de nuevas formas alternativas de reproducción sin mercantificación de la fuerza de trabajo.[16]

3) La lucha contra el entrecruzamiento de progreso y devastación en la crisis epocal del capitalismo hace imperioso y urgente el reto de forjar movimientos ecologistas, nacionales e internacionales, autoconscientes del enorme tamaño del peligro de nuestra era, que presionen desde abajo por la edificación de una modernidad posfosilista, ante todo de una modernidad solar, como alternativa frente al sobrecalentamiento planetario y su *secular trend*. Otra técnica planetaria precisa de inmediato ser estructurada ecológicamente.

4) En el marco de la crisis de la hegemonía estadounidense dentro de la crisis epocal del capitalismo, ante el peligroso avance de la geopolítica nuclear y el estrechamiento del margen de probabilidades para el estallido de una Tercera Guerra Mundial, las alianzas contrahegemónicas y anticapitalistas tienen ante sí el reto de desarrollar complejas alianzas Norte/Sur y Sur/Sur desde abajo que pugnen por la desnuclearización del sistema mundial en el siglo XXI. Hoy la geopolítica nuclear representa riesgos para todas las naciones.

La necesidad inexcusable de la lucha contra la amenaza de la barbarie en nuestra era integra el fundamento del relanzamiento de la vigencia del socialismo como modernidad alternativa ante la crisis epocal del capitalismo. En el actual tiempo de peligro, el debate internacional sobre *El capital* está de regreso y convoca a polémicas creativas y múltiples propulsoras del marxismo crítico del siglo XXI.

[16] Luis Arizmendi, «Crisis epocal y desmercantificación en el siglo XXI», *Horizontes de la vuelta de siglo*, México, Instituto Politécnico Nacional, 2011.

Das Kapital:

siglo y medio de una síntesis revolucionaria

OSCAR **MAÑÁN***

La crítica de la economía política clásica plasmada en *El capital* de Marx refundó la economía y creó una nueva filosofía opuesta al idealismo alemán, lo cual significa la gestación de una ciencia social crítica identificada con los explotados dentro del sistema capitalista. El capitalismo ha logrado generar una descomunal riqueza sin precedentes en otra forma de organización del trabajo; sin embargo, dicha riqueza se alimenta de la carne humana. Las relaciones sociales de producción capitalista están alcanzando los límites sociales y físicos del mundo contemporáneo y en conjunto amenazan la persistencia de la civilización humana. La necesidad de transformar el orden vigente es más apremiante aún que en tiempos de Marx. *El capital* constituye un andamiaje conceptual complejo y crítico para entender a profundidad la sociedad capitalista, las formas de producción y reproducción. Además, elabora una teoría de la historia capaz de hacer una historia de la teoría.

Cómo voy a creer, dijo el fulano
que el mundo se quedó sin utopías.
Mario Benedetti, *Utopías*

El libro primero de *Das Kapital* vio la luz el 14 de septiembre de 1867, hace 150 años. Considerada por el mismo Karl Marx como su obra cumbre, la publicación fue un parteaguas para las ciencias sociales modernas, y desde entonces ha sido uno de los libros más leídos de la historia. Entre sus múltiples obras, sin duda ésta es la más cuidada y sometida a la crítica de los principales amigos y también de los detractores del momento. Graduada en la lucha teórica más feroz del siglo XIX, siglo fermental para las ideas que buscaban entender los cambios que esa revolución productiva que se abría paso generaba en las organizaciones sociales y políticas de la época. Pero, en específico, puesta a prueba en la discusión con los obreros, quienes más que nadie conocían (hasta entonces intuitivamente) y sufrían el proceso de producción de capital, a costa de sus vidas.

Estas reflexiones tienen un carácter conmemorativo e intentan aportar algunos elementos, tal vez no originales, pero interesantes a la hora de valorar el trabajo de Marx. Se espera alentar el estudio de este autor y no sólo el interés literario, ya que *El capital*, como pocos textos, describe y explica la esencia de las relaciones sociales contemporáneas. El

* Profesor de la Universidad de la República, Uruguay

esfuerzo teórico del autor se plasma de manera genial para captar una radiografía del capitalismo central del siglo XIX que hoy resulta una herramienta insoslayable en un afán por comprender las formas modernas del desarrollo capitalista y la dominación que conlleva. Asimismo, sigue siendo imperioso transformar el orden vigente, ahora las urgencias apremian aún más que en tiempos de Marx, la persistencia de la civilización humana está amenazada por la dialéctica perversa de las actuales relaciones sociales de producción en sus límites sociales y físicos.

Primero se enuncian algunos ejemplos dignos de emular, en especial, su ética y sus primordiales contribuciones. Luego, se analiza la potencialidad de su obra para el estudio de la sociedad capitalista. También se discute la necesidad de confrontar las teorías a fin de evaluar su relativa fortaleza o debilidad, dejando de lado las elecciones apriorísticas sobre las verdades dominantes. A su vez, se cuestiona si realmente Marx ha sido refutado por tantos intentos expuestos en este trabajo. Se intenta abordar la influencia de Marx dentro del pensamiento latinoamericano y lo que todavía tiene que decir para la región. Por último, se efectúa una reflexión sobre cuál sería el derrotero de los estudios marxistas que pretenden seguir las enseñanzas del autor.

El capital constituye una ingeniería conceptual muy completa y particular para entender la sociedad capitalista, la forma en que se organiza la producción y cómo el hombre se produce a sí mismo.

El autor de *El capital*, contribuciones y legados

> La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas.
>
> Karl Marx

Marx fue uno de esos raros especímenes de la historia universal que se sacrificó a sí mismo, como a su familia, en un sentido solidario con el sufrimiento ajeno. Vivió en la extrema miseria, alentado por dar cuenta de las contradicciones sociales de su tiempo y por crear un método científico de análisis social que permitiera entender el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. También se identificó con los desposeídos, con los que sólo contaban con sus brazos y que eran los responsables de generar la riqueza de un país, para que los menos, basados en un régimen de propiedad despótico, dispusieran de los frutos. Prueba de su pensamiento solidario es la carta a Engels del 30 de abril de 1867,[1] donde rescata las penurias de su vida familiar en la pobreza abrumadora:

> Todo el tiempo que podía consagrar al trabajo debí reservarlo a mi obra, a la cual he sacrificado mi salud, mi alegría de vivir y mi familia (...) Si fuéramos animales, podríamos naturalmente dar la espalda a los sufrimientos de la humanidad para ocuparnos de nuestro propio pellejo. Pero me hubiera considerado poco práctico de haber muerto sin al menos haber terminado el manuscrito de mi libro.

Su crítica de la economía política clásica no sólo refundó la economía, sino que creó una nueva filosofía que opuso al idealismo alemán y propició el nacimiento de una ciencia social crítica, que desde sus propias bases se identifica con los perdedores de este sistema económico. Éstos explican a la vez la descomunal riqueza producida como ninguna otra forma de organización del trabajo anterior. En contraposición, esa riqueza se alimenta de la carne humana, lo que lleva a Marx a plantearse la necesidad imperiosa de su superación. Engels expuso de forma magistral:

> Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etcétera; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. Pero no es esto sólo. Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos socialistas, habían vagado en las tinieblas.[2]

El capital es un libro fervorosamente referenciado, muchas veces citado, pero no siempre igualmente estudiado. En la mayoría de las universidades de América Latina fue por mucho tiempo una referencia obligada de estudio y profundización en las clases de filosofía, economía, antropología, sociología, entre otras disciplinas. Al sur de América, las dictaduras militares lo volvieron un libro indecente, en las democracias emergentes tímidamente se recuperaron

[1] Karl Marx, Friedrich Engels: werke (MEW), *Band 30*, Alemania, Dietz Berlin, [1860] (1990), p. 542.

[2] Friedrich Engels, *Discurso ante la tumba de Marx*, 1883, en https://www.marxists.org/espanol/m-e/1880s/83-tumba.htm

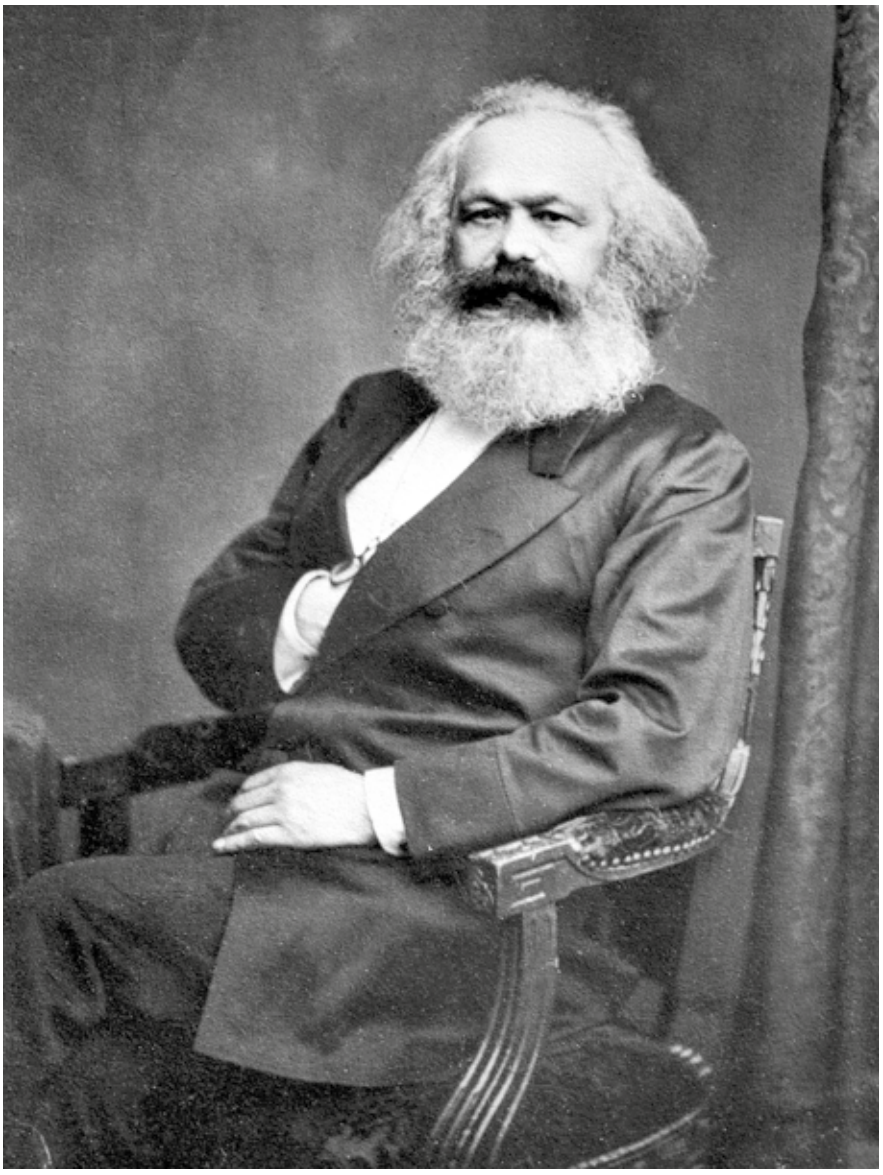
espacios de reflexión y estudio. Luego de la caída del llamado «socialismo real», como la derrota ideológica que sufrieron los grupos revolucionarios y la clase obrera más movilizada con el triunfo del proyecto «neoliberal», desplazaron estos estudios por las teorías neoclásicas.

La cruda y terca realidad se impuso para rescatar los conceptos fundamentales de este libro. Las crisis de «nueva generación» comenzada en México (1994-1995), seguida por Brasil (1998) y el sudeste asiático (1997-1998) y Río de la Plata (2001-2002) (nombradas en la región como «efectos Tequila, Samba, Tango y Candombe») trajeron consigo un sistema financiero desregulado políticamente y aperturas irrestrictas de las economías emergentes, promovieron de nueva cuenta las lecturas de Marx para entender las crisis capitalistas.

No es un libro difícil (decía su autor), salvo el capítulo referente a las formas de valor.[3] No obstante, constituye una ingeniería conceptual muy completa y particular para entender la sociedad capitalista, la forma en que se organiza la producción y cómo el hombre se produce a sí mismo a partir de la producción de sus medios de vida. Busca realizar una teoría de la historia capaz de hacer una historia de la teoría.

De esa manera se pensó *El capital*, primero se desarrollaron los conceptos que pudieran aprehender la sustancia de las relaciones sociales de producción, las categorías y dimensiones analíticas que median para dotar de contenido a tales conceptos, lo que significaba una crítica sobre su influencia en las relaciones sociales. Se cuidó de forma obsesiva el método de exposición (que no coincide *sensu stricto* con el método de investigación y la historia del proceso social en que se presentan los hechos). Después se aboca a las condiciones de circulación y distribución, al análisis del capitalismo en movimiento. La pretensión era terminar con una historia de las teorías de la plusvalía (esfuerzo que hicieron sus sucesores con los apuntes de sus estudios para tener un panorama del trabajo inconcluso).

La concepción de ciencia con que trabaja Marx no embona siempre con la correspondiente al sentido popperiano dominante.



Marx fue producto de las circunstancias, en un mundo que le permitió ser un gran revolucionario.

[3] Karl Marx, *El capital* (prólogo a la primera edición alemana), Moscú, Progreso, 1980.

Cuando se refiere en concreto a la ciencia aplicada, aquella que es subsumida a los intereses del capital, que permite mejorar las condiciones de los medios de producción y por ende la productividad del trabajo y del sistema económico en general, Marx utiliza el sentido de la ciencia «normal». Sin embargo, como lo prueba Dussel[4] en su estudio sobre los *Manuscritos del 61-63*, la que practica Marx es una ciencia «crítica», cuyo sentido es «crítica de la apariencia». Conocida es la frase donde sostiene que «toda ciencia sería superflua si la forma fenoménica (*Erscheinungsform*) y la esencia de la cosa coincidieran inmediatamente».[5]

Entonces, la ciencia no es necesariamente la actividad que hacen «los científicos», sino que bajo tal comprensión es una actividad teórico-práctica que tiene la intención de explicar la esencia de los fenómenos. En tanto que muchos conocimientos que «la ciencia normal» podría atribuirle a la ciencia no serían científicos, otras formas de conocimiento que aportan hombres vulgares que no son de ciencia sí podrían considerarse científicas. En el caso de que tales conocimientos contribuyan a la descripción conceptual, categorial, de un fenómeno y lo vuelven inteligible, entonces sería ciencia. En ocasiones, Marx tilda de «seudociencia» a algunos conceptos de los hoy considerados clásicos de la ciencia económica (como Smith y Ricardo) cuando carecen de categorías y mediaciones necesarias para vincular la apariencia fenoménica de la realidad con la esencia que explica el movimiento real. Lenin lo advierte en el mismo sentido:

> De uno u otro modo, *toda* la ciencia oficial y liberal *defiende* la esclavitud asalariada, mientras que el marxismo ha declarado una guerra implacable a esa esclavitud. Esperar que la ciencia sea imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma absurda ingenuidad que esperar imparcialidad por parte de los fabricantes en lo que se refiere al problema de si deben aumentarse los salarios de los obreros disminuyendo los beneficios del capital.[6]

Marx, como él mismo manifestara, fue producto de las circunstancias, en un mundo que le permitió ser un gran revolucionario. Logró una síntesis muy influyente de todas los hitos históricos del siglo XIX, la lógica implacable de la especulación filosófica alemana, las luchas burguesas por la construcción política institucional que perpetuara su dominio en Francia y la «magia» de los avances científico-técnicos de la industria inglesa que le daría al capitalismo su misión histórica: *revolucionar las fuerzas productivas materiales*.

El legado de esta obra es de gran trascendencia, ya sea porque plantea conceptos y categorías analíticas útiles para entender la médula del sistema capitalista, o porque implica un método de trabajo minucioso que no soslaya ninguna perspectiva. Marx valoró, analizó, tomó o desechó cualquier idea proveniente de la entonces considerada ciencia del *establishment* o aquellas que venían de fuentes menos sacralizadas. Todas las alternativas eran válidas si contenían una explicación racional, congruente para el desarrollo de categorías analíticas que permitieran «quitar el velo» al movimiento de lo real. En adición, se opuso a la «seudociencia» que se quedaba en la descripción pura y llana de «la apariencia» de los fenómenos económicos y sociales.

Es apabullante la responsabilidad que conlleva el compromiso de su labor con los sectores explotados por la forma social dominante en que se organiza el trabajo. El que los profesionales que se desempeñan como formadores

[4] Enrique Dussel, *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos 61-63*, México, Siglo XXI/Universidad Autónoma Metropolitana, 1988.
[5] *Ibid*, p. 289.
[6] Vladimir Ilich Lenin, *Marx, Engels, marxismo*, Pekín, Ediciones Lenguas Extrajeras, [1913] 1998, p. 73.

en las universidades (en particular las públicas de la región) tomen su ejemplo es el mayor tributo que podría hacérsele y que redundaría en futuras generaciones.

Potencialidad de su obra

> Necesitamos otra educación
> para otra sociedad y otra sociedad
> para otra educación.
>
> Karl Marx

Sin duda, su obra constituye una unidad integrada, seguramente unidad inacabada, por lo que no es posible presentarla como un cúmulo de verdades. En efecto, resulta una teoría viva y como cualquier expresión de la vida social no está exenta de contradicciones y posibles soluciones (síntesis transitorias, históricas); siempre múltiples en la medida en que devienen de hipótesis más o menos dominantes en cada época (Engels en la *Dialéctica de la naturaleza* muestra cómo un mismo fenómeno es pensado y conceptualizado de modo diferente si se observa bajo presupuestos diversos).

Marx representa a la vez continuidad y ruptura con los clásicos. Continuidad en la identificación del trabajo como fuente de valor y ruptura en lo que hace al enfoque teórico-epistemo-metodológico en el que el valor se conceptualiza y cualifica como una forma histórica de organización del trabajo. A diferencia de los clásicos, cuya preocupación era la determinación cuantitativa de los valores (como forma dada y preexistente), en Marx ésta aparece determinada por la organización social y su interés es explicarla. De ahí que en vez de tomar el camino de los clásicos, quienes hurgan en la utilidad de las mercancías, Marx reconoce la utilidad intrínseca de la mercancías (valor de uso) y se aboca al valor de cambio, que no sólo expresa utilidades subjetivas recíprocas de los agentes sino una determinación objetiva de la misma organización social.

Tal determinación objetiva acompaña a la organización del trabajo; en consecuencia, el valor es una expresión del trabajo y cuantitativamente se determina por su productividad social media. El trabajo socialmente necesario, en la expresión de Marx, es el trabajo vivo, el capital variable en su condición de agregar valor, por la «peregrina cualidad de la mercancía fuerza de trabajo de crear más valor del que ella gasta en el proceso de su producción». El trabajo ya objetivado (trabajo muerto) no agrega valor nuevo sino que transfiere valor cuando se amortiza con el uso.

Ésta es una diferencia de la conceptualización del valor en Marx y los clásicos: para él, valor y plusvalor son producto del trabajo socialmente necesario cuyo elemento dinámico de la contradicción es el trabajo vivo (capital variable), mientras que los clásicos ven al valor determinado por el capital total. En Marx, la creación de valor y plusvalor supone la lucha de clases; en los clásicos y seguidores, no necesariamente, ya que implica una «externalidad positiva» del proceso productivo. Las corrientes derivadas de los clásicos reducen las expresiones de valor a la idea de trabajo, por lo cual expresan el capital total reducido a cantidades físicas de capital y salario, lo que hace superflua la distinción de clase.

En este punto aparecen conflictos, por ejemplo: ¿qué es el capital? Como unidad cualitativa es un cúmulo de mercancías, definido como «dinero que genera más dinero»; en este caso al utilizar la expresión dineraria (dinero como otra mercancía con varias características: unidad de cuenta, permite el intercambio, expresa valor y hace posible reservar y acumular valor, etcétera). Existe otro debate acerca del punto de partida: «si el huevo o la gallina». En Marx el proceso de producción de plusvalía se encuentra en el centro del andamiaje social capitalista; no obstante, la circulación de dinero es el presupuesto lógico del capital (la fórmula es D-M-D'). Ello provoca numerosos problemas

respecto a las características que en cada etapa adquiere el dinero. El proceso de producción se enfoca en la creación de valor, por lo tanto el eje más preciado para la formación y acumulación de capital; pero este capital que comienza el ciclo con afán de incrementarse supone un proceso de circulación anterior. Efectivamente, necesita dinero inicial con pretensiones de convertirse en capital, que en dicho momento inicial no es de suyo capital, sólo lo será cuando «se enloda las manos» en el proceso productivo.

Un punto de partida clave, emprendido por Marx, es el trabajo humano, en su doble carácter: como productor de medios de vida y como productor de vida misma. Este último aspecto de la esencia del trabajo casi no se referencia en las ciencias sociales modernas y quizá es el gran elemento a resaltar para apuntar una organización social diferente. En particular, Marx hizo hincapié en el «trabajo vivo», como sustento para mostrar su crítica de la economía política del capitalismo; si bien se había vinculado el trabajo con la riqueza, no se lograba todavía el nexo con la organización social en conjunto.

Tal crítica, en su sentido profundo, implica la negación de lo existente (como negatividad, sostendría Adorno) y a la vez como inicio para la superación indispensable de la forma de organización social llamada capitalismo. Esto exige, como lo hizo Marx, ponerse en la piel de los «jodidos» del sistema capitalista («las víctimas», como propone Dussel), fundamentalmente trabajadores, aspirantes a trabajadores, campesinos empobrecidos y acosados por la colonización del mundo de las mercancías; marginados en todos los sentidos del sistema económico pero que forman parte del ejército industrial de reserva, o simplemente, de la imagen de un futuro poco alentador.

Necesidad de confrontación de las teorías

> Debemos ser pesimistas en la razón
> y optimistas en la práctica.
>
> Antonio Gramsci

No sólo es deseable sino que se convierte en necesario el discernir cuáles herramientas teóricas actuales se ajustan más a la dinámica social y, por ende, cuáles serán más beneficiosas para la práctica cotidiana. La teoría económica neoclásica es la teoría del capitalismo, la que normalmente políticos, académicos y profesionales del *establishment* reivindican como el «saber sabio» que se ha vuelto dominante en las universidades de la región. Sin embargo, la teoría marxista y sus variantes no aparecen representadas en los programas de ciencias sociales con la importancia que deberían.

Cuando se comparan las teorías dominantes en la actualidad y sus bases teóricas, se aprecia que la vertiente walrasiana es la más referenciada en la perspectiva neoclásica. En este caso, la teoría de Marx sigue presentando aspectos por demás valiosos y particularmente más trascendentes. En William S. Jevons y también en León Walras hay un intento de *ahistorizar* las categorías de la ciencia económica. Jevons advierte que si bien le otorga importancia a la ciencia histórica, su interés está en compartimentar las disciplinas para lograr eficiencia, por lo que propone extraer «lo social» hacia una nueva rama científica. Dicha ciencia es denominada por Spencer sociología, entendida como ciencia de la evolución de las relaciones sociales.[7] Jevons afirma que la búsqueda de una «mecánica general» debe hacerse con el método que John Stuart Mill llamó *método deductivo físico concreto*

[7] William S. Jevons, *The theory of political economy* (tercera edición), London, Macmillan, 1888, en http://oll.libertyfund.org/titles/625

y, con ello, investigar la *ley psicológica obvia* de que el mayor beneficio es preferido al menor y, luego, analizar el impacto de esa ley en la sociedad.[8]

En ese sentido, Walras separa intercambio, producción y distribución. Sólo el intercambio es susceptible de estudiarse en los dominios de la ciencia pura, dejando la producción y la distribución a los ámbitos del arte y la ética, respectivamente.[9] De este razonamiento se desprende su incapacidad para el análisis de las cuestiones dinámicas de la economía, escasez y apropiación, dos claves para entenderlas que no forman parte de una disciplina científica.

Es obvio que, la vertiente walrasiana soslaya muchos aspectos que hoy son problemas en la explicación económica de las relaciones sociales. El tratamiento que Blaug hace en *Teoría económica en retrospectiva* de la economía marxista es también una *castración literal* de lo que a su juicio pertenece a la filosofía, la sociología u otros ámbitos de las ciencias sociales. Además, el punto de partida es dar cuenta del comportamiento individual, la comprensión del todo vendrá por añadidura; léase, una simple agregación de las conductas individuales. En cambio, el eje central del pensamiento de Marx es explicar la totalidad de la dinámica social; en consecuencia, las explicaciones de los fenómenos individuales son determinadas por la articulación de grupos sociales que permiten la comprensión de la totalidad.

El empirismo y el individualismo metodológico no son ajenos a la ciencia económica contemporánea, ya estaban presentes en Jevons y Walras en su persecución de la eficiencia. Tal forma de «empirismo abstracto» es tan poco útil como la «gran teoría» que trata a sus hipótesis como inviolables y nunca se atreve a testar su certeza en el mundo real.[10] Por su parte, Hegel alertaba:

> Pensar el mundo empírico (...), esencialmente, transformar su forma empírica y cambiarla en algo universal (...) la materia percibida, cuando es determinada mediante la universalidad, no subsiste en su primera forma empírica (...) Decir que este salto no debe darse, es decir que no se debe pensar.[11]

Por ende, el nivel de abstracción de la teoría económica que se analiza determinará el tipo de validez que debe exigírsele. Según el criterio friedmaniano, el resultado científico de una teoría es independiente de cuán reales sean sus supuestos. Es decir, no importa que tan creíbles son los supuestos, si conducen a resultados o predicciones coherentes con la experiencia. En resonancia con este criterio la formalización de la ciencia económica, en el entendido de que si se extiende al *infinitum* los *ceteris paribus*, la verdad tendrá un carácter menos discutible. A lo anterior se podría contestar con una máxima de la misma estadística, a medida que se disminuye la posibilidad de error, se termina en juicios menos relevantes.

Entonces, es posible reducir las abstracciones de la realidad, o modelarla de la forma más simplificada, hasta caer en un juicio del tipo si A se da, y todas las demás condiciones se mantienen invariantes, es probable que ocurra B. El ejemplo muestra, a modo de caricatura, los cambios dominantes en la teoría económica y el supuesto «grado de eficiencia». Cabría preguntarse, ¿es posible tildar a un enunciado de este tipo como teoría económica? Según Steindl,[12] Kalecki había prevenido que la matemática y la computación «estaban equipadas como para cubrir con un manto científico la falta de

[8] *Idem.*

[9] Bolívar Echeverría, «Marxismo y teoría económica contemporánea. Confrontación de puntos de partida», *Críticas de la Economía Política*, núms. 18/19, 1981.

[10] Charles Wright Mills, *La imaginación sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.

[11] Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, México, Porrúa, 1977, p. 33.

[12] Josef Steindl, «Reflexiones sobre el estado actual de la economía», *Investigación Económica*, núm. 171, 1985.

sustancia económica». Si los juicios anteriores obtienen el estatus de teoría económica, entonces se deberían usar elementos evaluativos del campo de la lógica formal, no podría pedirse que predigan el movimiento económico.

La teoría marxista, en contraste, deberá ser exigida desde su coherencia lógica y podrá ser evaluada en su capacidad de interpretar los fenómenos sociales más comunes. Entre ellos, su teoría de la tasa de ganancia podrá ser interrogada acerca de las condiciones que enmarcan la competencia capitalista, como limitantes y estrategias que los organizadores de la producción disponen para conseguir el fin de su actividad productiva: la ganancia. Aquí no se alude a un simple hecho de optimización matemática, sino de relaciones sociales entre grupos económicos obligados por niveles diferenciales de intereses o necesidades. En tanto, la teoría de los ciclos económicos indica en qué niveles de la tasa de retorno se producirán innovaciones tecnológicas, con lo que se apuntala una restauración de la misma. Si se aborda la teoría del crecimiento económico, el marxismo evidencia los impactos del *datum* tecnológico en las variables distributivas y de su *necesariedad* para el incremento de la tasa de retorno del capital.

La teoría de la distribución se explica en dicho esquema teórico como una variable subordinada a las necesidades de la acumulación de capital y se relaciona —a través de la teoría de la plusvalía— con la dinámica de la tasa de ganancia. El vínculo acumulación-distribución implica una asociación contradictoria entre los dueños de los medios de producción y los vendedores de la fuerza de trabajo; asimismo, permite determinar el nivel y la densidad de la absorción de fuerza de trabajo que requiere la reproducción económica. Como contrapartida se detectan los límites de la reproducción, ya sean provenientes de la oferta de capital o de mano de obra. Y, en específico, los efectos que tales relaciones sociales tienen en las tensiones y la estabilidad política, tópicos cercanos a la sociología, las ciencias políticas y otras ramas de las ciencias sociales.

En cambio, para la vertiente walrasiana, el tema distributivo no pertenece al análisis económico y su nivel se acepta como un dato *a priori*, determinado por «arte de magia» fuera del proceso productivo. La lógica analítica de la teoría neoclásica —la cual es básicamente estática— analizará por separado «momentos distintos» de desarrollos tecnológicos, pero no explicará el tránsito de unos a otros. Incluso, la teoría «moderna» del crecimiento endógeno, si bien ha *endogeneizado* las variables tecnológicas, aún no ha aportado una explicación coherente de cómo se relacionan específicamente con la dinámica del crecimiento —el avance técnico sigue siendo un residuo que se explica por una o muchas variables endógenas.[13]

¿Marx refutado?

> Igual que en la religión el hombre es dominado
> por el producto de su propia cabeza,
> en la producción capitalista lo es
> por el producto de su propia mano.
>
> Karl Marx

Es muy común que al análisis marxista se le atribuya la idea de «cosmovisión» porque intenta dilucidar todos los ámbitos del devenir social. Se le acusa de no ser una teoría científica, debido a que toma partido por una de las clases sociales en pugna, el proletariado. No obstante, la teoría walrasiana del equilibrio no es una mera descripción exenta de valoraciones. Una economía se precia de estar en equilibrio, que se reconoce como el estado ideal, cuando no existen fuerzas internas que cambien dicho estado. Si a esa definición se le agrega la noción de óptimo paretiano, se tendrá una idea de bienestar *sui generis* que engloba, a su vez, una particular concepción de justicia.

[13] Robert M. Solow, «Perspectives on growth theory», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 8, núm. 1, 1994.

Cuando se llega a una transacción económica bajo los supuestos anteriores es porque hubo por lo menos un ganador y ningún perdedor en el acto de transacción. Si hubo por lo menos un ganador, entonces se lograría un estado de equilibrio de mayor bienestar, por lo que la teoría respalda a «los ganadores» del proceso, es decir, es «solidaria» con los triunfadores.

Tan cierto es lo anterior que para algún leal seguidor de esta teoría la concepción de desempleo no existe como producto de las relaciones económicas, sino debido a la decisión libre, «de elección racional» del trabajador. Robert Lucas, economista distinguido con la buenaventura de un premio Nobel, incluso en una oportunidad comentó que «el desempleo involuntario no es un hecho o un fenómeno que haya de ser explicado por los economistas», éste no es más que una «construcción teórica»; en tanto, el desempleo abierto en Estados Unidos en ese periodo fue de 6.4 millones de personas.[14]

Es notorio que la teoría neoclásica esgrime un grado de parcialidad asombroso, además su evaluación lógica —después de los trabajos de Sraffa y Garagnani— deja mucho que desear. Por ejemplo, desempleo, distribución, origen de las ganancias, estabilidad del equilibrio, cambios de estados, son todos enunciados que se descartan del análisis, se suponen dados o simplemente no se abordan con seriedad.

[14] Robert Lucas (1978), citado por José Carlos Valenzuela, *Crítica del modelo neoliberal: el FMI y el cambio estructural*, México, Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México, 1991.

El desempleo involuntario no es un hecho o un fenómeno que haya de ser explicado por los economistas.
Robert Lucas

La teoría marxista no está exenta de dificultades. Son ya muchos los intentos por refutarla; pero, parafraseando a Galileo, *eppur si muove*. Más allá de los ataques de las teorías competidoras, la de Marx resiste los intentos de negación o refundación surgidos de sus propias entrañas.[15] De ahí que no se pueda afirmar, en el sentido kuhniano, que no genera nuevas ramas de interés y soluciones. En ese sentido, el marxismo puede tildarse de paradigma, cuestión que no se ajustaría a la teoría económica neoclásica como tal.

Es práctica común de este siglo que la teoría burguesa aparezca «metamorfoseada» en autores que han tenido algún pasaje por el marxismo. El resurgir del neoricardianismo con los aportes de Piero Sraffa parte de un cuestionamiento a la solución lógica del problema de la transformación de valores a precios —basado en Ladislao von Bortkiewicz— que lleva a los autores a plantear un sistema de precios de producción que haría obsoletos los fundamentos de la teoría del valor marxista. No es intención de este trabajo hacer una crítica a la crítica, empero esta postura se basa en un problema totalmente heterogéneo al formulado por Marx, las confusiones pueden rastrearse en un mal entendimiento de *El capital* —en especial las formas del valor— desde su comienzo.[16]

La teoría de la regulación es otra vertiente relevante en el análisis social que intentó resignificar el marxismo. Sus representantes clásicos son Alain Lipietz, Robert Boyer, Michel Aglietta y Gérard de Bernis, quienes sugieren la necesidad de sustituir las concepciones «fosilizadas», «dogmáticas» y «mecanicistas» al inscribirse en la tradición poskeynesiana o neoricardiana. Adoptan una postura ecléctica —«antiteórica» según Boyer— para no desperdiciar los aportes de la teoría subjetivista ni aquellos emanados de la escuela objetiva. Por eso introducen «categorías intermedias», «conceptos concretos» que superarían las «generalidades» marxistas. En realidad confunden lo «concreto» con lo superficial, y sus «categorías intermedias» no hacen más que reproducir las apariencias con que el sistema capitalista seduce a sus admiradores. Ejemplo de lo anterior son las elucubraciones de Gérard de Bernis[17] cuando reflexiona en un modelo de desarrollo alternativo.

Luego, se sucedieron varios enfoques que buscan *refuncionalizar* al marxismo. La vertiente conocida como «marxismo analítico» se empeñó en «darle sentido a Marx»,[18] en un contexto más contemporáneo. Sin embargo, ¿cómo se pretende dar sentido a Marx? Por supuesto, en el sentido de la teoría dominante, hegemónica. En opinión de Moseley, incluso Roemer no reprime sino que enfatiza su propio deseo de reinterpretar la teoría de Marx en los términos de la «teoría del equilibrio general».

Dicha corriente retoma algunas de las críticas del neoricardianismo, en particular el individualismo metodológico al mejor estilo neoclásico, con el que tratará de dotar al análisis marxista de los microfundamentos «tan necesarios» que brindan coherencia a su enfoque metodológico. El caso típico es Roemer, quien parte de individuos atomísticos ontológicamente anteriores a la sociedad —algunos Robinson Crusoe ideales, recuérdese que el personaje literario tenía una historia, un

[15] Fred Moseley, *Money and totality. A macro-monetary interpretation of Marx's logic in capital and the end of the «Transformation problem»*, Leiden/Boston, Brill, 2016; Fred Moseley, «Marx´s theory: true or false? A marxian response to blaug's appraisal», en Fred Moseley (ed.), *Heterodox economic theories. True or false?*, Aldershot, Edward Elgar, 1993; Oscar Mañán, «Teoría marxista y transformación de valores en precios, 117 años de controversias», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 2, núm. 3, 2012.

[16] Fred Moseley, «Explanatory progress or retrogression in economics? A Marxian response to Hausman», paper presented at Mt. Holyoke College, june, 1993.

[17] Gérard de Bernis, «Un mundo de trabajo para todos», *Economía Informal*, septiembre, 1993, pp. 301-331.

[18] Jon Elster, *Making sense of Marx*, Nueva York, Cambridge University Press, 1985.

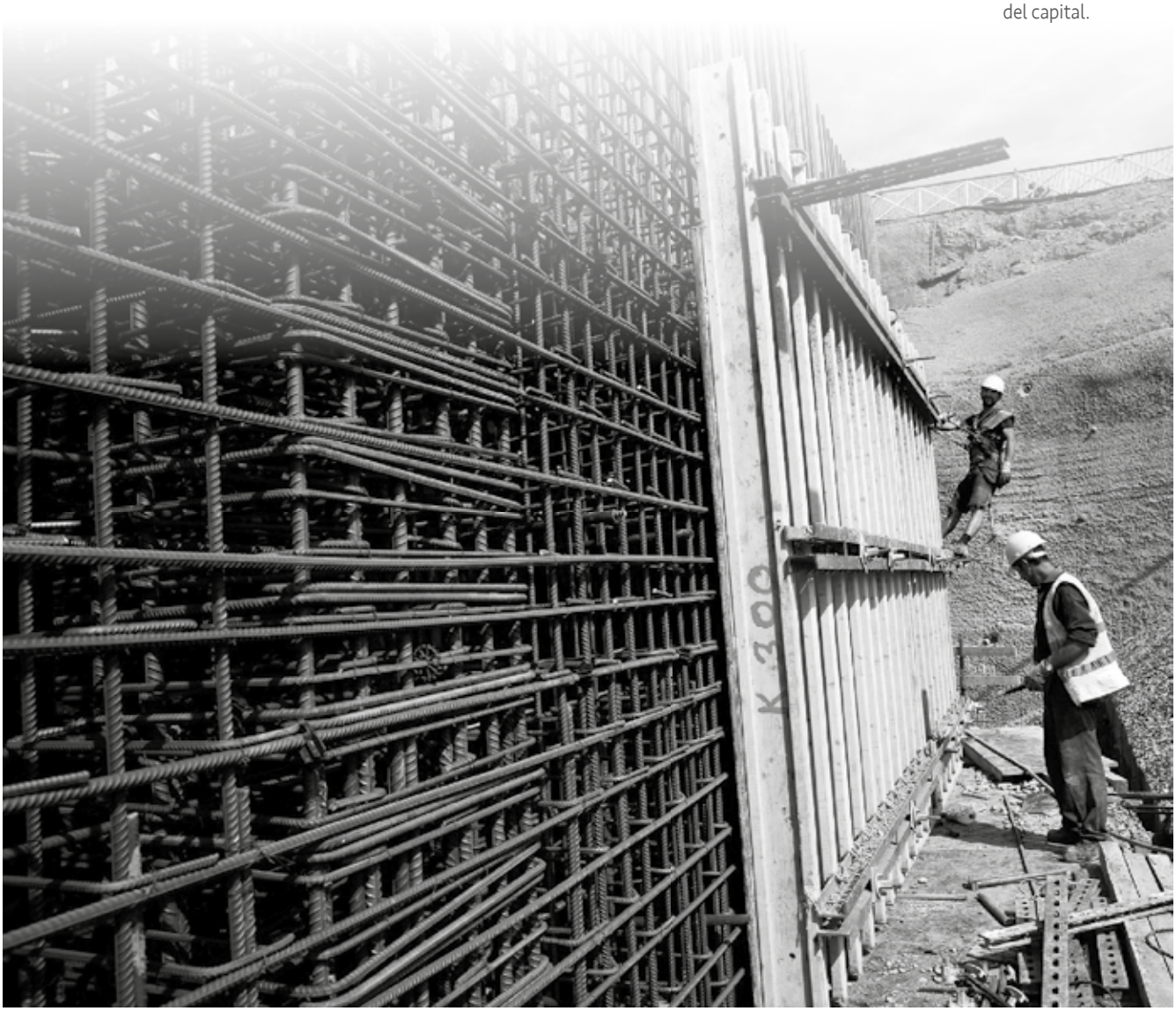
pasado como cualquier hombre— y en un determinado momento irrumpen en el proceso de intercambio con dotaciones diferenciales: «El proceso histórico que origina las dotaciones iniciales donde comienza mi modelo no es un tema de mi análisis. Es un tema para el historiador».[19] Como ejercicio intelectual podrían buscarse «las siete semejanzas» con Jevons. Si el modelo logra los objetivos, «el modelo ha hecho las abstracciones adecuadas: ha omitido cosas que no son básicas para su tema y ha concentrado nuestra atención correctamente».[20] Cualquier semejanza con Friedman es pura casualidad.

No es difícil concordar en que los intentos de refutación del marxismo han sido una maraña de confusiones y que en realidad en la mayoría de los casos fueron anticipados por Marx en las discusiones con los apologistas del *statu quo* de su época. En síntesis, el avance en el planteamiento de los temas económicos en los desarrollos neoclásicos contemporáneos es muy sospechoso; si se es riguroso,

Esperar que la ciencia sea imparcial en una sociedad de esclavitud asalariada, sería la misma absurda ingenuidad que esperar imparcialidad por parte de los fabricantes en lo que se refiere al problema de si deben aumentarse los salarios de los obreros disminuyendo los beneficios del capital.

[19] John E. Roemer, «Exploitation and labour theory of value», *Economic and Political Weekly*, vol. 21, núm. 3, 1986, p. 138.

[20] *Idem*.



quizá se encuentren ciertas reminiscencias anteriores a los clásicos.

Marx en América Latina tiene aún mucho que decir

> No consigo parar de creer que estos tiempos
> de resignación, desprestigio de la pasión humana
> y arrepentimiento del humano compromiso,
> son nuestro desafío pero no son nuestro destino.
>
> Eduardo Galeano, *Mea Culpa*

Marx influyó de modo importante en la región, si bien no directamente y, a menudo, no se lo reconoce. No obstante, el proceso económico del capital sigue avanzando y subsumiendo a la región a los designios del mercado mundial. Una parte inconclusa del plan de Marx fue el análisis del mercado mundial y las categorías que podían llevar a la subsunción de unas economías por otras. Numerosos estudiosos se concentran en el funcionamiento de la ley del valor a escala local y pocos en el estudio de la acumulación en el nivel global y lo que implica para los pueblos latinoamericanos.

Todavía queda bastante trabajo por realizar, desde el punto de vista teórico es preciso generar las categorías adecuadas para el análisis de la acumulación en el mercado mundial, en especial, las transferencias de valor. Asimismo, falta vincular las condiciones de acumulación a escala nacional y el nexo entre los capitales nacionales que se transnacionalizan con otros de mayor desarrollo relativo.

No cabe duda que el estudio en profundidad de *El capital* y el desarrollo de categorías que ayuden a comprender la especificidad de la acumulación de capital en la región entrañarían una revolución teórica indispensable en esa coyuntura. Esto no implica desestimar los avances en siete décadas de pensamiento latinoamericano o en casi dos siglos de pensamiento marxista, sino subrayar la necesidad de construir una síntesis con sentido teórico y estratégico para mejorar las condiciones de vida en América Latina.

Las teorías de la dependencia rescatan en cierta medida algunos conceptos y categorías presentados por *El capital*, en muchos casos de manera parcial o deficitaria, casi siempre sin respetar el marco teórico donde tales categorías cobran sentido. Marini es, tal vez, el exponente más original, al intentar teorizar ciertos aspectos de la competencia capitalista que enfrentan a los ciclos de capital industrial del centro con mayor composición orgánica que los de la periferia, mediante el análisis de sus consecuencias para la organización social dependiente. Sus resultados son debatibles en cuanto a la esencia y la apariencia de tales procesos sociales.

En particular, el marxismo latinoamericano fue más eficaz al describir e interpretar las relaciones capital-trabajo en cada uno de los países, aunque abundó menos en la relación entre capitales nacionales heterogéneos y escasamente sobre la «competencia transnacionalizada» entre los capitales nacionales dependientes transnacionalizados y los capitales de mayor composición de valor de los países centrales. Tampoco se abordaron las diferencias salariales como forma crucial en la explicación del intercambio desigual dentro del mercado mundial. Si bien no genera valor sí lo distribuye cuando extrae, expropia riqueza desde el mundo dependiente e incrementa las grandes brechas mediante la nivelación de precios que ocurre en la competencia. Brechas que no son sólo económicas, sino políticas, militares, sociales, culturales, tecnológicas, entre el mundo pobre, dependiente, colonizado y el mundo rico, colonizador y esclavizante.

Tanto de una lectura atenta de Marx como de sus divulgadores es posible identificar varios mecanismos en los que se ejerce la dependencia. De ellos se destacan las siguientes formas:

a) Cuando hay competencia entre capitales transnacionales de diferente composición de valor y opera una transferencia de valor desde los capitales transnacionalizados de menos desarrollo (la esencia de esta dependencia marxista).

b) Cuando no existe competencia y las mercancías son producidas por capitales transnacionales de países periféricos, pero la demanda mundial se concentra en países cuyos capitales pueden ejercer «precios de monopolio». En tal caso los precios se fijan por debajo del valor de la mercancía y permiten una transferencia de valor hacia capitales de países que ejercen el poder de monopolio comprador.

c) Lo mismo ocurre si las mercancías son producidas únicamente por capitales transnacionales nacionales de los países donde la composición de valor es mayor; tampoco hay competencia, pero se generan precios de monopolios vendedores y las mercancías adquieren costos por encima de su valor al transferir plusvalor hacia los productores en forma de ganancia extraordinaria.

d) Los créditos internacionales constituyen otro mecanismo de transferencia de plusvalor por intereses fijados por los países dominantes; los efectos inmediatos son las célebres deudas externas que fungen como espada de Damocles en las economías dependientes.

e) La inversión extranjera de las corporaciones transnacionalizadas es otra forma de succión de plusvalor hacia los países de origen, ya que tales capitales pueden producir por debajo del valor de los capitales nacionales, pagar a la fuerza de trabajo por debajo del valor y embolsarse ganancias extraordinarias.[21]

El papel del Estado es un pendiente más en el proyecto de investigación de Marx (al igual que el mercado mundial). Engels y Lenin, seguidores de su obra, desarrollaron algunos aspectos. No obstante, parece necesario avanzar en categorías que vinculen la función que tienen los Estados nacionales en permitir/trabar la apropiación de valor o las transferencias que ocurren desde el capital nacional transnacionalizado de países periféricos y los capitales transnacionalizados más desarrollados.

Otros tópicos pendientes de resolución en cuanto al aspecto teórico, abstracto y en sus especificidades teóricas más concretas son las formas actuales de los imperialismos, las guerras económicas o políticas y su relación con la acumulación de capital; ello con la intención de examinar el devenir histórico de las etapas más actuales del capitalismo mundial y sus efectos en las formaciones sociales nacionales.

Enzo Faletto, en sintonía con los planteamientos de Paul Singer para la región latinoamericana, identifica tres periodos de dependencia: «dependencia consentida», que abarca desde el siglo XIX hasta 1914; «dependencia tolerada», de 1918 a 1980; y «dependencia deseada», después de 1980.[22] En la última fase, los Estados nacionales, bajo la presión explícita de sus capitales transnacionalizados, se subsumen a la institucionalidad de la burguesía transnacional para incluso articular sus sistemas jurídicos y su organización política con el modelo anglosajón u otras formas nuevas que permitan los flujos de plusvalor hacia el núcleo de la acumulación mundial.

Es innegable la pertinencia de las ideas marxistas en estos temas, las formas actuales de la dominación capitalista no son el destino inevitable de América Latina, sino el desafío inminente para emprender un trabajo teórico serio y una organización política imprescindible hacia una liberación que no admite ya la menor demora.

[21] Enrique Dussel, *op. cit.*

[22] Beatriz Stolowicz, *El misterio del posneoliberalismo*, Colombia, Espacio Crítico Ediciones, 2016.

Consideraciones finales: la ciencia como práctica social

> Nadie combate la libertad;
> a lo sumo combate la libertad de los demás.
> La libertad ha existido siempre,
> pero unas veces como privilegio de algunos,
> otras veces como derecho de todos.
>
> Karl Marx

La ciencia en tanto práctica social no está exenta de los designios de la clase dominante, y, en particular, las universidades públicas, en tanto aparatos ideológicos del Estado, tampoco se apartan demasiado de la práctica político-ideológica indispensable para sostener la dominación. Por supuesto, los controles que la «práctica política» dominante impone al desarrollo de la ciencia son conocidos y no constituyen un monopolio de los países capitalistas, menos aún, de la teoría económica.

En varios países de América Latina las universidades —y también los centros privados de investigación— mantienen líneas de trabajo muy estrictas, de manera que los docentes o investigadores que no se ajustan a las «modas» dominantes no tienen cabida en ellas. En México, quizá la realidad sea diferente, pero en otros casos los intelectuales «críticos» se encuentran reducidos a determinados lugares del ámbito académico, aislados de otros, por lo que el debate nunca sucede. Ninguna de esas prácticas contradice la organización político-ideológica de la clase hegemónica, si bien la primera crea un impacto —o reacción— negativo en lo académico, la segunda propicia una práctica teórica «acomodada a las instituciones» que representa, desconectada de cualquier otra. En numerosos casos «los marxistas» aparecen como meros propagadores de algo distinto, curioso y muerto, tan lejano del mundo de los vivos que «se pudre en una escolástica pseudo dialéctica de corte profundamente burocrático y conservador».[23] Es esta la historia de una teoría revolucionaria que, enmarcada en una práctica conservadora, se convierte en un simple testigo del pensamiento económico.

Las tareas para los marxistas, propuestas por Héctor Guillén[24] para avanzar en el desarrollo de un método de análisis y transformación con importantes ventajas son tres: *a)* conocer a detalle los planteamientos críticos; *b)* avanzar en la crítica interna de la economía burguesa; *c)* tratar de discernir entre los «economistas vulgares» y los «economistas burgueses», entre un Friedman y un Minsky, entre un Roemer y un Keynes.

Si se mejora en el sentido indicado, con seguridad se podrían definir las formas de comparación que merecen los diferentes esquemas teóricos de la economía. Probablemente resulte inútil —por lo menos para el marxismo— aminorarlo y *refuncionalizarlo* de tal manera que sólo se digne a responder las preguntas apologéticas que los economistas burgueses le obligan a realizar.

En opinión de Göran Therborn,[25] «con el regreso del socialismo desde la ciencia a la utopía» la teoría social crítica deberá tomar nuevamente un lugar preponderante. Los problemas que estuvieron en la base del nacimiento de la teoría de Marx, los cuales intentó esclarecer al apuntar los caminos de la transformación necesaria, siguen vigentes. Aunque el «concreto pensado» de Marx ha cambiado de modo considerable, los nuevos problemas de la actual «globalización» conllevan «interdependencia global» y «miseria global», de ahí que un «entendimiento dialéctico de la unidad

[23] José Valenzuela Feijóo, *Cuadernos de trabajo de economía política*, serie Teoría del valor, núm. 2, México, Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 24.

[24] Héctor Guillén Romo, «Algunos problemas de interpretación en la teoría de precios de producción de Piero Sraffa», *Problemas del Desarrollo*, vol. 10, núm. 39, 1988.

[25] Göran Therborn, «Dialectics of modernity: on critical theory and legacy of twentieth-century marxism», *New Left Review*, núm. 215, enero-febrero, 1996.

de contrarios es el llamado de hoy, no menos acuciante que en tiempos de Karl Marx». Como rescata Therborn,[26] «el más obvio» de los futuros para la «teorización» inspirada por Marx se halla en dilucidar el estado actual de la confrontación básica de las fuerzas sociales en el capitalismo y «las relaciones de producción a escala global y sus efectos sobre las relaciones sociales (...) El marxismo puede no tener soluciones prontas, pero su año crítico no necesariamente ha pasado». He aquí nuestro desafío.

[26] *Idem.*

Las formas actuales de la dominación capitalista no son el destino inevitable de América Latina, sino el desafío inminente para emprender una organización política imprescindible hacia una liberación que no admite ya la menor demora.

Capital y desarrollo:
exposición de una relación íntima

HENRY **VELTMEYER***

El concepto de «capital» es la clave y la piedra angular de la economía política del desarrollo y de los estudios críticos, de su discurso teórico y político. En el ensayo se exploran tres dimensiones del concepto que permiten comprender el proceso de desarrollo capitalista actual en América Latina. En el primer apartado se analiza el concepto de capital en el trabajo científico de Marx, en *El capital* para ser preciso; en el segundo, se expone la relación del concepto con el proceso de desarrollo en el nivel de la teoría; en el tercero se aborda tal vínculo en el contexto de la transición en el desarrollo de las fuerzas productivas en América Latina, y con respecto a las relaciones sociales y la lucha de clase correspondiente. A ese proceso se le denomina la nueva geoeconomía del capital.

Marx y el capital

> El capital es la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa. Debe constituir el punto de partida y el punto de llegada (...) Es necesario desarrollar con exactitud el concepto de capital, ya que él mismo es el concepto básico de la economía moderna, tal como el capital mismo —cuya contrafigura abstracta es su concepto— es la base de la sociedad burguesa. De la concepción certera del supuesto fundamental de la relación, tienen que derivar todas las contradicciones de la producción burguesa, así como el límite ante el cual ella misma tiende a superarse.[1]

El proyecto de Marx consistía en estudiar el capital en cuatro libros a fin de generar una base científica para la política del movimiento obrero moderno. El objetivo era «llevar una ciencia, mediante la crítica, al punto en que pueda representarse dialécticamente» y, por lo tanto, «revelar la ley del movimiento de la sociedad moderna» e identificar las fuerzas generadas por el modo de producción capitalista, una combinación particular de las fuerzas productivas y las relaciones sociales correspondientes, que en algún momento se unirían para producir una forma moderna de sociedad socialista.

El capital es una crítica de la «economía política», la economía clásica de Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill. Basado en la relación capital-trabajo, una relación de explotación económica, el argumento es que el capitalismo está dividido por contradicciones y fuerzas de cambio que inevitablemente llevarán a su derrocamiento, como resultado de

* Docente investigador en la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

[1] Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, vol. I, México, Siglo XXI, 1984b [1857-1858], p. 273.

acciones colectivas tomadas por la clase trabajadora una vez que ha desarrollado la conciencia de clase, es decir, que ha cobrado conciencia de su situación y de la misión histórica de crear una sociedad superior sin clases: el socialismo.

En *El capital*, Marx no analiza el proceso de la transformación del capitalismo en socialismo. Eso implica condiciones y fuerzas que no pueden examinarse científicamente, una lucha de clases enraizada en un sistema basado en las relaciones de producción social capitalistas. *El capital* es un tratado científico de las fuerzas liberadas en el proceso de desarrollo capitalista y las condiciones objetivas creadas por el funcionamiento de dichas fuerzas, condiciones que son independientes de la voluntad humana y objetivas por sus efectos en los individuos (y en los países, de acuerdo con la teoría neomarxista de la dependencia) según su ubicación en el sistema.

El primer libro es una exposición general del modo de producción capitalista, sus elementos básicos y su articulación, vistos de manera general y analítica sin considerar ciertas variables (especialmente de la circulación), sino centrándose en la fase de producción que Marx considera el fundamento de todo el sistema capitalista y de todo modo de producción. El primer tomo analiza la dinámica de la producción capitalista —el proceso de producción de capital— que depende de la conversión o transformación del dinero en capital y el producto social, así como de los medios de producción en mercancías; la producción de plusvalor, es decir, la conversión del valor de la fuerza de trabajo en salarios y ganancias; y la dinámica involucrada en la acumulación de capital.

En sentido clásico, el término de acumulación se refiere al aumento disponible no sólo de los bienes de capital propiamente dichos (maquinarias, plantas, etcétera) también de capital financiero y de capital humano (educación, capacitación, etcétera). Este aumento de capital se basa en el ahorro y la inversión productiva, proceso político del cual resulta un aumento de la riqueza de la sociedad. La riqueza creada por el capital está formada por trabajo acumulado. Materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Sin embargo, tales elementos sólo en determinadas condiciones se convierten en capital, bajo ciertas relaciones sociales de producción.

El proceso de producción capitalista

A partir de la sección tercera del libro I, Marx se aboca a estudiar el proceso de producción capitalista. Anteriormente, había estudiado en abstracto a la sociedad mercantil, donde sólo existían productores de mercancías. Ahora estudia en abstracto a la sociedad burguesa, donde existen capitalistas y asalariados. El proceso de producción en la sociedad mercantil simple tiene un carácter dual: la producción de bienes y la producción de valor. En la sociedad capitalista el proceso de producción también ostenta un carácter dual, pero distinto al de la sociedad mercantil: es un proceso de producción de bienes y un proceso de producción de capital, de valor que se valoriza a sí mismo. Lo que distingue a la sociedad capitalista es la organización de la producción con base en el trabajo asalariado: el alquiler de la fuerza de trabajo.

La fuerza de trabajo, productora de las mercancías, se cambia, se compra y se vende como otra mercancía cualquiera; obedece a las mismas leyes del mercado, sin importar que detrás de ellas hay un hombre y su familia: el proletario. Este proletario es libre, dice Marx, parodiando el lema de la Revolución francesa, pero advierte que en realidad lo es en un doble sentido: libre (o sea carente) de medios de existencia y de medios de producción (si no vende su trabajo no sobrevive), pero libre de venderle su fuerza de trabajo al capitalista que él elija de entre los

interesados en comprarla. El trabajador asalariado vende su capacidad para trabajar, pero ésta es inseparable de la persona y no se puede vender aisladamente; una vez hecho el contrato entre capitalista y trabajador, éste, su personalidad completa, su cuerpo entero, pasa a manos de aquel.

En los capítulos siguientes, Marx analiza las distintas formas del capital según su función en el proceso de valorización (capital constante y capital variable); el plusvalor relativo y absoluto; la jornada laboral (extensión e intensidad) y la división en trabajo necesario y plustrabajo; la tasa y la masa de plusvalor; el papel de la cooperación en el taller o la fábrica (que gracias a la optimización de la división técnica del trabajo por la manufactura resulta en una fuerza de trabajo social superior a la suma de las fuerzas de trabajo individuales); las condiciones tecnológicas en las que se realiza la producción capitalista (desde la manufactura hasta la gran industria mecanizada); la descripción —y denuncia— de las condiciones de vida de la clase obrera inglesa; las diversas formas de salario; por último, la *acumulación del capital.*

El proceso de trabajo capitalista es un proceso de valorización y de producción de plusvalor. Lo que comienza con una inversión de cierta cantidad de dinero hecha por el capitalista termina, después del ciclo, en un aumento de esa cantidad. En apariencia es como si el dinero se hubiese multiplicado por sí mismo. Marx analiza y critica las diferentes maneras en que los economistas clásicos han intentado explicar este aumento, y cómo han fracasado, pero al profundizar en la teoría del valor de David Ricardo, descubre el secreto de la plusvalía mientras expone el funcionamiento del modo de producción capitalista.

En el sistema capitalista la formación de la plusvalía se efectúa, de acuerdo con Marx, de la siguiente manera: el trabajador vende su fuerza de trabajo al capitalista; el capitalista se convierte en dueño de la mercancía fuerza de trabajo, por lo que dispone o hace uso de ella todo el tiempo que le sea posible, cada día. Como premisa, la jornada laboral se prolongará por un tiempo mayor que el necesario para producir, en las condiciones normales de trabajo, los medios de existencia y reproducción (víveres, vivienda, educación, hijos, etcétera) del obrero. A cambio, el capitalista paga al asalariado un precio por su fuerza de trabajo como lo hace por cualquier otra mercancía, es decir, paga un precio equivalente a lo que costó producirla. El capitalista no paga un precio por el trabajo que hace el asalariado, porque el precio de las mercancías no está determinado por el uso que se hace de ellas, sino por lo que costó producirlas, su valor: la cantidad de trabajo socialmente necesario invertida en producirlas.

La distinción entre fuerza de trabajo y trabajo es clave. El capitalista paga el valor de la fuerza de trabajo y a cambio recibe el valor creado por el trabajador durante la jornada laboral. De manera que en una parte de la jornada el asalariado trabaja para reproducir el valor de su fuerza de trabajo y en otra parte trabaja «gratis» para el capitalista. La diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor acrecentado no pagado al obrero es lo que Marx denomina *plusvalía*, que será la base de la ganancia capitalista.

De lo anterior la premisa histórica básica es el intercambio de mercancías, pues el capitalista compra la fuerza de trabajo como una mercancía. Ello implica la otra premisa histórica básica: que las condiciones sociales son tales que el trabajador tiene que vender su fuerza de trabajo como mercancía. Marx demostró que eso es posible si el trabajador carece de medios de existencia y de medios de producción para trabajar, entonces como poseedor de sólo su fuerza de trabajo se ve obligado a venderla al capitalista para subsistir. La sociedad burguesa necesita de trabajadores libres en un doble sentido: como propietarios privados de su fuerza de trabajo y como carentes de medios de

producción propios. El proletario está forzado a vender su capacidad de trabajo al capitalista para sobrevivir; y sólo es libre de decidir a qué capitalista se la venderá o de no venderla so pena de vivir en la marginalidad y la extrema pobreza. Los trabajadores asalariados son libres en tanto no son esclavos ni siervos: ningún poder personal los obliga a trabajar, quien lo hace es el poder impersonal de la economía.

En los siguientes capítulos, Marx expone cómo los capitalistas intentan mantener y aumentar la plusvalía. Una forma es el incremento de *plusvalía absoluta* mediante la extensión de la jornada laboral (incremento del tiempo en que el obrero trabaja exclusivamente para el capitalista) y la reducción del salario (parte del valor que el capitalista paga al trabajador). Pero, tal como explica Marx, existen límites «naturales» y «morales».

El capitalista procura elevar relativamente la plusvalía al modificar el proceso técnico de trabajo y las condiciones laborales, al introducir medios de producción más eficientes y al subir la intensidad del trabajo. Esto disminuye el tiempo necesario para producir las mercancías en general (donde se incluyen los medios de existencia del obrero, pues así consigue disminuir el valor de la fuerza de trabajo). Así, sin modificar la extensión de la jornada laboral, el tiempo de trabajo remunerado decrece en favor

Lo que distingue a la sociedad capitalista es la organización de la producción con base en el trabajo asalariado, esto es, el alquiler de la fuerza de trabajo.

del tiempo de trabajo no remunerado, lo que Marx denomina *plusvalía relativa*.

Sostiene Marx que esta última consideración evidencia que, en cierto momento del desarrollo capitalista, el aumento de la plusvalía se convierte en un problema técnico. Ante los daños físicos y morales ocasionados por la larga y extenuante jornada de trabajo, la clase obrera eventualmente se organiza y consigue imponer una disminución y reglamentación de la jornada de trabajo. Si los capitalistas ya no pueden extender tal jornada, entonces el problema del incremento de la plusvalía sólo es posible de manera relativa y se torna en un problema técnico: mejorar los medios de producción. La apropiación de los inventos mecánicos ha sido el gran recurso de los capitalistas. No obstante, como argumenta Marx, eso no significa que la clase capitalista no intente quebrar la oposición de la clase obrera para extender de forma permanente la jornada de trabajo o cada vez que la plusvalía disminuya.

Marx demuestra cómo la gran industria, con la aplicación de las ciencias naturales al servicio de la mecanización del proceso de trabajo, en lugar de favorecer a la clase obrera al reducir la jornada laboral (pues lo que antes se producía en un día de trabajo artesanal ahora se efectuaba en una hora de trabajo industrial) la perjudicó de diversos modos: hacinamiento, extenuantes jornadas, trabajo infantil, insalubridad, etcétera. Esto no se debe a la industrialización, sino a su empleo capitalista.

El proceso de acumulación de capital

En la última sección del libro, que sintetiza los aportes de las secciones anteriores, Marx explica la reproducción del capital. La plusvalía extraída en la producción se convierte en ganancia, una parte de la cual es consumida por el capitalista, mientras que la otra es reinvertida en medios de producción y salarios, lo que constituye el pluscapital. El crecimiento del capital mediante la extracción de plusvalía se denomina acumulación de capital.

La ley general de la acumulación capitalista de Marx enuncia que a medida que se acumula el capital se produce y consolida un número creciente de obreros sobrantes para el sistema, denominado ejército industrial de reserva. La población supernumeraria subsiste en condiciones precarias y presiona indirectamente a la formación de condiciones de explotación mayores para los demás obreros y a la propagación de la miseria de los obreros en general. A medida que se acumula capital y por consiguiente riqueza, se produce a la par una creciente miseria en la mayoría de la población: la acumulación de capital en un polo es equivalente a la acumulación de miseria en el otro.

En el capítulo «La llamada acumulación originaria», Marx analiza cómo en Inglaterra se crearon trabajadores libres para satisfacer la demanda de fuerza de trabajo por la industria: expulsión masiva a «sangre y fuego» de los campesinos de sus tierras y una severa represión del «vagabundeo». Mediante esos métodos extraeconómicos se logró de forma acelerada una concentración de las tierras y un proletariado disciplinado para ser explotado en la industria. «Si el dinero, como afirma Augier, ‹viene al mundo con manchas de sangre en una mejilla›, el capital lo hace chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies».[2]

«Tendencia histórica de la acumulación capitalista» es el apartado 7 del capítulo citado, desde un análisis científico e histórico retoma el programa revolucionario expuesto en el *Manifiesto comunista*: la expropiación de capitalistas por el pueblo y el establecimiento de una asociación de prooductores libres mediante la propiedad colectiva de la tierra y los medios sociales de producción.

[2] Karl Marx, *El capital*, tomo I, vol. III, México, Siglo XXI, 1975, p. 950.

Capital y desarrollo en el contexto actual

El capital, en el discurso de la economía política del desarrollo, es toda forma de riqueza o recurso productivo que funciona como palanca para generar más riqueza. Así, es el factor determinante en el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas y en el desarrollo visto como proyecto para mejorar la condición social de una población determinada. Aunque existe un consenso sobre ello, persiste una gran confusión, incluso un debate, en torno a la relación entre capital y desarrollo. La confusión se genera porque en los hechos el capital y el desarrollo adoptan distintas modalidades, pero en diversos discursos teóricos y políticos se omiten las diferencias, esto es, no se distingue el sentido en que se utiliza el concepto de capital.

Si entendemos el desarrollo de la forma en que Marx lo entendía, como la expansión de las fuerzas productivas del sistema, o como lo concibieron los pioneros de la teoría del desarrollo económico (crecimiento anual del producto interno bruto), el capital relevante es distinto a aquel que se relaciona con el desarrollo comprendido como expansión plena de las capacidades de cada miembro de la sociedad, de su potencialidad humana. En ese caso, el desarrollo implica la acumulación de capital humano —conocimientos y habilidades como recurso productivo— mientras que en el caso anterior el capital aparece en forma de dinero y el desarrollo entraña la acumulación de capital en forma de capital financiero, acumulado en los mercados de capital o en el valor agregado por el trabajo como ganancias o utilidades, se retorna al dinero invertido.

Para descifrar la función del capital en el proceso de desarrollo, es necesario especificar las diversas formas que adoptan el capital y el desarrollo, y relacionarlas al marco teórico y al mundo práctico en el contexto actual. Al respecto, es pertinente el proyecto del Programa de las Naciones Unidas para el Medio

El trabajador asalariado vende su capacidad para trabajar pero ésta es inseparable de la persona y no se puede vender aisladamente.

Ambiente (UNEP por sus siglas en inglés) y la Universidad de las Naciones Unidas/Programa Internacional de las Dimensiones Humanas del Cambio Ambiental Global (UNU-IHDP por sus siglas en inglés), publicado en 2012. Tradicionalmente, el desarrollo o el crecimiento económico se mide en términos del ingreso total de la población de acuerdo con sus actividades económicas o de la producción total de bienes y servicios, es decir, del cúmulo de *mercancías* (con referencia a la tendencia del capitalismo de convertir en mercancías los productos sociales y los medios de producción). En tal proceso el concepto de desarrollo se define en función del ingreso nacional: los cambios anuales en el valor total de la producción social, o el valor de los salarios totales más el valor total de la masa de capital invertido en los mercados.

Otra forma de medir el desarrollo es mediante la distribución social del ingreso nacional, en particular la participación del trabajo y el capital, o la relación entre los ingresos del trabajo dirigidos al *consumo* (salarios) y los ingresos del capital destinados a la *inversión* (capital). Pero en aquella publicación de las Naciones Unidas, por primera vez se define y mide el desarrollo nacional a partir de la riqueza total —la riqueza de las naciones, como sostenía Adam Smith—, no desde el ingreso nacional.

Conforme a este concepto de desarrollo, los economistas que suscriben la publicación de las Naciones Unidas construyeron un nuevo índice para medir la riqueza de un país —*riqueza inclusiva*, en su concepción— que considera, a parte del *capital financiero* (capital invertido en la expansión de la producción o en los mercados de capital), el *capital humano* (conocimientos, habilidades y sistemas de innovación, educación, potencial de percibir ingresos, expectativa de vida), el *capital físico o productivo* (infraestructura económica, carreteras y ferrocarriles, sistema de comunicación, vehículos y transporte, planta industrial y maquinaria y equipo) y el *capital natural* (la tierra y sus recursos: combustibles fósiles, minerales y metales, productos agrocomestibles y forestales, pesca).

En este marco teórico y conceptual, el capital y la riqueza nacional asumen cuatro formas principales: financiera, física, natural y humana. Para establecer la estructura de capital acumulado se calcula la proporción de tales formas en la riqueza nacional, lo que permite construir no sólo un *ranking* relativo a la riqueza total de todas las naciones en el sistema mundial (el nivel de desarrollo medido en términos de riqueza, no por los incrementos anuales en el ingreso nacional), sino la proporcionalidad y función de estas formas de capital o recursos productivos.

Un análisis comparativo de la riqueza de las naciones elaborado por los autores del *Informe de riqueza inclusiva 2012*, descubrió que en las naciones más desarrolladas el capital humano configura una alta proporción de la riqueza nacional: 90 por ciento en Reino Unido y 78 por ciento en Estados Unidos. Mientras que en los países relativamente menos desarrollados, como los de América Latina, destaca el capital natural -30 por ciento en el caso de Chile y 46-47 por ciento en Colombia y Venezuela.[3]

Naciones como Japón, un país «desarrollado» o avanzado debido a su riqueza y desarrollo, poseen un capital natural (valor de los recursos naturales extraídos y convertidos en mercancías) con una participación menor, sólo 1 por ciento.[4] En la estructura de la riqueza de estos países, destaca la acumulación de capital humano (73 por ciento en Japón) y el capital físico (26 por ciento en Japón). Los datos del informe refuerzan la teoría de la *maldición de*

[3] United Nations University-International Human Dimensions Programme on Global Environmental Change and United Nations Environment Programme (UNU-IHDP/UNEP), *Inclusive Wealth Report 2012. Measuring progress toward sustainability*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
[4] UNU-IHDP/UNEP, *op cit*.

recursos[5] —la idea de que los países más ricos en recursos naturales suelen ser relativamente pobres en cuanto a su riqueza nacional.

Al efectuar la contabilidad de la riqueza nacional por país y un análisis comparativo de la base productiva de la economía por la composición del capital, se obtuvieron los siguientes datos. El factor predominante en el proceso de acumulación y desarrollo en las naciones ricas es el capital humano. En Estados Unidos hasta 78 por ciento del *stock* de capital acumulado en el periodo de 1990 a 2008 era capital humano *versus* 16 por ciento para capital productivo y 7 por ciento de capital natural.[6] Referente a otros países desarrollados (Japón, Reino Unido, Alemania, Francia), el peso de capital humano en la riqueza nacional total varía de 67 a 90 por ciento. En comparación, el peso del capital producido oscila entre 9 (Reino Unido) y 26 por ciento (Japón). Respecto al peso del capital natural en la riqueza nacional, fluctúan entre 1 por ciento (Japón, Reino Unido, Francia) y 8 por ciento (Alemania).

Para los países que experimentaron un proceso de industrialización rápido en décadas recientes —China, India—; el capital humano fue un factor importante, pero lo que destaca es la acumulación de capital producido o físico. En estas naciones el capital manufacturado o producido en el periodo 1990-2008 experimentó una expansión desproporcionada —168 por ciento en caso de India—; por su parte, el capital humano aumentó a una tasa más baja, mientras que el capital natural disminuyó. Sin embargo, aun en estos países el capital humano fue el factor principal en el proceso de desarrollo.

En la riqueza nacional de los tres países citados, el peso del capital producido fue aproximadamente de 17 por ciento en comparación con la participación de los capitales humano y natural, un promedio de 37 y 46 por ciento, respectivamente. Esto implica que, si bien fueron testigos de los mayores incrementos en el capital producido, la contribución al índice de riqueza inclusiva es el más bajo en los países de referencia.[7]

Pero éstos son sólo ejemplos circunscritos a la esfera nacional. Hace falta analizar las dinámicas de la acumulación, las formas en que se ha movilizado y acumulado el capital en la producción de la riqueza nacional a escala del sistema mundial. Es evidente que en la mayoría de los casos el principal motor del crecimiento económico y la expansión de la riqueza nacional han sido los capitales humano y productivo. Sin embargo, debe considerarse el contexto. Por ejemplo, en las condiciones actuales de la nueva geoeconomía del capital en América Latina (véase el siguente apartado) es posible detectar una expansión relativa de capital extractivo (a partir de la acumulación de capital en su forma natural) y, por lo tanto, una expansión de su función en el proceso de desarrollo. El *Informe de riqueza inclusiva 2012* establece que el capital humano, el conocimiento como recurso productivo, es el mecanismo principal de acumulación, factor determinante en el proceso de desarrollo económico.

La nueva geoeconomía del capital en América Latina

Con la promoción del Consenso de Washington en los 1980 que estipulaba un capitalismo de libre mercado y destrabar las «fuerzas de libertad económica» (capital, mercado, empresa privada) de la regulación restrictiva del Estado de desarrollo y de bienestar, el proceso de desarrollo capitalista experimentó una involución y una transformación de gran alcance en la periferia del sistema mundial de capital. En América Latina hubo una gran afluencia de capital en forma de multinacionales e inversión

[5] Richard M. Auty, *Sustaining development in mineral economies: the resource curse thesis*, London, Routledge, 1993.
[6] UNU-IHDP/UNEP, *op. cit.*
[7] *Idem.*

Cuadro 1. Distribución porcentual de IED por sector en América Latina

	2000	*2001*	*2002*	*2003*	*2004*	*2005*	*2006*	*2007*	*2008*
Recursos	10	12	12	11	12	13	12	15	30
Fabricación	25	26	38	35	38	37	36	35	22
Servicios	60	61	51	48	46	48	51	49	47

Fuente: Adaptado de J.M. Arellano, «Canadian Foreign Direct Investment in Latin America», *Background Paper*, North-South Institute, Ottawa, 2010, tabla 2.

extranjera directa (IED). Para 1990, la región se convirtió en destino y receptáculo de una oleada de capitales que buscaban mercados y sectores rentables para la inversión productiva o fuentes de trabajo barato, oportunidades económicas y ganancias extraordinarias vinculadas con la extracción, mercantilización y exportación de recursos naturales.

El cuadro 1 expone una panorámica general de los flujos de capital y las dinámicas de acumulación, lo cual puede denominarse como «la nueva geoeconomía del capital» en la región. En este marco, se advierte el predominio del capital en la búsqueda de recursos y un flujo creciente a la periferia sudamericana, donde una variedad de condiciones conspiró para favorecer el resurgimiento del capital extractivo, entre ellas el auge de los productos básicos y una serie de gobiernos obedientes y ansiosos por aprovechar su ventaja comparativa en recursos naturales. Varios cambios en la economía global, especialmente el ascenso de China como potencia económica y la expansión de la demanda de recursos naturales, incitaron ese proceso, lo que resultó en una «nueva dependencia».[8]

En el contexto latinoamericano, la nueva dependencia se ha conformado como la explotación de los recursos naturales y la exportación de bienes primarios —hidrocarburos, metales y minerales, agroalimentos, productos forestales, biocombustibles— a gran escala.[9] Los proyectos extractivos generalmente implican inversiones a gran escala (a menudo extranjeras) en el acaparamiento de tierras:[10] concesiones para explorar y extraer minerales y metales, infraestructura para proyectos de desarrollo emprendidos por empresas transnacionales y actividades de capital intensivo que generan poco empleo más allá de la etapa de construcción. El extractivismo en ese contexto también requiere una expansión territorial constante —la extensión de la frontera extractiva a áreas remotas donde aún quedan grandes reservas de minerales, fuentes de energía y productos agroalimentarios sin explotar—, que conduce al desplazamiento o la destrucción de formas alternativas de producción local y formas de vida. Para Svampa y otros académicos latinoamericanos centrados en el extractivismo,[11] el resultado es la proliferación

[8] Atilio Borón, «Teorías de la dependencia», *Realidad Económica*, núm. 238, agosto-septiembre 2008; Carlos Eduardo Martins, *Globalizacao, dependencia e neoliberalismo na América Latina*, Sao Paulo, Boitempo, 2011; Adrián Sotelo, «Neoimperialismo, dependencia e novas periferias», en *A América Latina e os desafíos da globalizaca*, Rio de Janeiro, Boitempo, 2009.

[9] Maristella Svampa, «Resource extractivism and alternatives: Latin American perspectives on development», *Journal für Entwicklungspolitik (JEP)*, vol. 28, núm. 3, 2012, pp. 43-73; Maristella Svampa y Enrique Viale, *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*, Buenos Aires, Katz, 2014.

[10] Saturnino Borras, Jennifer Franco, Sergio Gómez, Cristobal Kay y Max Spoor, «Land grabbing in Latin America and the Caribbean», *Journal of Peasant Studies*, vol. 39, núms. 3-4, 2012, pp. 845-872.

[11] Eduardo Gudynas, «The new extractivism in South America: ten urgent theses about extractivism in relation to current South American progressivism», *Bank Information Center*, 2010, in http://www.bicusa.org/en/Article.11769.aspx; Eduardo Gudynas, «La izquierda de los límites al nuevo extractivismo», *La Primera*, 2011, en http://www.diariolaprimeraperu.com/online/columnistas/la-izquierda-de-los-limites-al-nuevo-extractivismo_85841.html; Eduardo Gudynas, «Extractivisms: concepts, local impacts and spill-effects», in Ronaldo Munck and Henry Veltmeyer (eds.), *Alternative development models: Latin American results and prospects?*,

de economías de enclave y la fragmentación de los territorios indígenas y campesinos a través del despojo: «acumulación por desposesión» en el discurso marxista.[12]

Las condiciones cambiantes, en el nuevo milenio, originaron una dinámica completamente diferente basada en la nueva geopolítica y geoeconomía del capital extractivo. En el nivel político, la resistencia de los movimientos campesinos contra la agenda neoliberal propició un desencanto generalizado y el rechazo del neoliberalismo como doctrina económica y modelo de desarrollo. A finales de la década, el neoliberalismo estaba a la defensiva, lo que propició la sucesión de regímenes «progresistas» (anti o posneoliberales) orientados hacia un «activismo estatal incluyente» (el uso de rentas de recursos recolectados en el proceso de exportaciones de productos primarios para financiar programas de reducción de la pobreza). Tal desarrollo se reflejó en la discusión teórica sobre el «neoextractivismo».[13]

Bajo las condiciones del *boom* de las materias primas en el mercado mundial, el rechazo generalizado del neoliberalismo en los círculos políticos y el sector popular, y el alejamiento de ciertos gobiernos del neoliberalismo hacia el activismo estatal incluyente, el extractivismo (junto con la reprimarización de las exportaciones) se convirtió en la forma dominante de acumulación de capital y desarrollo nacional en la región.

El extractivismo en este contexto también requiere una expansión territorial constante que conduce al desplazamiento o la destrucción de formas alternativas de producción local y formas de vida.

London, Routledge, 2017; Eduardo Gudynas y Alberto Acosta, «El Buen Vivir más allá del desarrollo», *Quehacer*, núm. 181, 2011, pp. 70-81.

[12] David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

[13] Eduardo Gudynas, «The new extractivism...»; Eduardo Gudynas, «La izquierda de los límites...»; Henry Veltmeyer y James Petras, *El neoextractivismo*, México, Paidós, 2015.

Teoría del valor y ciencia

en el capitalismo contemporáneo

GUILLERMO **FOLADORI***

Suele decirse que la teoría del valor de Marx carece de utilidad porque en el capitalismo contemporáneo muchas corporaciones transnacionales obtienen mayores ganancias derivadas de activos intangibles que de procesos productivos. Como los activos intangibles se vinculan a los derechos de propiedad intelectual, se considera que su relevancia no está relacionada con la producción, el valor y el plusvalor. Sin embargo, la teoría del valor de Marx no sólo sigue siendo apropiada para estudiar el capitalismo contemporáneo, sino que es la única apta para explicar las crisis. Este artículo explora la relación entre teoría del valor y ciencia contemporánea en un contexto en el que es explícita la importancia del conocimiento intangible en el desarrollo en términos como «economía del conocimiento» o «teorías de la innovación». Se esclarecen, además, las orientaciones teórico-metodológicas que encierra dicha teoría con el interés de analizar el papel de la ciencia en el desarrollo contemporáneo.

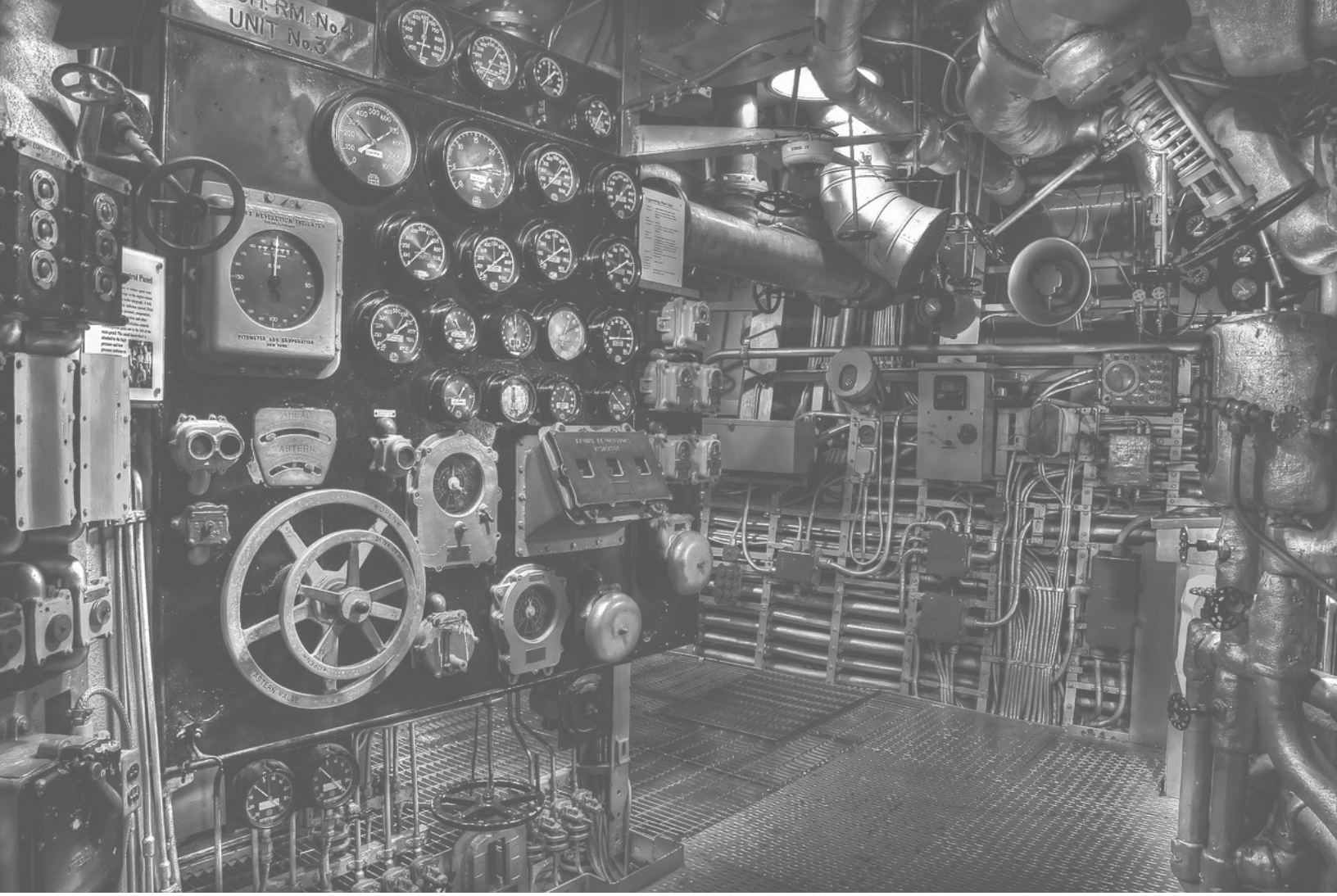
* Profesor investigador de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

Introducción

Es común la idea de que la teoría del valor de Marx no tiene utilidad en el capitalismo contemporáneo. No es una idea nueva. Hace más de un siglo, el economista estadounidense Veblen argumentaba que la ganancia de las empresas se debía al monopolio que ejercía en el mercado, y no al plusvalor de la teoría de Marx.[1] En las últimas décadas, esta idea se ha reforzado y expandido a causa del hecho, comprobado por la contabilidad capitalista, de que el crecimiento de la parte de las ganancias derivado de los activos intangibles ha superado en muchas corporaciones transnacionales a las ganancias de los procesos productivos.[2] Como los activos intangibles están en gran medida sometidos a los derechos de propiedad intelectual, surge la idea de que su valor es ajeno a la producción, al valor y plusvalor de la teoría de Marx. Cuando se desencadena una crisis, las teorías basadas en el mercado como fuente de valor se derrumban sin explicación, como ocurrió en la última crisis mundial de 2007-2008 que incentivó la compra de *El capital* en un intento por encontrar explicaciones allí donde la

[1] Thorstein Veblen, «On the nature of capital: investment, intangible assets and the pecuniary magnate», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 23, núm. 1, 1908, p. 104, en https://doi.org/10.2307/1883967

[2] Ocean Tomo, citado por Claude Serfati, «La lógica financiero-rentista de las sociedades transnacionales», *Mundo Siglo XXI*, núm. 29, 2013.



economía neoclásica, el keynesianismo y la economía heterodoxa no ofrecían ninguna.

A continuación se argumentará que la teoría del valor de Marx no sólo es apropiada para estudiar el capitalismo contemporáneo, sino que es, a la fecha, la única apta para explicar las crisis. Por el momento, la discusión se restringirá al vínculo entre esa teoría y la ciencia contemporánea. Esta última cristaliza la importancia del conocimiento intangible en el desarrollo, lo cual es explícito en frases como «economía del conocimiento» o «teorías de la innovación», tan comunes en las últimas décadas. Tampoco se criticarán otras posturas; simplemente se expondrán los pasos teórico-metodológicos que encierra la teoría del valor de Marx para permitir el análisis del papel de la ciencia en el desarrollo contemporáneo.

Claves de la teoría del valor para entender la ciencia

Marx explica que la mercancía comprende la clave para entender el funcionamiento de la economía de mercado. Una mercancía es una cosa útil (en la medida en que algo que se vende con regularidad en el mercado pasa a ser socialmente útil, más allá de a quién le sirva y para qué se destine) y también un producto del trabajo humano. Existen muchas cosas útiles que no son producto del trabajo humano y, por tanto, no son mercancías; son los casos de la naturaleza no trabajada y del conocimiento general que una sociedad posee en un momento determinado, resultado del saber histórico acumulado de la sociedad humana. Escribe Marx: «Con la

Aunque un conocimiento haya demorado un siglo en cristalizar, su reproducción implica un tiempo insignificante; de ahí que la reproducción del conocimiento científico tienda a un costo cero.

ciencia ocurre como con las fuerzas de la naturaleza. Una vez descubiertas (...) no cuestan un centavo».[3]

Al respecto, Marx también advierte que lo que no es mercancía, por no ser producto del trabajo humano, puede ser apropiado de manera privada y convertirse en una mercancía por virtud de la propiedad y de la circulación mercantil. Basta que el derecho de propiedad cerque el acceso público. El agua, que es un valor de uso accesible en la naturaleza, puede provenir de una laguna cercada como propiedad privada, y entonces el propietario puede venderla. Esa agua —si desconsideramos la inversión en bombearla, filtrarla, canalizarla y embotellarla— carece de valor, porque no es producto del trabajo humano, pero al apropiarla adquiere un precio. En el análisis de Marx, los fenómenos tienen un contenido y una forma, una esencia y una apariencia. Sucede que la forma puede modificar el contenido. Así, el precio del agua permite atraer hacia sí valor que no tiene de modo intrínseco, pero que captura al entrar en el intercambio mercantil. En su forma básica, la ciencia es conocimiento acumulado por la sociedad humana a través de los siglos. Ninguna novedad científica comienza de cero, sino que da un paso sobre caminos ampliamente transitados.

El valor que obtienen las mercancías es resultado del proceso espontáneo de confrontación en el mercado de mercancías con diferentes valores de uso, pero con la cualidad de ser todos resultado de trabajo humano. Pero, como el trabajo humano no sólo es diferente en cada productor, sino que cambia con el tiempo —ya que de manera tendencial aumenta la productividad del trabajo—, el valor que espontáneamente se atribuye a una mercancía no es el tiempo de trabajo invertido en la producción de esos ejemplares, sino el tiempo necesario para reproducirlos. Si determinadas mercancías fueron acumuladas durante un año sin vender, el valor de ellas se ajustará a las nuevas capacidades productivas.[4]

Dada la peculiaridad de que las mercancías «cuestan» según el tiempo de reproducción, Marx se refiere al conocimiento y a la ciencia como trabajo inmaterial que no posee valor.

> El tiempo de trabajo que se necesita para reproducirlo [el conocimiento, la ciencia] no tiene ninguna relación con el tiempo de trabajo que es necesario para su producción original. Por ejemplo, el principio del binomio puede ser aprendido en una hora de estudio en la escuela primaria.[5]

Aunque un determinado conocimiento haya demorado un siglo en cristalizar, su reproducción implica un tiempo insignificante; de ahí que la reproducción del conocimiento científico tienda a un costo cero.[6] Esta idea colisiona contra cualquier imagen que el lector pueda tener sobre el papel de la ciencia en el desarrollo. Todas las teorías contemporáneas del desarrollo se basan en la necesidad de invertir en ciencia y tecnología, a fin de conseguir innovaciones que aumenten la competitividad e impulsen el

[3] Karl Marx, *El capital: crítica de la economía política*, tomo I, vol. 2, México: Siglo XXI, 1975, p. 470; Michael Perelman, «Intellectual property rights and the commodity form: new dimensions in the legislated transfer of surplus value», *Review of Radical Political Economics*, vol. 35, núm. 3, 2003, pp. 304-311, en https://doi.org/10.1177/0486613403255570; Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

[4] «El valor de las mercancías está determinado no por el tiempo de trabajo que insume originalmente su producción, sino por el tiempo de trabajo que insume su reproducción, y porque a causa de la fuerza productiva social del trabajo ese último tiempo de trabajo disminuye continuamente», Karl Marx, *El capital*, libro III, vol. 7, México, Siglo XXI, 1977.

[5] Cuaderno XX de los *Manuscritos de 1861-1863*, citado por Enrique Dussel, *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos de 1861-1863*, México, Siglo XXI, 1988, p. 286.

[6] Jakob Rigi, «Foundations of a marxist theory of the political economy of information: trade secrets and intellectual property, and the production of relative surplus value and the extraction of rent-tribute», *Triple C: Communication, Capitalism & Critique. Open Access Journal for a Global Sustainable Information Society*, 12(2), 2014, en http://www.triple-c.at/index.php/tripleC/article/view/487

desarrollo. Este planteamiento surge porque el discurso hegemónico confunde dos cosas totalmente diferentes. Una es el conocimiento propiamente dicho, que es la esencia de la ciencia. Otra son las diversas formas de propiedad intelectual en que dicho saber se comercializa en la actualidad (patentes, secretos comerciales, marcas y derechos de autor). La ciencia se vuelve un negocio.[7]

La ciencia y los derechos de propiedad en el capitalismo contemporáneo

Es conocido que desde fines del siglo XX las patentes y otras formas de propiedad intelectual (PI) han aumentado exponencialmente en cantidad y valor a escala mundial. Estas formas de PI son títulos de propiedad, pero en cuanto a su materialidad, como papeles registrados, chips o información en la nube, su valor es insignificante. Lo que vale es la representación del trabajo inmaterial invertido. Sin embargo, y como se expuso previamente, la reproducción del trabajo invertido también tiende a costo cero. Por tanto, los títulos de PI lo capturan el valor de los sectores productivos: adquieren precio en el mercado y así arrebatan plusvalor proveniente del capital productivo.[8]

Sucede algo semejante con bonos y títulos financieros que se negocian a futuro, pues capturan en el presente lo que supuestamente sería un valor efectivo para la posteridad. Cuando la previsión del porvenir cambia, o no se realiza como se había previsto, los títulos no sirven de nada y pierden su «valor». Tal peculiaridad del capitalismo contemporáneo que negocia a futuro lo que no tiene hoy es parte de lo que se conoce como financiarización de la economía, y las múltiples, variadas y muchas veces complicadas, formas de arrebatar valor de otros sectores constituye una modalidad de acumulación por desposesión.[9] Al intentar apropiarse del plusvalor de otros sectores, no hay acumulación sino centralización del capital, algo que se basa en la distribución y no en la producción.

El capítulo XXII del tomo III de *El capital* explica que en el proceso histórico de la división social del trabajo, el capital se divide en función y propiedad.[10] La función permite que ponga en movimiento medios de producción y trabajo vivo para crear nuevas mercancías. La propiedad permite que obtenga un interés por el dinero adelantado al proceso de producción. Es tan clara la distinción que la propia contabilidad empresarial separa el interés del funcionamiento del capital. Si el capitalista invierte 100 pesos en comprar medios de producción y contratar fuerza de trabajo y obtiene un producto que vende seis meses después, el costo será el interés de los 100 pesos —tal como si los hubiese tomado prestado del banco—, y la ganancia la diferencia de la venta respecto de los costos. Aquel interés, que proviene del capital como propiedad se basa en el potencial a futuro de producir. De igual modo, todas las modalidades de PI son títulos acerca de lo que se espera que ese conocimiento científico se incorpore a un proceso de producción material; es virtual, es capital ficticio. La PI acelera la financiarización de la ciencia. Como la economía hegemónica no hace mayor distingo entre las variadas formas de ganancia, cuando suceden crisis y los

[7] «Invention then becomes a business, and the application of science to direct production itself becomes a prospect which determines and solicits it», Karl Marx, *Grundrisse. Foundations of the critique of political economy (rough draft)*, Penguin Books/New Left Review [1857]1973, en https://www.marxists.org/archive/marx/works/1857/grundrisse/ch14.htm

[8] Diego Andreucci, Melissa García-Lamarca, Jonah Wedekind and Erik Swyngedouw, «‹Value grabbing›: a political ecology of rent», *Capitalism Nature Socialism*, vol. 28, núm. 3, 2017, pp. 28-47, en https://doi.org/10.1080/10455752.2016.1278027; Jakob Rigi, *op. cit*.

[9] David Harvey, «The ‹new› imperialism: accumulation by dispossession», *Socialist Register*, vol. 40, núm. 40, 2009, en http://socialistregister.com/index.php/srv/article/download/5811

[10] Claude Serfati, *op. cit*.

títulos de propiedad sobre ganancias a futuro se derrumban, estas teorías no logran explicar sus causas.

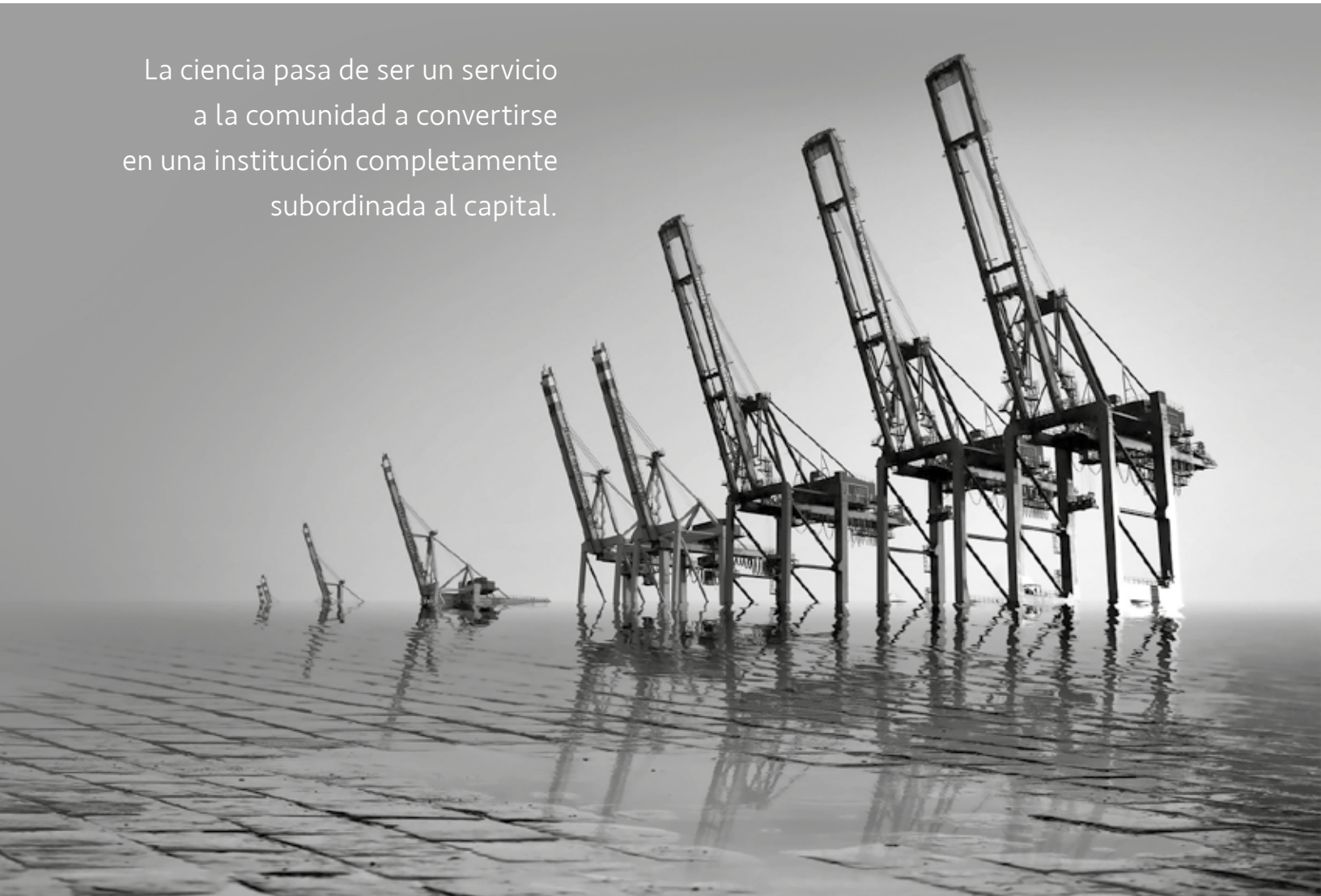
La ciencia en el capitalismo y su papel en el desarrollo

Aunque las teorías contemporáneas en torno al desarrollo hacen énfasis en el papel de la ciencia e incentivan la innovación y la competitividad, esto es sólo individualmente cierto y socialmente falso. Con el propósito de entender esa contradicción es necesario considerar la función de la ciencia en la sociedad capitalista.[11]

La ciencia es, en su esencia, conocimiento que enuncia leyes para explicar el funcionamiento de la naturaleza y la sociedad. El fin último de las ciencias físico-naturales es su aplicación a la transformación de la naturaleza y al aumento de la capacidad productiva de la sociedad humana.[12] Esta es la característica histórico-universal de la ciencia, manifestada desde la Grecia Antigua hasta el capitalismo contemporáneo. Pero la ciencia es también forma, es decir, es un conocimiento institucionalizado y sujeto al contexto sociohistórico de su desarrollo. En el capitalismo la ciencia adquiere, por razón de la subsunción al capital, una particularidad que no detentaba en los modos de producción anteriores.

[11] Para un sucinto desarrollo histórico de cómo la ciencia deja de ser un servicio a la comunidad y se convierte en una institución completamente subordinada al capital, véase Guillermo Foladori, «Ciencia ficticia», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 4, núm. 7, 2014, pp. 41-66.

[12] Adolfo Sánchez Vázquez, «La ideología de la ‹neutralidad ideológica› en ciencias sociales», en *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología*, México, Océano, 1984, pp. 139-164.



Al colaborar de manera esencial en el desarrollo de las fuerzas productivas, el primer resultado de la ciencia es incrementar la composición orgánica del capital. Todo aumento de la productividad del trabajo significa que la unidad productiva puede producir más o lo mismo en menor tiempo de trabajo vivo y más empleo de medios de producción e insumos. Tan pronto se eleva la composición orgánica del capital, la masa de trabajo vivo (capital variable-salario) mueve una masa cada vez mayor de trabajo pasado (capital constante). Ello significa que a cada avance de la composición orgánica de capital la tasa de explotación del trabajo se incrementa (aumenta el plusvalor relativo), siempre y cuando se consideren otros factores constantes. No sólo aumenta su explotación, sino que se emplea menos trabajo vivo y, en consecuencia, también hay más desempleo. Dos razones clave que evidencian que la aplicación de la ciencia a la producción perjudica a la clase trabajadora en el capitalismo. Las teorías del desarrollo que sostienen la importancia de la ciencia para la sociedad humana engañan a la mayoría de la población y se engañan a sí mismas.

Desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto, como economía globalizada, el incremento de la composición orgánica de capital conduce a la caída de la tasa de ganancia debido a tres factores. Por un lado, cada vez se invierte menos en trabajo vivo, que es el único creador de valor. Por otro, el aumento del plusvalor relativo nunca puede crecer más que la caída de la ganancia, porque tiene un límite natural ligado al tiempo de trabajo. Por último, las formas de PI y los mecanismos de adelanto de valor a costa del porvenir, algo que cristaliza en las formas de PI y que reflejan el «avance» científico, significan un constante drenaje de plusvalor del capital-función hacia el capital-propiedad, con lo cual se enlentece la acumulación de capital.

A partir de la visión individual, que rige el movimiento de los capitales, la política nacional, corporativa y empresarial, el crecimiento de la productividad del trabajo, que se logra indiscutiblemente como resultado de la aplicación de la ciencia a los procesos productivos, y la comercialización de los derechos de propiedad intelectual, permiten extraer valor de los sectores que lo producen. Aunque tal acción sea nociva para la sociedad, en específico para las clases trabajadoras, los estudios del desarrollo sólo reparan en esa apariencia y no ven la tendencia general, que sólo se manifiesta en las crisis periódicas; mientras que las ciencias sociales hegemónicas la encuentran incomprensible.

Pese a que fue postulada hace más de 150 años, la teoría del valor de Marx es sorprendentemente útil para entender el funcionamiento de la economía capitalista actual, de las modernas formas de financiarización de la economía y de la función de la ciencia en el desarrollo.

El capital en la era de los monopolios generalizados: apuntes sobre el capital monopolista

RAÚL **DELGADO WISE***

Transcurridos 150 años de la publicación del libro primero de *El capital* de Marx se constata su vigencia para desentrañar la naturaleza del capitalismo contemporáneo. Aun cuando los postulados de esa obra se refieren al «capital en general», es decir, al capital en el más alto nivel de abstracción, representa un imprescindible cimiento teórico-conceptual para penetrar en las contradicciones que caracterizan al capitalismo en su fase actual, la crisis civilizatoria. Como en ninguna otra época de su larga historia, uno de los rasgos más conspicuos de la sociedad burguesa, ahora en crisis, es la presencia avasalladora del capital monopolista. Con este artículo se pretende contribuir a la caracterización conceptual y al análisis de la metamorfosis del capital monopolista de la actual crisis del capitalismo.

A 150 años de la publicación de la primera edición en alemán del volumen primero de *El capital* de Karl Marx, resulta fundamental constatar su extraordinaria vigencia para desentrañar la naturaleza del capitalismo contemporáneo. Aun cuando los postulados planteados por Marx en esta trascendental obra se refieren al «capital en general», es decir, al capital en su más alto nivel de abstracción, constituyen un insoslayable cimiento teórico/conceptual para penetrar en las complejas, profundas y peligrosas contradicciones que caracterizan al capitalismo en su fase actual. Uno de los rasgos más conspicuos es la profusa presencia, como en ninguna otra época de la larga historia de la sociedad burguesa, del capital monopolista. A tal grado se ha erigido en el agente dominante de la economía política internacional, que Samir Amin[1] se refiere a esta etapa como la «era de los monopolios generalizados». Es preciso observar que mediante megafusiones y alianzas estratégicas, dicha fracción del capital ha alcanzado niveles de concentración y centralización hasta hace relativamente poco inimaginables:

> Las mayores compañías del mundo (aquellas con más de $1000 millones [de dólares estadounidenses] en ventas anuales) (...) dan cuenta de aproximadamente el 60 por ciento del ingreso, 65 por ciento de la capitalización de mercado y 75 por ciento de las ganancias [mundiales].[2]

* Director de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

[1] Samir Amin, *The implosion of capitalism*, London, Pluto Press, 2013.

[2] McKinsey Global Institute, *The world at work: jobs, pay, and skills for 3.5 billion People*, McKinsey & Co., 2012, p. 21, en http://www.mckinsey.com/insights/employment_and_growth/the_world_at_work/19/03/2015

No se trata, empero, de un simple cambio cuantitativo, sino de una profunda transformación cualitativa en las formas de organización y dominio del capital monopolista basadas en la *financiarización*, las ventajas comparativas derivadas del *arbitraje laboral global*, dicho de otro modo, la persistencia de significativos diferenciales salariales entre países y regiones,[3] sin ignorar las nuevas y brutales modalidades de saqueo de recursos naturales y devastación ambiental implantadas a lo largo y ancho del planeta.

El objetivo primordial es reflexionar acerca de una las figuras más emblemáticas y dominantes de nuestro tiempo: *el capital monopolista*. Interesa en principio contribuir a su caracterización conceptual a partir de una serie de postulados planteados por Marx en *El capital*, así como algunos textos relacionados con su obra cumbre, particularmente los *Grundrisse*. Posteriormente, con base en esta conceptualización —que ha sido objeto de una vasta y acalorada polémica en el marxismo contemporáneo— se pretende contribuir a dilucidar aspectos nodales de la metamorfosis experimentada por el capital monopolista en la actualidad y que se encuentran en la base de la crisis civilizatoria imperante.

Para desentrañar la naturaleza del capital monopolista

Marx no elaboró como tal una teoría del capital monopolista; sin embargo, en su análisis de la acumulación capitalista, como aspecto inmanente al desarrollo de la relación capital-trabajo asalariado, previó el desencadenamiento de una creciente tendencia hacia la *concentración y centralización del capital*, es decir, hacia la formación del capital monopolista. En esa perspectiva, vislumbra un tipo de configuración monopólica, específica del modo capitalista de producción, que por ende rompe radicalmente con herencias de modos de producción anteriores, tal como lo plantea en el siguiente pasaje de los *Grundrisse*:

> El señor Proudhon no habla más que del monopolio moderno engendrado por la competencia. Pero todos sabemos que la competencia ha sido engendrada por el monopolio feudal. Así pues, primitivamente la competencia ha sido lo contrario del monopolio, y no el monopolio lo contrario de la competencia. Por tanto, el monopolio moderno no es una simple antítesis, sino que, por el contrario, es la verdadera síntesis.
>
> Tesis: El monopolio feudal anterior a la competencia.
>
> Antítesis: La competencia.
>
> Síntesis: El monopolio moderno, que es la negación del monopolio feudal por cuanto presupone el régimen de la competencia, y la negación de la competencia por cuanto es monopolio.[4]

Lo anterior significa que con el advenimiento del régimen capitalista de producción se inaugura una peculiar *unidad contradictoria entre monopolio y competencia*, donde el primero no implica la negación de la segunda y viceversa. Es crucial, en este sentido, observar que la construcción de la noción de monopolio en Marx se encuentra firmemente anclada en las relaciones sociales de producción y en las leyes tendenciales de la acumulación capitalista desarrolladas por él en el primer volumen de *El capital*. Ello implica que, a contracorriente de la concepción burguesa de monopolio, cuyo contenido parte de, y se circunscribe a, la esfera de la circulación, en el caso de la noción marxista, el punto de partida se ubica en la esfera de la producción de plusvalor y, por consiguiente,

[3] Raúl Delgado Wise y David Martin, «The political economy of global labour arbitrage», in Kees van der Pijl (ed.), *The International Political Economy of Production*, Cheltenham, Edward Elgar, 2015.

[4] Karl Marx, *Grundrisse: elementos fundamentales para la crítica de economía política*, tomo 2, México, Siglo XXI, 1976 [1858], pp. 124-125.

Incorporar el análisis del capital monopolista a la esfera de la circulación posibilita establecer un puente analítico con la esfera de la distribución del capital, abordada por Marx.

en la contradicción capital-trabajo asalariado. En otras palabras:

> Aunque acumulación y competencia están íntimamente relacionadas, la primera puede concebirse y comprenderse antes que la segunda. Esto es así porque la acumulación es la expansión progresiva del circuito del capital, y éste se analiza en primer lugar para el capital en su conjunto, sin referirse a la interacción entre los diferentes capitales. Aquí debemos enfatizar que nos estamos refiriendo a la competencia entre capitales pues, ya que la base del capital es la separación del trabajo respecto de los medios de producción, el circuito del capital no puede abstraerse de la competencia entre capital y trabajo, es decir, de la propia lucha de clases.[5]

En contigua tesis, David Harvey plantea:

> La idea que yo pretendo defender aquí (...) es que *el poder de los monopolios es básico y no una aberración en el funcionamiento del capital, y que existe en unidad contradictoria con la competencia* (...) ¿Cómo debemos entonces entender esa unidad contradictoria? El punto más obvio para empezar es afirmar que ambos aspectos son indistinguibles, o para ser más exactos, que ambos se fusionan dejando la contradicción en estado latente más que antagónico. Ese punto es la naturaleza de la propiedad privada que confiere a su dueño el monopolio sobre el uso de una mercancía. El poder monopolístico inherente a la propiedad privada constituye la base para el intercambio, y por extensión para la competencia. Esto puede parecer elemental, e incluso trivial, pero no lo es tanto cuando se reconoce que el poder de clase del capital descansa enteramente sobre el ensamblaje de todos esos derechos monopolísticos de propiedad individual en un orden social en el que la clase capitalista se puede definir frente al trabajo por su *monopolio colectivo sobre los medios de producción (o en una versión más reciente, sobre los medios de financiación)*. Lo que está ausente en las acostumbradas discusiones sobre el monopolio es el concepto y la realidad del poder monopolístico de *clase* (el poder colectivo del capital), incluidas las rentas monopolísticas de clase, cuando se aplica a los procesos económicos y políticos.[6]

[5] John Weeks, «Competencia y monopolio», *Marxismo Crítico*, 2011, p. 11, en https://marxismocritico.com/2011/11/04/competencia-y-monopolio/

[6] David Harvey, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador (IAEN), 2014, p. 139.

La esfera de la circulación —desde donde la economía burguesa plantea su análisis del monopolio— es relevante, mas no determinante para la discusión del capital monopolista. En su análisis, a través del cual se devela la unidad contradictoria entre producción y realización (tomo II de *El capital*) Marx hace abstracción de la cuestión del capital monopolista. Es aquí donde Paul Baran y Paul Sweezy, en *El capital monopolista*,[7] intentan completar su estudio agregando a los sectores I (bienes de producción) y II (bienes de consumo), un tercer sector en el que incorporan rubros crecientemente importantes para la reproducción y en concreto la realización del capital, como la propaganda asociada a las ventas, difusión y diferenciación de nuevas mercancías, así como los gastos militares y financieros. Más allá de la acuciosa polémica desencadenada por esta obra con relación a las categorías analíticas postuladas por Marx (véase al respecto, Paul Mattick),[8] lo cierto es que la audacia de algunos de sus planteamientos —sin que los compartamos del todo— abren significativas vetas analíticas para el entendimiento del capitalismo contemporáneo. Las contribuciones de John Bellamy Foster[9] y Samir Amin,[10] tanto a la precisión conceptual como al desarrollo ulterior de los aportes de Baran y Sweezy, son fundamentales en esta última perspectiva.

Incorporar el análisis del capital monopolista a la esfera de la circulación posibilita establecer un puente analítico con la esfera de la distribución del capital, abordada por Marx.[11] Es imprescindible considerar que en el tomo III se aborda la transformación de los valores en precios de producción, donde la *competencia* inter e intrasectorial desempeña un papel crucial en el proceso de formación de la tasa media de ganancia y de los precios. Referente a ello y con las dinámicas contradictorias de la acumulación de capital —expresadas en la ley tendencial a la caída de la tasa media de ganancia—, Marx examina temas vitales para la comprensión del capital monopolista: las ganancias extraordinarias derivadas de la productividad del trabajo (y el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas), el interés y la renta del suelo.

No obstante, lo más importante es que en esta esfera se puede identificar aquello que figura como la razón de ser y el objetivo productivo básico del capital monopolista: la obtención de ganancias superiores a la media, esto es, ganancias extraordinarias o rentas monopólicas.[12] De ahí que el precio de monopolio se defina —siguiendo a Marx— como un precio superior al precio de producción, un precio que se ubica por encima del costo de producción más la ganancia media y por tanto posibilita al capital monopolista apropiarse de una tajada relativamente mayor de la plusvalía social de aquella que le correspondería en condiciones de «competencia perfecta» (supuesto cardinal de la economía burguesa en su expresión neoclásica).

Cabe advertir que si bien el precio de monopolio implica una interferencia en el proceso de formación de los precios que permite transferencias de plusvalor de los trabajadores y capitalistas a los dueños de este tipo de capital, lo cierto es que en su acepción marxista no implica el establecimiento de un precio totalmente arbitrario, sino un precio que guarda relación con la ley del valor y, por ende, con el principio de que la ganancia agregada no puede distanciarse

[7] Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly capital: an essay on the american economic and social order*, New York, Monthly Review Press, 1966.

[8] Paul Mattick, *Crítica de la teoría económica contemporánea*, México, Era, 1980.

[9] John Bellamy Foster, *The theory of monopoly capitalism: an elaboration of marxian political economy*, New York, Monthly Review Press, 2014.

[10] Samir Amin, *op. cit.*

[11] Cabe destacar que los tomos II y III de *El capital* no son textos terminados y editados por Marx, son obras editadas y en algunos aspectos completadas por Friedrich Engels en 1885 y 1894, respectivamente.

[12] Raúl Delgado Wise, «Progreso tecnológico y capital monopolista», *Investigación Económica*, núm. 216, 1996, pp. 85-101.

banalmente de la masa agregada de plusvalor.[13] A la recurrente presencia de desajustes en este plano, en tanto desencadenantes de crisis periódicas, y a la necesidad de corregirlos o contrarrestarlos mediante la intervención estatal u otras vías es a lo que alude la ley tendencial de la caída de la tasa media de ganancia.

Otro rasgo básico del capital monopolista, en tanto condición *sine qua non* para la obtención de plusganancias, es la necesidad de mantener *ventajas duraderas* sobre otros posibles participantes en la rama o ramas particulares en las que opera. Tales ventajas pueden ser naturales o artificiales y a cada una de ellas corresponde una forma o combinación de formas de plusganancia, las que a su vez configuran formas particulares de organización monopólica. Una de estas formas guarda relación con el mecanismo previsto por Marx que hace revolucionario al capitalismo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas: *el cambio tecnológico*. Al respecto, Joseph A. Shumpeter[14] —sin pretender, ni mucho menos, identificar su visión del cambio tecnológico con la planteada por Marx en *El capital*— propone la existencia de una relación positiva entre innovación y poder monopólico, al postular que la competencia mediante la primera es el medio más eficaz para adquirir ventajas sobre posibles competidores. El propio Schumpeter llega a sostener que la innovación es tanto un medio para alcanzar ganancias monopólicas, como un método para mantenerlas. Ello implica, a *contra sensu* de lo que postulan —aun sea en términos relativos— algunos teóricos contemporáneos del capital monopolista como Baran y Sweezy[15] y Ernest Mandel,[16] que el capital monopolista más que una barrera o freno al cambio tecnológico, tiende a acelerarlo en su insaciable apetito de plusganancias.

Cabe acotar, sin embargo, que en la concepción marxista del cambio tecnológico no hay una identificación mecánica o directa de esta última con una visión positiva del progreso. Por el contrario, al estar regido por la ley del valor-trabajo, el cambio tecnológico tiende a apartarse de la lógica del valor de uso. En concreto, el capital monopolista, como agente acelerador de la innovación y el cambio tecnológico, no escapa a las contradicciones que entraña la modernidad capitalista y que deviene en un tipo de modernidad que, como lo subraya Bolívar Echeverría:[17]

> Conduce ella misma, estructuralmente, por el modo como se organiza el proceso de reproducción de la riqueza social (...) a la destrucción del sujeto social y a la destrucción de la naturaleza dentro de la cual este sujeto social se afirma a sí mismo.

Pero el capital monopolista no sólo se nutre de ganancias extraordinarias asociadas a la innovación y el cambio tecnológico, sino que a la par o en conjunción con ellas, se alimenta de otras formas de plusganancia o rentas monopólicas analizadas por Marx en el tomo III de *El capital*, como es el caso del interés y la renta del suelo. Unas y otras interfieren en el proceso de formación de los precios y la distribución del plusvalor: *a)* Acelerando en mayor o menor grado la productividad del trabajo y profundizando con ello la tendencia a la caída de la tasa de ganancia. *b)* Sustrayendo crecientes porciones de plusvalor de los trabajadores u otros capitalistas. *c)* Agudizando, en niveles históricos, las dinámicas de desarrollo desigual y la transferencia de excedentes entre

[13] Alfred Evenitsky, «Monopoly capitalism and Marx's economic doctrines», *Science & Society*, vol. 24, núm. 2, 1960, pp. 134-149.

[14] Joseph Shumpeter, *Business cycles: a theoretical, historical and statistical analysis of the capitalist process*, London, McGraw-Hill, 1939; Joseph Shumpeter, *Capitalism, socialism and democracy*, New York, Harper & Brothers, 1942.

[15] Paul Baran y Paul Sweezy, *op. cit.*

[16] Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Era, 1980.

[17] Bolívar Echeverría, *Antología. Crítica de la modernidad capitalista*, La Paz, Oxfam/Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2011; Guillermo Foladori, *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 4, núm. 7, 2014, p. 173.

diferentes demarcaciones político-territoriales como medidas contratendenciales frente a los crecientes problemas de realización. *d)* Distorsionando los mecanismos que posibilitan el crecimiento económico y la reproducción ampliada de capital. *e)* Exacerbando, a grados extremos e incluso peligrosos, las contradicciones del sistema y la profundidad de sus crisis.

Por su propia naturaleza, el ámbito en el que se desenvuelve el capital monopolista es el correspondiente a la acumulación de capital a *escala mundial*. Aunque se trata de un ámbito analítico que no fue abordado en *El capital*, se trata de una asignatura pendiente prevista por el propio Marx en los diversos planes para el desarrollo de su obra esbozados en los *Grundrisse*.[18] Esta tarea, vital para la comprensión del contenido y las metamorfosis emprendidas por el capital monopolista, ha sido retomada y profusamente acometida en el marxismo contemporáneo a través, entre otros, de los aportes de Rudolf Hilferding, Paul Sweezy, Paul Baran, Paul Mattick, Harry Magdoff, Ernest Mandel, Harry Braverman, John Bellamy Foster y Samir Amin. Lo significativo de las contribuciones de estos y otros autores es que vinculan la cuestión del capital monopolista con la evolución del imperialismo y las dinámicas de desarrollo desigual que lo acompañan. Asimismo, son significativos los aportes de los teóricos de la dependencia: Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro Marini.

[18] Roman Rosdolsky, *Génesis y estructura de* El capital *de Marx (estudios sobre los Grundrisse)*, México, Siglo XXI, 1978.

Metamorfosis del capital monopolista bajo la égida neoliberal

Según se indicó al principio, el capital monopolista figura hoy como el agente dominante de la economía política internacional. A su abrumadora supremacía en términos de acervos de capital fijo, ingresos, ventas y ganancias sobre otras fracciones del capital, se agrega el advenimiento de profundas transformaciones cualitativas en sus formas de organización y dominio planetario, entre las que sobresale:

a) Recurso a la *financiarización*, referida al ascenso y prerrogativa del capital financiero sobre otras

El capital monopolista más que una barrera o freno al cambio tecnológico, tiende a acerlerarlo en su insaciable apetito de plusganancias.

fracciones del capital monopolista.[19] Ante la falta de inversiones redituables en la esfera productiva por la crisis de sobreproducción desencadenada a fines de la década de 1970, el capital inicia un fuerte viraje hacia la especulación financiera posibilitado por las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC).[20] De igual modo, con la presión a la baja que se ejerce sobre los salarios reales mediante el arbitraje laboral global, se desencadena una explosión de deudas encabezada por el sector financiero, la cual permite que la producción encuentre canales, aun sean endebles e insustentables, de «realización». Se produce así una financiarización de la clase capitalista, del capital industrial y de las ganancias corporativas, ello da lugar a una explosión de *capital ficticio*, es decir, de títulos financieros sin contraparte en la producción material.[21] Se trata claramente, como lo subraya Sergio Rodríguez Lascano,[22] de una mutación del ciclo básico del capital D-M-D' en D-D'.

b) La configuración de *redes globales de capital monopolista* generadas a partir de una estrategia de reestructuración liderada por las grandes corporaciones multinacionales que, mediante operaciones de *outsourcing* y cadenas de subcontratación, extienden partes de sus procesos productivos, comerciales, financieros y de servicios a los países periféricos en busca de mano de obra flexible y barata. Un claro ejemplo de esa estrategia son las plataformas de exportación que operan como economías de enclave en los países periféricos.

Este giro hacia lo que algunos autores como Gary Gereffi y Timothy Sturgeon[23] caracterizan como cadenas globales de valor ha sido espectacular:

> Las 100 mayores corporaciones globales han desplazado su producción hacia sus filiales extranjeras [principalmente en el Sur], donde ahora se localizan cerca de 60 por ciento del total de sus bienes y empleados y más de 60 por ciento de sus ventas a nivel global.[24]

Se trata, en el fondo, de un «nuevo ‹nomadismo› surgido al interior del sistema de producción global, en el que la selección de localidades se determina en buena parte a partir de dónde es más barata la mano de obra».[25] En esta perspectiva, cabe destacar lo siguiente: *1)* Al menos 40 por ciento del comercio mundial se asocia a operaciones de *outsourcing*, incluyendo subcontrataciones y comercio intrafirma entre filiales de una misma compañía.[26] *2)* Se estima que en la periferia capitalista hay 85 millones de trabajadores directamente empleados en más de 3 mil 500 zonas de procesamiento para la exportación ubicadas en 130 países.[27]

La estrategia de reestructuración en cuestión ha modificado la geografía global de la producción a grado tal que actualmente poco más de 70

[19] Walden Bello, *Dilemmas of domination: the unmaking of the american empire*, Nueva York: Metropolitan Books, 2005.
[20] Robert Brenner, *The boom and the bubble: the U.S. in the world economy*, New York, Verso, 2002.
[21] John Bellamy Foster, «The financialization of the capitalist class: monopoly finance capital and the new contradictory relations of ruling class power», en Henry Veltmeyer (ed.), *Imperialism, crisis and class struggle: the enduring verities and contemporary face of capitalism*, Leiden/Boston, Brill Publishers, 2010.
[22] Sergio Rodríguez Lascano, «Apuntes sobre el pensamiento crítico *versus* las mutaciones de la hidra», en *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista II*, México, EZLN, 2015, pp. 434-455.
[23] Gary Gereffi y Timothy Sturgeon, «Global value chain-oriented industrial policy: the role of emerging economies», en Deborah K. Elms y Patrick Low (eds.), *Global value chains in a changing world*, Geneva, World Trade Organization, 2013, pp. 329-360.
[24] United Nations Conference on Trade and Liberalization (UNCTAD), *World Investment Report 2010*, Nueva York, UNCTAD, 2010.
[25] John Bellamy Foster, Robert W. McChesney y Jamil Jonna, «The internationalization of monopoly capital», *Monthly Review*, vol. 63, núm. 2, 2011a, p. 18.
[26] Wladimir Andreff, «Outsourcing in the new strategy of multinational companies: foreign investment, international subcontracting and production relocation», *Papeles de Europa*, núm. 18, 2009, pp. 534.
[27] McKinsey Global Institute, *op. cit.*

por ciento del empleo industrial se localiza en países periféricos.[28] Lo sobresaliente de esta estrategia es que descansa en el aprovechamiento y profundización de las brechas salariales entre países y regiones, es decir, el arbitraje laboral global que para algunos autores como Intan Suwandi y John Bellamy Foster[29] constituye el sello distintivo del imperialismo contemporáneo. Bajo este nuevo andamiaje, las grandes corporaciones multinacionales logran obtener ganancias extraordinarias mediante el establecimiento de límites a la libre movilidad de la más importante mercancía para la acumulación de capital: la fuerza de trabajo.[30] Con ello se interfiere el proceso de formación de los precios de producción a favor de una vasta transferencia de plusvalor en dirección periferia-centro, sustentada en las posibilidades de reestructuración productiva que abren las TIC, pero que nada tiene que ver con el avance hacia una ruta progresista de desarrollo de las fuerzas productivas.

c) El *extractivismo* y el *nuevo extractivismo*,[31] en alusión a la creciente apropiación y exportación de minerales, petróleo y gas de los países periféricos por las grandes corporaciones extractivas nacionales y multinacionales, a través de la sobreexplotación de recursos naturales y la consecuente expropiación de bienes comunes para la obtención de jugosas plusganancias bajo la forma de renta del suelo, sea en su modalidad absoluta o diferencial (incluyendo sus variantes I y II). Este fenómeno se asocia también a la presencia de procesos de financiarización y acumulación por

El caso del interés y la renta del suelo: unas y otras interfieren en el proceso de formación de los precios y la distribución del plusvalor agudizando, a niveles históricos, las dinámicas de desarrollo desigual.

[28] John Bellamy Foster, Robert W. McChesney y Jamil Jonna, «The global reserve army of labour and the new imperialism», *Monthly Review*, vol. 63, núm. 6, 2011b, p. 115.

[29] Intan Suwandi y John Bellamy Foster, «Multinational corporations and the globalization of monopoly capital. From the 1960's to the present», *Monthly Review*, vol. 68, núm. 3, 2016.

[30] Raúl Delgado Wise y David Martin *op. cit*.

[31] Eduardo Gudynas, *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*, Bolivia, Centro de Documentación e Información Bolivia (CEDIB), 2015.

desposesión, que han traído consigo la exacerbación de conflictos sobre territorios y aguas,[32] así como afectaciones cada vez más severas al medio ambiente a través de la minería a tajo o cielo abierto, el *fracking*, el gas lutitas, etcétera.

Dado que los ingresos de algunas de las corporaciones multinacionales más poderosas del mundo dependen de la extracción, producción y consumo de combustibles fósiles, lo más probable es que este patrón persista, ahondando aún más la crisis ecológica y sus efectos sobre el calentamiento global y el cambio climático. La nueva ola extractivista desencadenada por la reestructuración neoliberal ha empeorado la degradación ambiental, no sólo al expandir la geografía de la destrucción, también mediante la estrategia del arbitraje ambiental regulatorio por parte del capital extractivista.[33]

d) El *acaparamiento* o *control de la tierra* y recursos naturales por los agronegocios (*land grabbing*). Este fenómeno se asocia a cambios en los regímenes alimentarios acompañados de dinámicas de financiarización, procesos de acumulación por desposesión (que han implicado un brutal despojo de campesinos y pueblos originarios), cambios en los patrones de cultivo (monocultivo, uso de transgénicos, entre otros) y daños severos e irreversibles al entorno natural (pérdida de biodiversidad, destrucción de suelos, quebranto de la soberanía alimentaria).[34] Así, se produce de igual modo una significativa expropiación de bienes comunes y apropiación de rentas monopólicas, con la consecuente exacerbación de los conflictos sobre territorios y aguas. En el trasfondo de dicha compleja e intrincada trama subyace una quinta dimensión de la metamorfosis experimentada por el capital monopolista.

e) La profunda reestructuración acometida por los sistemas de innovación a partir de la década de 1990, la cual es básica para comprender aspectos nodales de las contradicciones que caracterizan al capitalismo contemporáneo y se encuentran en la base de la etapa actual de dominación imperialista. Semejante reestructuración cuyo epicentro es Silicon Valley, ha posibilitado al capital monopolista poner a su servicio las capacidades humanas para producir conocimiento —o el *general intellect* utilizando el concepto acuñado por Marx— del centro y la periferia, hecho que reduce costos laborales, transfiere riesgos y responsabilidades y capitaliza los beneficios mediante la apropiación y concentración de patentes.[35]

Lo anterior ha provocado la configuración de lo que podría concebirse como un sistema imperial de innovación caracterizado por diversos aspectos: *a)* Creciente internacionalización y fragmentación de las actividades de innovación.[36] *b)* Creación de ciudades científicas, como Silicon Valley en Estados Unidos y sus satélites en países periféricos o emergentes, que operan como una suerte de maquiladoras científicas.[37] *c)* Desarrollo de nuevos métodos para

[32] Henry Veltmeyer, «The political economy of natural resource extraction: a new model or extractive imperialism?», *Canadian Journal of Development Studies*, vol. 34, núm. 1, 2013, pp. 79-95.

[33] Yuquing Xing y Kolstad Charles, «Do lax environmental regulations attract foreign investment?», *Environmental and Resource Economics*, vol. 21, núm. 1, 2002, pp. 1-22.

[34] Saturnino M. Jr. Borras, Jennifer C. Franco, Sergio Gómez, Cristóbal Kay y Max Spoor, «Land grabbing in Latin America and the Caribbean», *The Journal of Peasant Studies*, vol. 39, núms. 3-4, 2012, pp. 845-872.

[35] Raúl Delgado Wise, *op. cit.*; Raúl Delgado Wise y Mónica Chávez Elorza, «Patentad, patentad: apuntes sobre la apropiación del trabajo científico por las grandes corporaciones multinacionales», *Observatorio del Desarrollo*, vol. 4, núm. 15, 2016; Pablo Míguez, «Del General Intellect a las tesis del ‹capitalismo cognitivo›: aportes para el estudio del capitalismo del siglo XXI», *Bajo el Volcán*, vol. 13, núm. 21, 2013, pp. 27-57.

[36] Henry Chesbrough, «Open innovation: a new paradigm for understanding industrial innovation», en Henry Chesbrough, Wim Vanhaverbeke y Joel West (eds.), *Open innovation: researching a new paradigm*, Oxford, Oxford University Press, 2008.

[37] AnnaLee Saxenian, *Local and global networks of immigrant professionals in Silicon Valley*, San Francisco, Public Policy Institute of California, 2002; AnnaLee Saxenian, *The*

controlar agendas de investigación por las grandes corporaciones multinacionales con base en capital de riesgo, asociaciones empresariales y subcontrataciones en el ámbito de empresas emergentes o *startups*. *d)* Creciente participación de fuerza laboral altamente calificada proveniente de países periféricos o emergentes en las dinámicas de innovación en Silicon Valley y en sus apéndices periféricos.[38] *e)* Creación de un marco institucional *ad hoc* para la concentración y apropiación de los productos generados por el trabajo científico a través de patentes, conformado por la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC).[39]

Todo esto ha desencadenado una apropiación sin precedentes del conocimiento, en tanto bien común intangible, lo que ha propiciado, en principio, una desbordante expansión y privatización de los productos del *general intellect*, expresada en un crecimiento exponencial de las patentes acompañado de una concentración de ellas en un puñado de grandes corporaciones multinacionales, según lo constatan las estadísticas de la OMPI. Posteriormente, esa reestructuración arrastra consigo las contradicciones que encierra la modernidad capitalista en virtud de que, más allá de favorecer una ruta progresista de desarrollo de las fuerzas productivas, inaugura, como se ha consignado, una fase regresiva y oscurantista en el avance y aplicación del conocimiento.

Epílogo: el capital monopolista en el espejo de la crisis civilizatoria

La otra vertiente de la profunda reestructuración y la espectacular concentración y centralización del capital en manos del capital monopolista en mancuerna con el Estado imperial es la brutal embestida desencadenada en contra de la clase trabajadora y los sectores populares en prácticamente todos los rincones del planeta. Así, una pieza más del imperialismo contemporáneo es una *reconfiguración de la división internacional del trabajo*, donde la fuerza de trabajo pasa a figurar de manera abierta, a tono con la perspectiva marxista planteada por Arghiri Emmanuel[40] para analizar el intercambio desigual, como la principal mercancía de intercambio entre países centrales y periféricos, lo cual ha dado lugar a la aparición de nuevas y extremas formas de intercambio desigual.[41] La dinámica de creciente internacionalización de las finanzas, la producción, el comercio y los servicios propios del capitalismo neoliberal, ha tenido como correlato una creciente fragmentación y polarización de la geografía mundial acompañada de un desbordante crecimiento de las desigualdades sociales a niveles hasta hace poco inimaginables:

> Tan sólo 8 personas (8 hombres en realidad) poseen ya la misma riqueza que 3.600 millones de personas, la mitad más pobre de la humanidad. La súper concentración de riqueza sigue imparable. El crecimiento económico tan sólo está beneficiando a los que más tienen. El resto, la gran mayoría de ciudadanos de todo el mundo y especialmente los sectores más pobres, se están quedando al margen de la reactivación de la economía. El modelo económico y los principios que rigen su funcionamiento nos han llevado a esta situación que se ha vuelto extrema, insostenible e injusta. Es hora de plantear una alternativa.[42]

new argonauts: regional advantage in a global economy, Boston, Harvard University Press, 2006.

[38] Battelle, «Global R&D funding forecast», *Battelle-R&D*, 2014, en http://www.battelle.org/docs/tpp/2014_global_rd_funding_forecast.pdf

[39] Raúl Delgado Wise y Mónica Chávez, *op. cit*.

[40] Emmanuel Arghiri, *El intercambio desigual: ensayo sobre los antagonismos en las relaciones económicas internacionales*, México, Siglo XXI, 1972.

[41] Humberto Márquez y Raúl Delgado Wise, «Signos vitales del capitalismo neoliberal: imperialismo, crisis y transformación social», en *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 1, núm. 1, 2011, pp. 11-50.

[42] Informe de OXFAM, 2017, p. 1.

Este «orden» o desorden planetario encierra profundas y peligrosas contradicciones[43] que desde la década de 1970 han sumergido al capitalismo mundial en una profunda crisis que abrió la puerta a la implantación del neoliberalismo y que persiste hasta nuestros días. En efecto, la Hidra capitalista con sus nuevos rostros —en alusión a la extraordinaria metáfora del movimiento zapatista para referirse al régimen del capital— sólo ha encontrado falsas y limitadas salidas a la crisis que le dio origen y peor aún, lejos de abrir caminos hacia una fase sostenida de crecimiento de la economía mundial, a cada paso ha contribuido a repensar dicha crisis y desatar *la tormenta*. En opinión de Humberto Márquez:

> La crisis que afronta el capitalismo contemporáneo representa una ruptura en el proceso de expansión capitalista promovido por los países centrales, encabezados por Estados Unidos, desde la década de los setenta. Se trata de una reestructuración fallida que ha hecho colapsar al centro mismo del sistema capitalista mundial, sobre todo a sus centros financieros e industriales más dinámicos, y que se ha transmitido con prontitud hacia todos los sectores, circuitos y rincones del capitalismo. Sin embargo, no podemos perder de vista que la estrategia de reestructuración y expansión ha cumplido con creces su cometido principal: concentrar capital, poder y riqueza en manos de una delgada elite de capitalistas transnacionalizados y, en contrapartida, ha deteriorado de manera drástica las condiciones de vida y trabajo de la mayoría de la población.[44]

Asistimos, por consiguiente, a una profunda crisis multidimensional: financiera, económica, social, cultural y ecológica, que no únicamente ha puesto en jaque al sistema capitalista, sino que al cuestionar las bases materiales de la vida, el trabajo y la naturaleza, ha adquirido dimensiones civilizatorias. Y es justo en el espejo de esta crisis donde se refleja, sin ambages, el curso seguido por el capital monopolista.

La dinámica de creciente internacionalización de las finanzas, la producción, el comercio y los servicios propios del capitalismo neoliberal, ha tenido como correlato un desbordante crecimiento de las desigualdades sociales a niveles hasta hace poco inimaginables.

[43] David Harvey, *op cit*.

[44] Humberto Márquez, «La gran crisis del capitalismo neoliberal», *Andamios*, núm. 13, 2010, p. 67.

Mercancía humana:
mistificación del proletariado y centralidad de la cuestión laboral

HUMBERTO **MÁRQUEZ COVARRUBIAS***

La fuerza de trabajo no es una mercancía pero es tratada como si lo fuera. De hecho es la mercancía más importante para el desarrollo del capitalismo, pues es la única capaz de producir plusvalor, la sustancia vital del sistema. El capitalismo tiene como premisa despojar a las clases populares de medios de producción y de sustento para obligarlos a vender su corporalidad y capacidad de trabajo, el trabajo vivo, por un salario, y someterse a los designios patronales que sólo tienen como premisa extraer el máximo beneficio. Tendencialmente, se imponen políticas de constricción salarial, lo cual entra en conflicto con la necesidad de realización del capital, el neoliberalismo impulsa entonces un sometimiento por deudas para hacer posible que consuman los pobres. Producción y reproducción se articulan con la intención de cerrar la pinza de un proletariado desbordante, sin fronteras, cada vez más sometido. En ese sentido, la emancipación humana significa un proyecto utópico, transformador, de cambio social, que reposa en el sueño proletario.

*Docente investigador de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

Una palabra proscrita

Dos características refieren las coordenadas del concepto de clases sociales: *a)* Es relacional, unas clases se definen con relación a otras, por ejemplo, las trabajadoras frente a las propietarias, de tal suerte que en la moderna sociedad capitalista el burgués vive de la propiedad de los medios de producción y de la explotación de la fuerza de trabajo; en tanto que el proletariado ha sido despojado de medios de producción y subsistencia por lo que se ve compelido a venderle al burgués su fuerza de trabajo para sobrevivir. *b)* Está en constante transformación en virtud de los cambios en los mecanismos de generación y apropiación de plusvalor donde confluyen formas de movilidad y expansión del capital, políticas estatales y renovadas formas de resistencias de las clases explotadas, por lo cual existe contradicción, conflicto, lucha entre la clases relacionadas.

La ideología burguesa considera que el dominio social de la propia burguesía es legítimo

por razones de tradición, herencia, riqueza, conocimiento y poder. Pese a que una ínfima minoría de la sociedad pertenece a la clase burguesa, la gran mayoría comparte la ideología dominante, por ello se facilita la servidumbre, el consentimiento de los dominados.

Siempre ha sido aquilatada por las elites gobernantes la tentativa de desaparecer el potencial político del proletariado. En la actualidad, desde la academia, los medios de comunicación y la clase política han proscrito la palabra proletariado, como si no existiera más en un mundo conformista con el devenir del capital global. No obstante, el proletariado tiene una historia inherente al desarrollo del capitalismo hasta nuestros días. El término proletariado habría sido acuñado en periodos previos a la consolidación del capitalismo industrial. Una de las acepciones más antiguas de la palabra proviene del argot jurídico del Imperio romano. La palabra *proletarius* significa «perteneciente a los hijos» y proviene del latín *proles* que significa linaje o descendencia, es decir, proletario es el que sólo posee hijos.

Pero es en el capitalismo cuando se aplica con toda precisión a una de las clases sociales fundamentales.[1] Una peculiaridad del proletariado es que se trata de un sujeto sin objeto, una «subjetividad sin sustancia», esto es, un sujeto despojado de las condiciones de existencia y que por ello carece de objeto para reproducir su vida.[2] En esas condiciones, el proletario deviene en asalariado porque sólo posee su corporalidad viviente y la de sus descendientes, ni siquiera se reconoce como dueño del suelo donde vive y donde habrá de morir.

La condición «libre» del proletario se manifiesta en tres niveles sucesivos: *a)* la liberación de los medios de producción mediada por el despojo y la violencia; *b)* la libertad aparente de vender su fuerza de trabajo al mejor postor, aceptando la servidumbre ante el patrón, si no quiere perecer; *c)* con la proliferación del mundo de las mercancías, además se suma la libertad de poseer objetos, vía el consumo, que también se traduce en una servidumbre por deudas, dada la insuficiencia del salario. La triple libertad del proletariado no es más que mera servidumbre.

Moderno trabajo esclavo

Desde la Antigüedad, el trabajador era considerado como «esclavo a tiempo parcial»,[3] pero con el advenimiento de la moderna sociedad capitalista, Marx actualiza los términos para referirse de modo más específico al trabajo asalariado como «moderno trabajo esclavo».[4] A diferencia de la esclavitud del mundo antiguo, donde el sujeto del trabajo se vendía de manera permanente y definitiva, en el capitalismo la venta aparece como si fuese de común acuerdo —los tratadistas liberales arguyen que ninguna esclavitud es de mutuo acuerdo, lo que no parece coincidir con la realidad—,[5] un contrato «libre», sin que medie el látigo flamígero de algún capataz o amo. Entonces se presenta una esclavitud perfeccionada, inserta en la sociedad moderna capitalista a grado tal que el esclavo moderno ya no sabe que lo es.

Más allá de la ilusión de que el esclavismo ha sido abolido —aunque se reconoce que fue uno de los puntales del despliegue inicial del capitalismo en las colonias— para dar paso a una sociedad de hombres libres dentro de un mercado libre donde los agentes concurren por voluntad propia, en el capitalismo tardío aún persiste en forma relativa, sutil; pero el salario mistifica la dominación sobre el proletariado al

[1] Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del partido comunista*, México, Siglo XXI, 2017.
[2] Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI, 1971.
[3] Aristóteles, *Política*, Madrid, Gredos, 1999, p. 84.
[4] Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, tomo I, vol. 1, México, Siglo XXI, 1988.
[5] John Locke, *El ensayo sobre el gobierno civil*, México, Porrúa, 2005.

presentarla como una relación de «libertad», cuando el proletariado continúa encadenado a una «nueva forma de esclavitud».

En la medida en que el sujeto sometido a una relación salarial no puede eludir la necesidad de venderse para sobrevivir se encuentra supeditado a una esclavitud relativa. Al acudir al mercado por voluntad propia con objeto de venderse cree que en ese acto busca trabajo sin ser consciente de que él es la personificación del trabajo.[6] La venta es un acto temporal que dura 8, 10 o 12 horas al día, incluso más; pero también menos, cuatro o cinco horas, y esto último puede considerarse una desgracia. Por tanto es una venta relativa. En determinadas circunstancias puede elegir a qué patrón habrá de venderse; sin embargo, lo que en definitiva no puede elegir es no hacerlo, no venderse, pues la vida se le esfuma. Para el proletariado, la libertad de elección significa la posibilidad de reactualizar la condición de dependencia como sujeto vivo sin objeto.

[6] Enrique Dussel, *16 tesis de economía política. Interpretación filosófica*, México, Siglo XXI, 2014.

Mercantificación del cuerpo

En la irracionalidad de la moderna sociedad capitalista, los seres humanos son tratados como si fuesen mercancías, sin serlo y bajo el predominio de la forma salario, los sujetos terminan por ser cosificados. Devienen una especie de cosa a merced de los caprichos del mercado, puesta a la deriva, donde campean las abstractas leyes de la oferta y la demanda, que actúan como si fuesen leyes objetivas e implacables, pautas normativas de la socialidad burguesa. La vida humana es subsumida por la forma salario y tasada por un precio, en términos formales y reales. Entonces, como lo advirtiera Marx, el sujeto es animalizado, reducido a una *simple humanité*.[7]

El proletario se convierte en asalariado porque está obligado a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, a ofrecerse y cosificarse como una mercancía más en el mercado laboral. Pero es una falsa mercancía, pues nadie produce

[7] Karl Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Colihue, 2006.

Desde la Antigüedad el trabajador era considerado como «esclavo a tiempo parcial», pero con el advenimiento de la moderna sociedad capitalista, Marx actualiza los términos para referirse al trabajo asalariado como «moderno trabajo esclavo».

fuerza de trabajo para venderla, inserta en un mercado laboral que técnicamente no existe.

Al vender su fuerza de trabajo el sujeto está *mercantificando* su cuerpo y sus capacidades individuales. La fuerza de trabajo que porta consigo el proletariado, su única posesión real que ofrenda al mercado, no es abstracta sino concreta, está adherida a la corporalidad viviente. Pero no vende su trabajo, que es consustancial al cuerpo, sino que vende la fuerza de trabajo, es decir, la capacidad de desplegar una actividad *praxiológica* dentro de un modo sociotécnico de producción, por esa razón no puede ofrecerla en el mercado sin también ofrecerse él mismo. Es un acto ajeno a su propia voluntad. En síntesis: cuando el sujeto acude al mercado para vender su fuerza de trabajo significa que va a venderse a sí mismo, así sea de forma relativa, como «esclavo a tiempo parcial».

Posmodernismo desbocado

Desde distintas opciones ideológicas, el concepto axial de clases sociales ha sido objetado bajo la idea de que la clase trabajadora, si acaso habría existido, se ha difuminado una vez que se ha desmoronado la base constitutiva industrial y la pulsión de la productividad fordista.[8]

La sentencia de que el proletariado industrial había dejado de existir o estaba en vías de extinción es convalidada desde diferentes posiciones e intencionalidades políticas.[9] A este veredicto se han sumado filósofos procedentes de diversas posturas del espectro político, desde los críticos izquierdistas de la ortodoxia marxista,[10] pasando por exmarxistas y posmodernos conversos,[11] hasta los teóricos conservadores de la derecha.[12]

El punto de inflexión fue el advenimiento de la «sociedad postindustrial» derivada de la superación del modelo de producción fordista propio de la producción industrial en línea y el consecuente cambio estructural en la sociedad moderna.[13] Entonces se decreta el término del paradigma productivo, que denotaba la extinción del marxismo, y a cuyo mentor se le atribuía una suerte de idolatría por la producción, para suplirlo con el paradigma de la comunicación. La cuestión del trabajo cae en el olvido y se entroniza el análisis del discurso.[14]

En dicho veredicto, el proletariado se habría reducido a su mínima expresión y confinado en los reductos de las supervivientes fábricas comparado a una desbordante masa de trabajadores ocupados en los servicios donde no se reconocen como proletarios, sino como «clases medias», pues el salario se metamorfosea en un simple ingreso y se entregan a las proclamas seductoras de la «sociedad de consumo». Con la «desmaterialización de la economía», la sociedad se basa en los «servicios» y el proletariado industrial ya no tiene cabida.

Relativismo cultural

Con el advenimiento de la sociedad del conocimiento y la sociedad del consumo, ya no la

[8] Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004; Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998; Richard Sennett, *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama, 2006.

[9] Enrique de la Garza, *Hacia un concepto ampliado del trabajo. Del concepto clásico al no clásico*, México, Anthropos, 2010.

[10] André Gorz, *Adiós al proletariado. Más allá del socialismo*, Barcelona, El Viejo Topo, 1981; Antonio Negri y Michael Hardt, *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002; John Holloway, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Herramienta Ediciones/Universidad Autónoma de Puebla, 2002.

[11] Jean Baudrillard, *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Madrid, Siglo XXI, 2009; Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1987; Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets, 2010; Agnes Heller, *Políticas de la posmodernidad*, Barcelona, Península, 1989.

[12] Daniel Bell, *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Madrid, Alianza, 1976; Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre*, Madrid, Alianza, 2015.

[13] Daniel Bell, *op. cit.*

[14] Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1981.

sociedad mercantil ni la sociedad de la explotación, se arribaba al «fin de las ideologías»,[15] el «fin de las grandes narrativas»[16] y el «fin de la historia».[17] Algunos autores que otrora cuestionaban acerbamente al capitalismo ahora proponen nociones imprecisas, como la «multitud»,[18] que pretenden ejercer un papel sustituto de categorías con mayor potencial crítico.

El ambiente posmoderno desbocado reniega de las clases sociales y sus luchas de transformación social, para entronizar el relativismo cultural que concede mayor reconocimiento a la diversidad de las singularidades y reivindica las identidades, diferencias y especificidades culturales. Con el dictamen sumario acerca de la supuesta pérdida de centralidad de la clase trabajadora, en el capitalismo tardío se adujo que no había más clase obrera sino en todo caso una suerte de «no clase de los no trabajadores», lo cual en definitiva implicaba decir «adiós al proletariado».[19] Fin de la historia.

En ese sentido, el profuso relativismo cultural deniega las clases trabajadoras explotadas y en su lugar se solaza desmenuzando a una masa informe de conjuntos humanos, la «multitud», en variopintas representaciones fragmentarias, según referentes étnicos (mayas, quichés, aymaras, afros, mapuches, mijes, tojolabales), preferencias sexuales (lesbianas, transexuales, heterosexuales, bisexuales, homosexuales), condición de género (mujeres, madres solteras), tribus urbanas (cholos, emos, punks, sanjuditas, urbanitas, chairos), grupos lingüísticos (latinos, mixes, huicholes), grupos etarios (niños, jóvenes, adultos mayores, ninis, *millennials*), marginados (vagabundos, criminales, locos), bohemios (artistas, músicos, poetas), entre otros. A lo sumo, la que era sociedad de clases se reduce a una mezcla social de identidades fragmentarias.

[15] Daniel Bell, *El fin de las ideologías*, Madrid, Tecnos, 1964.
[16] Jean-François Lyotard, *op. cit.*
[17] Francis, Fukuyama, *op. cit.*
[18] Antonio Negri y Michael Hardt, *op. cit.*
[19] André Gorz, *op. cit.*

Con la exaltación de los estudios culturales posmodernos se pretende borrar la crítica de la economía política y resaltar como rasgos distintivos de la sociedad la diversidad de lenguas, las identidades, las diferencias de género y los orígenes étnicos, el hecho de que algunos segmentos estén inmersos en actividades productivas o excluidos de ellas se considera un aspecto secundario o irrelevante. En descargo de una clase obrera homogénea, en la actualidad existe —quizá siempre lo ha habido— una masa de singularidades irreductible al «esquema reduccionista» del proletariado.

Estereotipos de clase

Las principales clases sociales antagónicas de la sociedad moderna, la burguesía y el proletariado, a menudo suelen ser caricaturizadas por los caricaturistas de la prensa y la opinión pública. En la cúspide de la pirámide social, la burguesía suele ser dibujada con un cuerpo adiposo en forma de cerdo que asoma la cola enroscada, ataviado con traje de frac negro, sombrero de bombín, ostentando joyas y billetes desbordantes, puro en la mano y una copa de *whisky* o coñac en la otra.

El proletariado también ha sido caricaturizado. En ocasiones se le rinde pleitesía cuando el obrero aparece representado con un cuerpo robusto forjado por la extenuante jornada laboral, enfundado en su overol, botas y casco, impregnado de aceite y sudor, que contempla el horizonte con mirada adusta. Además, la ondeante bandera roja comunista retoma las herramientas de trabajo, la hoz y el martillo para simbolizar la unción entre obreros y campesinos. Aunque de igual modo se elaboran caricaturas de un personaje famélico, pedigüeño, menesteroso, que lleva a cuestas el peso de la vida y arrastra su pobreza.

Ahora, las revistas frívolas, llamadas del corazón, vindican cínicamente la riqueza, que antes se ocultaba, y la muestran con descaro en

señal de triunfo, como la viva imagen del éxito. La revista *Forbes* publica cada año la lista de los que considera los hombres más ricos del mundo. En contraste, los movimientos de indignados han popularizado la fórmula del 1 por ciento para referirse a los más ricos del mundo, una plutocracia acerba que no tiene límites.

Además de la disolución teórica del proletariado a manos de posmodernos y neoliberales que niegan su existencia, los medios de comunicación, en realidad de condicionamiento de masas, se ocupan febrilmente de estigmatizar al proletariado realmente existente. Las industrias culturales dominadas por las oligarquías utilizan sus canales de entretenimiento e información, sustentados en programación pueril, para denostar la imagen pública del proletariado, a la vez que rinden pleitesía a la ostentación de riqueza de los potentados. El proletariado se encuentra actualmente «demonizado».[20] La pobreza de los proletarios es vapuleada y los jóvenes pobres reciben toda suerte de epítetos: *chavs, cañis, chuntaros*, prole. A su vez, los burócratas y empleados de empresas públicas y privadas son señalados como los *godínez*, personajes hundidos en la más completa mediocridad, cuya cotidianidad gira en torno a los ciclos quincenales.

Clasemediero

La ideología de la «clase media» ha permeado con fuerza, según la cual el nivel de ingresos —no el salario— y los estudios universitarios son los factores que ubican a una gran franja de la población en un estatus social preferente dentro de la sociedad de consumo o la sociedad del conocimiento, un estatus diferente al de los simples obreros, que ocupan los peldaños inferiores al recibir bajos ingresos y no disponer de preparación académica relevante.

[20] Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

Por lo visto, los esclavos modernos no se asumen como tales, de hecho se mofan de otros a quienes estigmatizan como «prole». No se consideran, en modo alguno, explotados; eso parecería ser cosa del pasado. Para justificarse anteponen su nivel educativo, el título académico, la profesión y el hecho de no trabajar en una fábrica sino, por ejemplo, en una oficina; además de poseer casa (pagada con un oneroso crédito hipotecario por el resto de la vida); disponer de automóvil (pagado a meses sin intereses); contar con servicio de internet y televisión por cable en casa y usar continuamente artefactos digitales como el teléfono celular; amén de asumir hábitos consumistas como ir de *shopping* a los centros comerciales e ir al cine, viajar como turistas en días de «puente» o en vacaciones; incluso vestir de traje y corbata, no usar más que ropa de «marca» o ser *fashion*.[21]

En la denominada «sociedad del conocimiento» las apariencias engañan, de tal suerte que quienes se presentan ataviados con traje y corbata —no con overol industrial—, no estarían sujetos a la explotación laboral; si acaso venden algo es su conocimiento y cobran según su formación educativa, no valen por lo que hacen —como los trabajadores manuales— sino por lo que saben.

Esta ideología se encuentra plagada de prejuicios, por una parte rechazan la pertenencia a una clase social, la de los explotados, y desprecian a quienes consideran inferiores, los trabajadores; y por otra parte anhelan ascender a las esferas de las elites potentadas, a quienes en cambio idolatran.

Desposesión

Más allá de la multitud de singularidades que derivaría en la presunta disolución del proletariado, como sostiene el posmodernismo

[21] Alejandro González, «El silencio de los proletarios. La mistificación del salario y la esclavitud capitalista», *Memoria*, núm. 256, 2015.

desbocado, la cuestión de fondo es el modo en que viven los sujetos, la forma en que acceden a las condiciones materiales necesarias para subsistir y reactualizar su singularidad desde donde brota la pluralidad. El problema entonces es dilucidar si estos individuos singulares, los conjuntos familiares, las comunidades y los pueblos acaso son dueños o no de los medios de producción que posibilitan la reproducción material y espiritual de los individuos y las colectividades.

Con lo anterior no se pretende afirmar que está en cuestión la propiedad privada en general, como plantearía el «comunismo tosco», que con la pretendida abolición de la propiedad privada y la *comunitarización* de todo estaría generalizando la propiedad colectiva y pervirtiendo las relaciones sociales.[22] El punto crítico es la propiedad privada de los medios de producción, por ejemplo una empresa privada que garantiza el acceso a la riqueza social de manera plena y permanente, a quienes forman parte de la elite que detenta la riqueza, o si por lo contrario tienen que verse compelidos a venderse en el mercado laboral por un salario, con el que «compran cosas», en el sacrosanto mercado, que les permitirán sobrevivir por un lapso breve, por ejemplo la próxima quincena.

El proletariado es una subjetividad sin sustancia, un sujeto sin objeto, por tanto es una gran masa de desposeídos, un sujeto colectivo separado, escindido, de su objeto social, que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario para obtener aquello que la cultura moderna los instiga a adquirir compulsivamente.[23]

La condición de trabajador asalariado deviene de ser proletario. En tanto que para ser asalariado previamente hay que ser proletario, lo opuesto no sucede. Existen proletarios no asalariados, dado que no han accedido a un empleo donde recibir un salario, por lo cual forman el «ejército industrial de reserva», según Marx,[24] aunque los economistas convencionales se referirán a ellos como desempleados, sin soslayar que puede tratarse de personas que no venden su fuerza de trabajo por razones de edad o incapacidad.

[22] Adolfo Sánchez Vázquez, *El joven Marx. Los manuscritos de 1844*, México, Ítaca, 2003.

[23] Slavoj Zizek, *Permanencia de lo negativo*, Buenos Aires, Ediciones Godot, 2016.

[24] Karl Marx, *El capital*...

El proletariado es una subjetividad sin sustancia, un sujeto sin objeto, por tanto es una gran masa de desposeídos, un sujeto colectivo separado, escindido, de su objeto social, que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario para obtener las cosas que la cultura moderna le impele a adquirir compulsivamente.

Entonces, para ser asalariado, previamente hay que ser proletario. La condición de proletario deviene de ser desposeído, estar despojado del objeto, y se convierte en asalariado porque se le coacciona a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario que a la postre le posibilitará obtener las cosas, las mercancías, que le permitirán sobrevivir y sentirse parte del mundo de las mercancías. En todo caso, el proletario es un sujeto despojado que no posee los objetos para producir las condiciones materiales, objetivas y subjetivas, para reproducir su vida en forma autónoma y permanente, de ahí que se torne un sujeto despojado, pobre y necesitado.

Alienación

Para el capitalismo, no sólo es crucial la producción, lo es también la reproducción, razón por la cual al despojo y explotación se suma el consumo y la ideología. La explotación productiva del trabajador, esto es, que se extraiga determinada dosis de plusvalor al trabajo vivo, no lo convierte de por sí en proletario o asalariado sino que previamente es necesario que haya sido desprovisto de medios propios de producción y subsistencia, para proletarizarlos. En adición, una vez inmerso en el mercado laboral tendrá que continuar ofrendando su tiempo y hábitos a fin de hacer posible la reproducción del sistema mediante el consumo, la cultura y la ideología.

En el capitalismo contemporáneo la fuerza de trabajo, el valor de uso de los asalariados, se consume de las más diversas e inauditas formas en tanto se transforman las actividades de la producción y la circulación: la producción industrial es mejorada técnicamente con la automatización y la robotización, además de la división internacional del trabajo y la deslocalización (maquiladoras, minería, agronegocios); los servicios se expanden en bancos, tiendas de conveniencia, cafeterías, restaurantes, hoteles, gastronomía, aviación, *call center*, docencia, policía, militar, etcétera.

Durante la jornada laboral, el trabajador no es dueño de su tiempo, le pertenece al capitalista. No puede hacer lo que le plazca, pues ha vendido su tiempo, energía y corporalidad, y está obligado a obedecer las órdenes de aquel que al ostentar el poder del dinero lo ha comprado temporalmente. Aunque la jerga convencional dirá que lo ha «contratado» o, mejor aún, «empleado».

Después de ser explotado, de que la fuerza de trabajo sea usada para crear plusvalor, incluso en grado superlativo, es decir, superexplotado,[25] se aviene el problema de ser subsumido en las formas de reproducción social, donde interviene la esfera del consumo, la cultura, la ideología y la vida cotidiana.[26]

Apenas concluya ese tiempo, el trabajador podrá experimentar la sensación de ser dueño de sí mismo de nueva cuenta, aunque sólo sea para reponerse del desgaste sufrido durante la jornada laboral para estar en condiciones de ser despellejado, exprimido, cuando el nuevo día le anuncie su verdadera condición.

Habitualmente, durante el «tiempo libre» el trabajador dedicará considerables bloques de tiempo simplemente para trasladarse de su casa al lugar de trabajo, salvo que ese lugar sea su mismo hogar, y otro tanto para el descanso, sin embargo en esos periodos no podrá escapar a la lógica del capital, estará subsumido a ella como consumidor.[27] La ecuación se complementa con la igualdad entre descanso y consumo, entre tiempo libre y tiempo de comprar. Incluso el propio acto de comprar es delegado al comprador, quien tiene que invertir parte de su tiempo

[25] Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1973.

[26] Humberto Márquez Covarrubias, «Apogeo del capitalismo corporativo y dominación de los mundos de vida», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 3, núm. 5, 2014.

[27] Robert Kurz, «La expropiación del tiempo», *La Haine*, 27 de diciembre de 2012, https://www.lahaine.org/est_espanol.php/la-expropiacion-del-tiempo; Renán Vega, «La expropiación del tiempo en el capitalismo actual», *Herramienta*, núm. 51, 2012.

para hacer sus compras, en descargo de empleados despedidos. De modo que la subsunción del trabajo por el capital se complementa con la subsunción del consumo y de las actividades de reproducción social en general.

Entretelones salariales

En la economía mundial, el desarrollo desigual y las relaciones de poder entre Estados nacionales interfieren en la prevalencia de grandes diferenciales salariales que segrega a vastas regiones del mundo y, en particular, a las clases trabajadoras. Pero la existencia de los diferenciales salariales no altera el fundamento de la condición proletaria en el seno de una sociedad mercantil. En el mundo del trabajo la existencia de diversos niveles salariales no disuelve el asunto, pero mistifica la conciencia de clase, pues se asume que el mercado gratifica de manera diferenciada el «precio de la fuerza de trabajo» según su preparación, calificación o prestigio.

Más bien prevalece una desproporcionalidad en la distribución social del valor que se verifica por una desigualdad notoria entre el esfuerzo laboral y su retribución; por ejemplo, entre quien se vende a 2 mil pesos o más por una hora y quien se vende a 7.30 pesos o menos por hora. En la práctica, algunos se llevan mucho más de lo que aportan: la elite de la clase política, los futbolistas encumbrados, los cantantes de moda o los gerentes de grandes empresas se embolsan cantidades estratosféricas. En contraste, los jornaleros agrícolas, los operarios de maquiladoras o los despachadores de tiendas de conveniencia reciben míseros salarios de hambre.

Entonces, la cuestión de fondo no puede solucionarse con el alza de los salarios nominales, incluso un incremento que compensara la inflación anual de los precios de la canasta básica o uno mayor que pretenda revertir la pérdida acumulada del poder adquisitivo. Aun así, bajo el capitalismo, y más dentro de su caparazón neoliberal, estas medidas compensatorias no son concesiones de los organismos patronales ni los gobiernos de turno, si acaso pudieran lograrse sería merced a la lucha organizada de los trabajadores mediante sindicatos, movimientos sociales y partidos políticos afines a los intereses populares (en todo caso esa política no resuelve el problema de raíz).

La lucha sindical desplegada en huelgas, paros o marchas reivindica mejores condiciones de trabajo, en particular el salario y las prestaciones; no obstante, son estrategias de lucha que a la postre concitan formas de inclusión dentro de la trama de la explotación en condiciones quizá algo menos oprobiosas, para lo cual tendrán que entablar negociaciones con el Estado y los patrones sin pretender abolir las relaciones de dominación y explotación subyacentes.

Paradójicamente, en la moderna sociedad capitalista existe algo peor que ser un trabajador mal pagado: no serlo, estar «desempleado». Para la mayoría de los asalariados, «tener un trabajo» donde ser explotados, a expensas de cómo lo hagan, resulta una suerte de «bendición», por lo que en lugar de cuestionar la situación, más valdría «dar las gracias al Señor». En contraste, otros segmentos laborales manifiestan regocijo por estar insertos en el sistema de explotación en virtud de que su precio de asalariado está por encima del promedio y se identifican como parte de la «clase media alta», recreando el llamado «proletariado burgués»[28] o la «aristocracia obrera»,[29] la cual se encuentra en vías de extinción en el capitalismo neoliberal. En el primer caso la consigna de los desempleados parecería ser «¡queremos ser explotados!»; la de los asalariados, «¡queremos ser un poco menos explotados!»; y la de los clasemedieros resulta patética porque rememoran a ciertos esclavos negros

[28] Friedrich Engels, «*Carta de Engels a Marx del 7 de octubre de 1858*», *Correspondencia*, Buenos Aires, Cártago, 1987.
[29] Vladimir Lenin, *Imperialismo. Fase superior del capitalismo*, México, Quinto Sol, 2009.

orgullosos porque su amo pagó por ellos un precio más alto que por los demás.

La diferenciación salarial propicia divisiones dentro del proletariado y redunda en luchas intestinas acicateadas por la competencia capitalista y el *ethos realista.*[30] Quienes se consideran «mejor pagados» (explotados) consideran como sus principales enemigos a los «peor pagados» (superexplotados), pero ambos segmentos consideran como sus adversarios a los desempleados (ejército industrial de reserva) que simplemente no han podido realizar su fuerza de trabajo como mercancía, como *capital variable*, en el sentido de Marx, bajo el yugo de ningún capitalista, ni siquiera pueden ser asalariados.

Un ejemplo preclaro de la mistificación es el salario de los migrantes convertido en «remesas» que adquieren un poder de compra acrecentado por el tipo de cambio asimétrico, que genera la falsa ilusión de un salario excedente, cuando en realidad se trata de un pseudosobresalario.[31]

La burguesía suele ser dibujada con un cuerpo adiposo en forma de cerdo que asoma la cola enroscada, ataviado con traje de frac negro, sombrero de bombín, ostentando joyas y billetes desbordantes, puro en la mano y una copa de ***whisky*** o coñac en la otra.

[30] Bolívar Echeverría, *Modernidad, mestizaje cultural, ethos barroco*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

El patrimonio de los desposeídos

Contra todo pronóstico, en la moderna sociedad capitalista la noción de desposesión que define la condición violenta de separación de los medios de existencia y el hurto sobre los trabajadores en la producción, descritos por Marx como acumulación originaria y explotación,[32] se pone a prueba en la moderna sociedad capitalista cuando grandes segmentos de proletarios y de asalariados precarizados son insertados a la dinámica del capitalismo a través del espejismo del consumismo basado en la «servidumbre por deudas», de forma que consiguen tres grandes objetivos: *a)* la «inclusión de los excluidos», *b)* la activación de la demanda efectiva de consumidores de bajos ingresos, *c)* la aparente disolvencia de la desposesión mediante la posesión de cosas.

El sistema de consumo capitalista incentiva la posesión desmesurada de cosas que satisfacen necesidades básicas y suntuarias. El poseer casa, automóvil y aparatos electrónicos, forma parte de la ideología dominante y de la mistificación de la desposesión, porque entonces parecería que se vive en la abundancia. Dentro del imaginario posesivo el estatus social se define no por el trabajo sino según las cosas que se poseen. De modo que más que para sobrevivir o para que las cosas permitan vivir, pareciera que los proletarios consumistas viven para tener más y más cosas, conforme al llamado del *american way of life*.

[31] Humberto Márquez Covarrubias, «México en vilo: desmantelamiento de la soberanía laboral y dependencia de las remesas», *Papeles de población*, vol. 14, núm. 58, 2008.
[32] Karl Marx, *El capital*...

Para su desgracia, más allá de los bienes ostentosos que pudieran llegar a formar su patrimonio, el proletario asalariado continúa siendo una subjetividad sin sustancia, un sujeto sin objeto, en una palabra, un ser desposeído y separado de las condiciones materiales de existencia que le permitan producir de forma autónoma y continuada el cúmulo de cosas que adquiere en el mercado, así como vivir e insertarse en la esfera de la cultura mercantil.

Atrás de la aparente prosperidad de las familias que acumulan cosas, gran parte de esas posesiones pudieran resultar superfluas; en todo caso son adquiridas compulsivamente bajo la pulsión del fetichismo de la mercancía que estimula el consumismo mediado por la mercadotecnia por encima de las necesidades y más allá de las capacidades.

Inclusión social por el consumo

Con la intención de rescatar a la sociedad mercantil capitalista, empantanada por la insolvencia de los trabajadores mal pagados y la mayoría de la población pobre —que no puede erigir una demanda efectiva y se encuentra inmersa en una crisis de realización— el neoliberalismo engendró una estrategia, ni siquiera imaginada por el keynesianismo, para abrir canales de inclusión a los excluidos mediante la inyección de créditos onerosos para el consumo. Con ello se reactivaría la alicaída demanda y se lograría el doble efecto de activar a la «sociedad de consumo» y generar el espejismo de inclusión en una sociedad que sin embargo mantiene una férrea política de comprensión de los «salarios reales» y la derogación de los derechos sociales y laborales ganados por luchas sociales pretéritas.

Como efecto compensatorio del prolongado deterioro del «salario real», es decir, el descenso progresivo de la capacidad de compra de satisfactores, amén de ser explotada, la población trabajadora es sometida a un régimen de «servidumbre por deuda»; esto es, un consumo a crédito que tendrá entre otras expresiones la sujeción a leyes hipotecarias injustas para subvenir costes de vivienda disparatados —casas paupérrimas a precios de oro— y en este movimiento quedará bajo la férula de acreedores, gestores de dinero y banqueros privados nacionales y extranjeros.

La inclusión en la sociedad de consumo mistifica el régimen de explotación y la forma salario debido a que el conjunto de bienes que se adquieren por el crédito van conformando el patrimonio de los trabajadores que diluyen la sensación de desposesión, incentivan el estímulo propietario, pero los atrapa en sutiles redes de sujeción crediticia a perpetuidad. Accederán a una vivienda que por más modesta que sea deberán pagar durante el resto de sus días, con el riesgo de que al terminar de pagarla, si no es que antes, se habrá derrumbado; adquirirán un vehículo de corta vida útil para embotellarse en el tráfago de la vialidad urbana; la compra de teléfonos celulares crea la sensación de integración a la tecnología y la formación de «redes sociales» digitales; una plétora de aparatos electrónicos (televisores, computadoras), servicios (internet, televisión de paga) y la expectativa de viajar y gozar de entretenimientos diversos, además los bienes básicos como vestido, calzado, se adquirirán a crédito.

La vía del consumismo abierta mediante la «servidumbre por deudas» significa otra forma encubierta de dominación dentro de la forma de esclavitud moderna. En términos macroeconómicos es una salida para la realización mercantil mediante la demanda efectiva artificial en condiciones de desplome del salario general, a la vez que simula que la vía de inclusión social es consumir más.

Expansión del proletariado

En desmedro de la tesis que promulga apresuradamente la desaparición del proletariado con

la culminación del fordismo, el derrumbe del «socialismo real» y el advenimiento de una «sociedad posindustrial», la economía mundial capitalista, lejos de decirle adiós, despliega una expansión sin precedentes del proletariado sobre el conjunto de la humanidad y en todos los confines de la economía mundial.[33]

La mayor parte de la población mundial en el capitalismo contemporáneo es asalariada y, más aún, proletaria. En otras palabras, tiene la necesidad de acudir al mercado laboral y vender su fuerza de trabajo por un salario, con el cual podrá adquirir medios de vida en el mercado para sobrevivir por unos días, al menos para sobrellevarla hasta el siguiente pago quincenal. A sabiendas de que el capitalismo es indiscutiblemente el orden social dominante y generalizado despliega diversas formas de explotación que capturan a los trabajadores no asalariados, que al final de cuentas adquieren medios de producción y consumo en los mercados normalizados por la lógica inmanente del capital.[34]

Sin fronteras

En la medida en que el capital global rompe las fronteras de los Estados nación se configura un proletariado mundial a su disposición, que todavía tiene restricciones para la libre movilidad y observa grandes diferenciales salariales.[35] Esto lo aprovecha a plenitud el capital bajo las formas de extractivismo, maquiladora, agroexportación, que se desplaza hacia los grandes reservorios de trabajo barato donde no encuentra mayores restricciones para una libre explotación. A su vez, el capital financiero se apropia de grandes excedentes acumulados por el valor social bajo la modalidad de intereses de deuda pública, privada y familiar, por lo que termina siendo uno de los grandes explotadores del sistema por vía indirecta.

A la gran diferenciación social emanada de las diversas formas de explotación directa e indirecta que recalan en una multiplicidad de segmentos laborales dispersos se suma la variedad de singularidades constitutivas de los sujetos acordes a la mixtura multiétnica (indígena, mestizo, anglosajón, negro, árabe), multilingüístico (lenguas occidentales y de los pueblos originarios), heterogeneidad sexual (heterosexual, homosexual). Lo anterior exhibe una compleja mixtura social que tendría que ser indagada a profundidad por la crítica de la economía política y los estudios críticos de la cultura.

En el presente, la masa desbordante del proletariado internacional se multiplica con la incorporación del exbloque soviético, China e India a la trama del capitalismo internacional, razón por la que las grandes corporaciones tienen a su disposición un vasto ejército laboral que sobresale por su desorganización, precarización y desvalorización. En los países sometidos a los programas neoliberales se han implementado severos programas de ajuste y reformas laborales en contra de los intereses sindicales, políticos y salariales de los trabajadores. Como parte de la normalidad neoliberal ahora emergen grupos de trabajadores completamente precarizados.[36]

Un dato sintomático de la expansión del proletariado, que a la par es una síntesis de la actual crisis civilizatoria, es la persistencia y el acrecentamiento de las migraciones dentro de los Estados nacionales y entre ellos por causas como el despojo, la violencia y la miseria. Se trata de una migración forzada del proletariado

[33] Michel Husson, «La formación de una clase obrera mundial», *A Través del Espejo*, núm. 1, 2015.

[34] Armando Bartra, *Hacia un marxismo mundano. La clave está en los bordes*, México, Ítaca, 2016.

[35] Humberto Márquez Covarrubias y Raúl Delgado Wise, «Signos vitales del capitalismo neoliberal: imperialismo, crisis y transformación social», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 1, núm. 1, 2011; Raúl Delgado Wise y David Martin, «La economía política del arbitraje laboral global», *Problemas del Desarrollo*, vol. 46, núm. 183, 2015.

[36] Guy Standing, *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona, Pasado & Presente, 2011; Adrián Sotelo, *El precariado: ¿nueva clase social?*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2015.

internacional, que ya había sido explorada en el capitalismo industrial clásico de Inglaterra,[37] pero que en este momento cobra auge en el capitalismo neoliberal.[38] El proletariado nómada es el signo más conspicuo de la crisis humanitaria que entraña la barbarie capitalista.

Involución ortodoxa y horizonte libertario

Ha sido un aspecto controversial la formación del proletariado como sujeto histórico que habrá de transformar el capitalismo para convertirlo en otra sociedad, socialista o comunista. El marxismo tradicional únicamente consideraba la existencia de un solo tipo de proletariado, el industrial, que era explotado en la línea de producción de la fábrica y producía plusvalor. Para ciertas visiones marxistas, el proletariado entraña un «orgullo de clase», un fuerte sentido de pertenencia, que se adhiere a la visión progresista sobre el desarrollo de las fuerza productivas. En el marxismo prevaleció un «orgullo proletario», pues se consideraba que dicha clase era la «elegida», la sepulturera del capitalismo. Esta clase producía la riqueza de la sociedad y mantenía a la burguesía. La presunción revolucionaria descansaba en la idea de que el proletariado consciente y organizado en un partido obrero sería dirigido por una vanguardia para derrocar el dominio del capital e instaurar un Estado obrero, la denominada dictadura del proletariado.

Esta intención revolucionaria ha estado anidada en los tratados y manifiestos políticos marxistas. Sin embargo, la experiencia catastrófica del socialismo realmente existente[39] y el triunfo del capitalismo neoliberal, dieron al traste con cualquier intento para proclamar una nueva sociedad. Lo cual no quiere decir, sin embargo, que se hayan agotado las esperanzas populares del cambio social; es imprescindible que no se repitan los experimentos fracasados o contrahechos. El final del siglo XX y lo que va del presente ha sido escenario de grandes movilizaciones sociales en el planeta, sobre todo en los países subdesarrollados que buscan formas de autonomía, gobiernos populares y formas de *socialidad* alternativas.

Las luchas anticapitalistas son múltiples y variadas: movimientos, sindicatos y partidos. Unos buscan negociar mejores formas de inclusión dentro del sistema del gran dinero (salarios, horarios, condiciones de vida y trabajo), sin necesariamente pretender derrocar al sistema. Otros avizoran cambios sociales, proyectos utópicos, políticas de lo imposible. Entre las luchas antisistémicas se encuentran etapas intermedias, como la desmercantilización del trabajo, que incluye ideas como la redistribución social del ingreso, por ejemplo mediante las rentas (Estados progresistas, renta universal). Con todo, el ideal de emancipación humana sigue vigente y no puede ser ajeno a los trabajadores y las clases populares.

[37] Karl Marx y Friedrich Engels, *Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1979.
[38] Humberto Márquez Covarrubias, «Desarrollo y migración: una lectura desde la economía política crítica», *Migración y Desarrollo*, núm. 14, 2010.
[39] Adolfo Sánchez, *El valor del socialismo*, México, Ítaca, 2000.

Das Kapital

GUSTAVO **MELAZZI***

El compromiso político con los trabajadores es un principio ético irrenunciable en *El capital*. Pese a una vida inmersa en la pobreza familiar, el trabajo intelectual y el activismo político de Marx le permitieron realizar una investigación a fondo del capitalismo, que culminó en la publicación del libro primero en 1867. A la fecha, no existe mejor explicación del funcionamiento del sistema capitalista, aunque no todo se encuentra contenido en él. El sistema mundial capitalista está en constante cambio, por lo que los fenómenos económicos adquieren gran complejidad y diversidad. Sin embargo, las categorías básicas, el método de análisis y las tendencias del sistema se mantienen, de manera que *El capital* continúa vigente en varios planos y niveles.

Hace 150 años, en septiembre de 1867, en Hamburgo, se publicó el primer tomo de la obra cumbre de Carlos Marx.

Feroces campañas en su contra y mentiras, miles de veces lo dieron por equivocado y anticuado.[1] Durante las últimas décadas, ante sus imbatibles argumentos, se opta por la «conspiración del silencio». Es también la cultura del sometimiento, vía la soberbia, la ignorancia y el ninguneo. Pero el segundo libro más vendido en la historia mantiene vigencia. Es lógico. Ninguno como *El capital* descubre y muestra los procesos sociales por los cuales el capitalismo funciona con base en la explotación del trabajo; y allí eso queda al desnudo. Los trabajadores del mundo tienen a su disposición las razones y formas en que eso sucede.

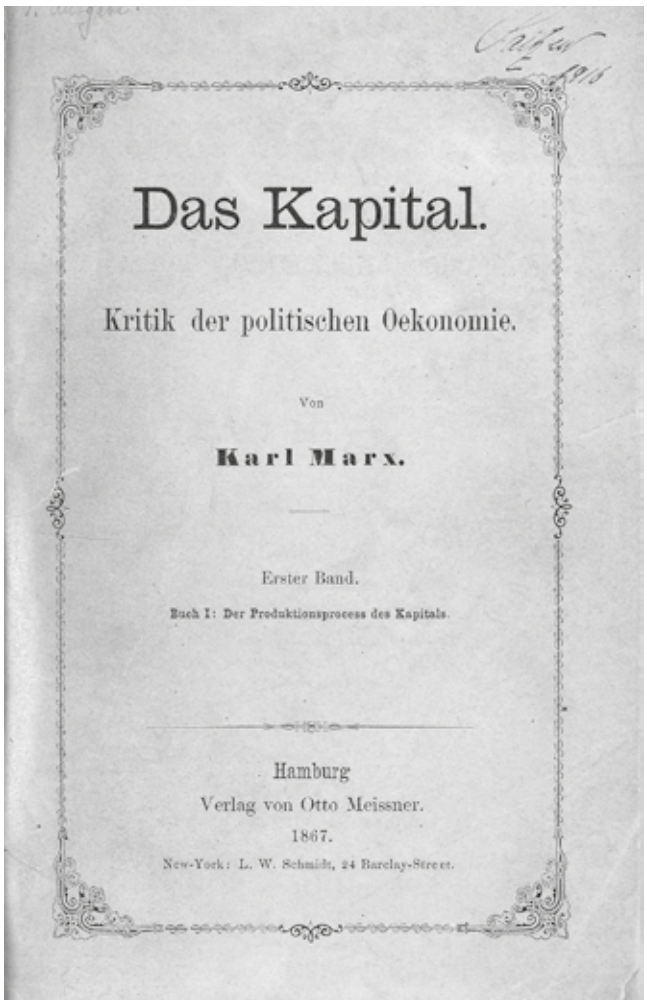
Cuando cae el Muro de Berlín e implosiona la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se hace a Marx responsable. Nada más falso, como si de la explicación de cómo funciona el capitalismo se derivaran regímenes políticos. Pese al transitorio optimismo generado entre los capitalistas, el ataque frontal del neoliberalismo contra el *Welfare State* europeo y la posterior crisis iniciada en 2007, aún sin vías de solución (y tampoco de explicación), ponen las cosas en su lugar. Aunque los capitalistas no lo sepan (y tampoco sus economistas), Marx tiene un aliado clave: el propio capitalismo. Frente a la falsa visión de que los asuntos económicos se resuelven aleatoriamente, según decisiones individuales en los mercados, las tendencias que Marx demuestra pesan. Se aplica aquí la frase del literato Alfred Döblin de 1918: «Impertérrito, el destino aguantaba el timón».[2]

El propio capitalismo, con su tendencia a la desigualdad, a la pobreza (pese a increíbles

* Miembro de la Red de Economistas de Izquierda del Uruguay

[1] Agradezco los comentarios de Oscar Mañán.

[2] Alfred Döblin, *Burgueses y soldados*, Argentina, Edhasa, 2011, p. 284.



Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

Von

Karl Marx.

Erster Band.

Buch I: Der Produktionsprocess des Kapitals.

Hamburg
Verlag von Otto Meissner.
1867.

New-York: L. W. Schmidt, 24 Barclay-Street.

Ninguno como *El capital* descubre y muestra los procesos sociales por los cuales el capitalismo funciona con base en la explotación del trabajo.

aumentos de productividad que permitirían una vida decorosa a todos en el mundo), a ciclos de auge y depresión y crisis, y a expandirse mundialmente, verifica las conclusiones de *El capital*. La promesa de un mundo de bienestar para todos a partir del libre desarrollo del capitalismo está hecha pedazos. Si agregamos la debacle ambiental planetaria en que nos está sumiendo el producir para la ganancia, queda clara la barbarie del sistema.

El origen de *El capital* tiene un principio ético: el compromiso con los trabajadores. La participación de Marx en movilizaciones, publicaciones, organizaciones de trabajadores, etcétera, y no obstante a una vida difícil enmarcada en la pobreza, lo llevaron a investigar a fondo el capitalismo, ello culminó en la publicación de 1867 (supervisada por el mismo Marx), dejando cuadernos, apuntes, que Engels ordenó en los tomos II y III de la obra, años después de su muerte.

No existe mejor explicación del funcionamiento del sistema capitalista. No por ello debe pensarse que allí «ya está todo». La diversidad y complejidad de un sistema mundial modifica constantemente las formas y manifestaciones de los fenómenos económicos, pero las categorías básicas, el método de análisis y las tendencias del sistema se mantienen.

Los siguientes temas resaltan la vigencia de *El capital*. Es usual, incluso en la academia, acusar a la economía política de «ideológica». ¡Por supuesto que lo es! Pero en ciencias sociales *todas* las concepciones lo son. No existe la tan mentada «neutralidad»: desde la elección

del objeto de estudio, el método, las categorías, etcétera, la ideología ya está involucrada.[3]

Uno de los eslóganes más comunes de la teoría económica neoclásica es la «defensa de la competencia» (incluso forma parte de ingenuas propuestas progresistas). Pero es evidente que pocas y grandes empresas controlan los mercados. La competencia conduce necesariamente a la concentración del capital. Progresivamente, este proceso trasciende fronteras («mundialización», le llamaba Marx), y explica entonces las actuales empresas transnacionales.

Es usual que casi todo lo que ocurre se atribuya a «la globalización», ese fenómeno en apariencia nuevo. Pero, al analizarlo en su proceso histórico (económico y político), es exactamente el proceso anterior. Acelerado, en efecto, por las innovaciones en las comunicaciones y el transporte, y respaldado por los países dominantes. Hace veinte años un célebre economista canadiense lo esclarecía: «La globalización no es un concepto serio. Nosotros, los norteamericanos, lo inventamos para ocultar nuestra política de penetración económica en el exterior».[4]

Se nos adoctrina en que «el mercado regula» y su libre funcionamiento garantiza la paz social y la democracia. Pura ilusión ideológica. *El capital* nos enseña que los elementos centrales ya están predeterminados por la producción; por lo que se produce y con qué costos y ganancias, además de los ingresos de los consumidores, y la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Incluso el manejo capitalista de la tecnología también está dirigido a desplazar trabajadores, para mantener una masa de desocupados que presione a la baja los salarios.

En realidad, más allá del mito neoclásico, el «regulador» del sistema, el mercado, refiere al *único* factor de producción, al *único* generador de riqueza: el trabajo. El verdadero regulador, el disciplinador, es el miedo. Miedo al hambre, miedo a no tener empleo para disponer de algún ingreso para la familia, miedo a trasponer límites impuestos durante siglos y a la fuerza. Manuel Scorza lo expresa con crudeza: «Animal feo es el hombre: el único que muere de hambre mirando el alimento que por miedo no se atreve a tocar».[5]

Dos de las claves descubiertas por Marx son la diferencia entre valor de cambio y valor de uso, y entre fuerza de trabajo (la capacidad) y trabajo (el resultado). La fuerza de trabajo es la única mercancía cuyo valor de uso crea nuevo valor. De este valor producido, una parte se le devuelve en forma de salario y la otra constituye la plusvalía que se apropia el capitalista para su disfrute, y para reproducir el sistema. De ahí que el capital sea una relación social, valor que se valoriza, muy distinto a su asimilación neoclásica a máquinas e infraestructura. He aquí las dos clases sociales básicas: trabajadores asalariados y capitalistas. No son invento de nadie, el sistema capitalista las formó. Y el conflicto es obvio.

La derecha nos habla de libertad, del desarrollo de la subjetividad, conculcadas por Marx y sus sucesores. Pero la única libertad del capitalismo es la que tiene la inmensa mayoría de la población mundial para vender su fuerza de trabajo a los poseedores de los medios de producción; expuestos cotidianamente a una masiva y formidable maquinaria de fabricación de necesidades y ametrallados por medios dirigidos a «no pensar», a consolidar el aislamiento individual.

El capital, hoy... y mañana. Son 150 años, pero nos da pistas para cambiar el futuro. Al descubrir las claves del capitalismo nos señala qué cosas, en última instancia, debemos sustituir, y qué construir.

[3] Véase el trabajo del filósofo español Adolfo Sánchez Vázquez, *La ideología de la neutralidad ideológica en ciencias sociales*, varias ediciones.

[4] John Kenneth Galbraith, entrevista en *Folha de S. Paulo*, noviembre, 1997.

[5] Manuel Scorza, *El jinete insomne*, Madrid, Monte Ávila, 1978, p. 192.

Nuestras vidas están mercantilizadas y al servicio del capital. Surge una pregunta primordial: ¿podemos los seres humanos desarrollar relaciones sociales diferentes a las del mercado? La desmercantilización es un proceso clave. En su única referencia a la sociedad futura, el socialismo, Marx lo caracteriza como una sociedad de hombres libres, trabajando colectivamente.

La única libertad del capitalismo es la que tiene la inmensa mayoría de la población mundial para vender su fuerza de trabajo a los poseedores de los medios de producción; expuestos cotidianamente a una masiva y formidable maquinaria de fabricación de necesidades y ametrallados por medios dirigidos a «no pensar», a consolidar el aislamiento individual.

Notas para la comprensión del valor de uso en la concepción de Bolívar Echeverría

JOSÉ RAMÓN **CARMONA MOTOLINÍA***

En un afán por profundizar y extender la crítica sobre la modernidad capitalista, el texto analiza la función de la categoría valor de uso. El filósofo Bolívar Echeverría caracteriza y reconstruye esta categoría para plantear en términos teóricos los elementos involucrados en la configuración histórica de la forma social-natural. En ese sentido, se proponen algunas notas para comprender, desde la perspectiva de Echeverría, los mecanismos que permiten la subordinación o subsunción del «valor de uso concreto» al «valor de cambio abstracto».

Introducción

La finalidad de este ensayo es identificar elementos que componen la categoría valor de uso, desde la concepción teórica de Bolívar Echeverría, para comprender su separación y subordinación en el plano objetivo-material al valor de cambio en el modo de reproducción social capitalista. Aunque la idea misma de valor de uso es extraída del discurso teórico crítico de Marx, Echeverría propone una reconstrucción de la misma.

El análisis parte de una revisión teórica-conceptual de la obra de Bolívar Echeverría, en particular de algunos textos en los que se aborda la categoría. En ese marco se plantea que ésta posee un carácter explicativo central dentro de su discurso teórico y constituye una herramienta clave para el pensamiento crítico.

*Estudiante del doctorado en la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas

Planteamientos de Bolívar Echeverría en torno al valor de uso

En principio, habría que cuestionar el papel que desempeña en el discurso teórico de Bolívar Echeverría la categoría de valor de uso. Sobresale la discusión correspondiente a su significado, por lo que se alude a la intención de Echeverría por recuperarlo. Un primer planteamiento se expone en *Definición de la cultura*, donde se identifican ciertos elementos que actúan en el proceso de reproducción de la vida humana. Si bien no opera directamente, la categoría se emplea para problematizar la definición actual de la cultura como concepto desarrollado en diferentes discursos teóricos; incluso se intenta recuperar los aspectos relativos a la *forma natural* que se encuentran en ciertas posturas, como la estructuralista y la existencialista.

Al respecto, se parte de una caracterización de la lógica de reproducción social como *autoproducción*, la cual se explica por el

hecho de que el ser humano no es sólo un ser *natural*, a pesar de pertenecer a la «naturaleza» como animal. De ese modo, al producirse y reproducirse a sí mismo, el ser humano tiene necesidad de interactuar con lo *Otro* (la naturaleza), a partir de los objetos prácticos que extrae para realizar sus acciones cotidianas, en preocupación constante por el «horizonte de escasez». Estos objetos prácticos son, según Echeverría, «productos con valor de uso» y se diferencian de aquellos «objetos intermedios» que aparecen en los procesos de reproducción animal. La diferencia radica en que,

> el bien producido para el disfrute humano y por el trabajo humano es un objeto muy especial: su figura concreta, no informe, no es la de un ejemplar más de una «figura» general (o abstracta), indefinidamente repetida, como es la de los «objetos» animales; ella es formada y, por tanto, en principio, singular (o concreta), única e irrepetible.[1]

Dentro de dicha conceptualización se expone uno de los aspectos fundamentales acerca del proceso de reproducción del sujeto social: *se da forma a sí mismo* en un proceso de *realización*. En tal proceso ocurre una primera fase de producción y la posterior entraña el consumo o disfrute. La reconfiguración de esta *forma* del sujeto social se da en la medida en que «al abrir un horizonte de posibilidades de forma» para los objetos de consumo, también se abre otro para la producción y la reproducción: «En la fase productiva, el sujeto humano proyecta convertirse a sí mismo en alguien diferente, adquirir otra forma; después, en la fase consuntiva, al asumir dicha forma, lleva a cabo ese proyecto».[2]

Desde este enfoque se concibe el elemento de la «forma natural», así como los valores de uso que constituyen los objetos de la materia (naturaleza), para transformarlos en «objetos prácticos» al alcance del sujeto humano socialmente construido. No obstante, la *forma natural* no se concibe como una «substancia» o «naturaleza humana» atemporal; por el contrario, se refiere a la cualidad del sujeto que construye su propia forma histórica, una «deformación» en el «acto de trans-naturalización»:

> La «forma natural» de la vida humana —del proceso de reproducción de sí misma y del mundo en que se desenvuelve— es una forma *social e histórica*; es el modo que tiene el ser humano de auto-afirmarse e identificarse mientras se define o se determina en referencia a lo otro, a la «naturaleza». Es la forma «meta-física» que adoptan las funciones «físicas» o vitales del animal humano cuando éste comienza a ejercer una *sujetidad*, esto es, a ser «libre».[3]

Ahora bien, en un segundo planteamiento, al analizar los procesos histórico-sociales por medio de los cuales se configura el proyecto de la modernidad capitalista, Echeverría refiere el lugar que ocupan elementos conceptuales mencionados en la argumentación previa. Con base en las proposiciones expuestas, el valor de uso sería una de las «*dos lógicas*» o «*principios estructuradores*» contradictorios, inherentes a la sociedad capitalista: por un lado, la del valor de uso «cualitativo o social-natural»; y, por otro, la forma de valor que lo subordina como un fin en sí mismo y se autonomiza.[4]

Lógica o *principio estructurador* alude a un comportamiento de carácter económico que organiza las prácticas en la producción y reproducción material del sujeto social. Así, el desarrollo de la categoría valor de uso es un aporte a

[1] Bolívar Echeverría, *Definición de la cultura* (segunda edición), México, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 64.
[2] *Ibid*, p. 73.
[3] Bolívar Echeverría, *La «modernidad americana» (claves para su comprensión)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 23.
[4] Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, Mexico, Siglo XXI, 1998.

la reconstrucción de la concepción de la «forma natural» de objetos o cosas como valores de uso, una contribución a la teoría del valor de Marx.

La categoría de valor de uso refiere a la *utilidad* de lo *Otro* (la naturaleza), que el sujeto social reproduce como objeto práctico en la fase de producción y en la de consumo. Del mismo modo que en el proceso de producción de objetos prácticos, en los de acción e interacción del sujeto humano con su entorno existe una mediación, debido a la existencia de valores de uso. Esto significa que el valor de uso es una mediación por la cual el sujeto social se plantea a sí mismo su *forma* y durante el consumo del objeto se proyecta, se *transforma* y *autoidentifica*.

Echeverría asume la posibilidad concreta del sujeto de *elegir* su *forma* en *libertad* (la forma natural), que se configura desde los valores de uso, de ahí su trascendencia. El valor de uso permite la configuración de la capacidad histórica del sujeto humano de *darse forma*, en relación con los elementos de carácter práctico que produce y consume. De esa manera, esta capacidad puede representarse y expresarse en diferentes *formas* y *modos*, en cuanto los valores de uso son diversos, adecuados a las condiciones de producción, reproducción y consumo del sujeto social. Esta perspectiva de *elegirse* —la cual sucede con la forma natural y los valores de uso— establece el marco para considerar el surgimiento de formas sociales e históricas *cualitativamente diferentes* del sujeto humano.

Sin embargo, dentro de la configuración histórica del modo de reproducción social capitalista la *forma de valor* subordina a la *forma natural* y el valor de uso depende del valor de cambio, de la forma mercancía de los objetos que se valorizan.

> La vida humana en su «forma de valor» es como un «doble» o un «fantasma» de lo que es ella misma en su «forma natural»; es una proyección objetivada de su propio proceso de reproducción en lo que él tiene, entre otras cosas, de capacidad de creación y destrucción de valor económico dentro del mundo de las mercancías capitalistas o, lo que es lo mismo, en lo que él tiene, abstractamente, de vehículo suficiente para el proceso de autovalorización del valor capitalista o proceso de acumulación de capital.[5]

Aquí opera el *principio estructurador* de la forma valor, dado que la vida social se organiza por un proceso en el que el ser humano sólo actúa en calidad de fuerza de trabajo. El valor de uso se somete a la lógica en la que todo lo que se produce y consume en la sociedad moderna debe orientarse a reproducir el proceso de acumulación de capital. Los valores de uso funcionan en razón de dicho proceso. Es decir, los *objetos prácticos* (derivados de la «naturaleza») que se producen y consumen sólo tienen *sentido* como portadores de valor de cambio (abstracto); mientras que en el plano de la interacción social únicamente se lleva a cabo mediante el proceso de intercambio de mercancías, cada una de las cuales es portadora de un valor de uso.

En ese sentido se expresa el fenómeno de enajenación, que consiste en la producción de mercancías consumidas en la sociedad capitalista moderna, sin que actúe la mediación del valor de uso por estar subordinada. En tanto enajenación, la *sujetidad* de esa vida y su *capacidad política* de *autoproducirse*, *autoidentificarse* y *elegirse*, es sustituida por el *valor económico* que plantea sus propios requerimientos de autovalorización sobre los de la forma social-natural.

La forma natural y el valor de uso: elementos para su comprensión

Desde esta conceptualización, Echeverría se propone comprender la ruptura que ocurre en el proceso de producción/consumo y de

[5] Bolívar Echeverría, *La «modernidad americana»...*, pp. 24-25.

reproducción de la forma social-natural. La *existencia en ruptura* es una cuestión que se origina por la *cultura* y permite al sujeto humano la adopción de diversas *formas*. A partir de la diversidad de las configuraciones históricas, esa capacidad creadora —inscrita en la producción de objetos prácticos con valor de uso como *utilidad* de lo *Otro* (la naturaleza)— forja comportamientos que el sujeto reproduce en *libertad* al convertirse en uno de los ejes que ofrece la oportunidad de moldear las diferentes maneras de existencia, las cuales en determinado momento pueden configurarse como *modos de vida* o *estrategias de subsistencia*.

La forma valor establecida con la sociedad capitalista moderna constituye una posibilidad abierta, en ese amplio marco de formas sociales históricas.[6] Debido a que el valor de uso depende de la lógica de la forma valor, también se limita su capacidad de brindar una configuración distinta de la forma del sujeto social. No obstante, dicha limitación no sucede por la lógica misma del valor de uso, que se sujeta a la contradicción provocada por la estructuración derivada del valor de cambio, sino que su capacidad es anulada y queda encerrada la posibilidad creadora e inventora de *otras formas* en la lógica del valor de cambio.

En ese contexto, el proceso de autovalorización inherente a la configuración histórica del modo de producción y reproducción capitalista se construye sobre esos elementos; en palabras de Echeverría, encubre estos aspectos del proceso de *realización*. La comprensión del valor de uso tiene una importancia fundamental para pensar las posibilidades del sujeto humano de *elegirse*, desde una forma social-natural inserta en sus mismas capacidades de autoproducción. Ello comprende la potencialidad para producir formas *cualitativamente* distintas, en un horizonte donde la *sujetidad* está reproducida en los diversos valores de uso creados por variadas formas sociales.

La comprensión del valor de uso tiene una importancia fundamental para pensar las posibilidades del sujeto humano de *elegirse*, desde una forma social-natural inserta en sus mismas capacidades de autoproducción.

[6] Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad: ensayos*, 1, México, El Equilibrista, 1995.

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?
En los libros aparecen los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió siempre a construir? ¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?
¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China? La gran Roma
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?
¿Sobre quiénes
triunfaron los Césares? ¿Es que Bizancio, la tan cantada,
sólo tenía palacios para sus habitantes? Hasta en la legendaria Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían gritaban llamando a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César derrotó a los galos.
¿No llevaba siquiera cocinero?
Felipe de España lloró cuando su flota
fue hundida. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció en la Guerra de los Siete Años.
¿Quién
venció además de él?
Cada página una victoria.
¿Quién cocinó el banquete de la victoria?
Cada diez años un gran hombre.
¿Quién pagó los gastos?
Tantas historias.
Tantas preguntas.

Preguntas de un obrero que lee
Bertolt Brecht

Colaboradores

LUIS **ARIZMENDI**

JOSÉ RAMÓN **CARMONA MOTOLINÍA**

RAÚL **DELGADO WISE**

GUILLERMO **FOLADORI**

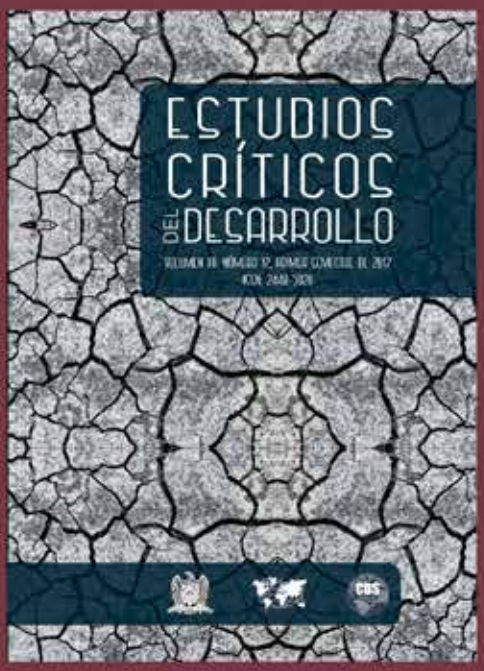
OSCAR **MAÑÁN**

HUMBERTO **MÁRQUEZ COVARRUBIAS**

GUSTAVO **MELAZZI**

HENRY **VELTMEYER**

Revistas

Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas»

Unidad Académica de Estudios del Desarrollo